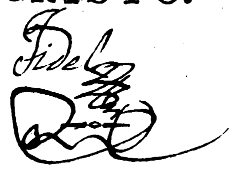
DE LA IMITACION DE CRISTO.



MADRID,
IMPRENTA DE BURGOS.
1826.

Esta traduccion es una propiedad del editor, y nadie sino él podrá reimprimirla.

PRÓLOGO.

Impertinencia sería encarecer el mérito de este libro, cuando se estima en todas las naciones como el primero y el mas sano alimento del espíritu. Ninguna ha dejado de ocupar las prensas en multiplicar sus ediciones; que se han repetido todavía mas que las de las santas

escrituras, considerándolo sin disputa (segun testimonio del célebre Fontenelle) como el primero entre todos los libros de devocion y de moral cristiana y filosófica que ha producido el entendimiento humano. Ni hay tampoco idioma culto en que no se halle traducido y vulgarizado.

La católica España no podia ser la última en apreciar y difundir una obra tan esclarecida. Desde los prin-

cipios del establecimiento de la imprenta en esta península se conocen en ella ediciones latinas; y ya se publicó traducida en lengua vulgar en un tiempo en que todavía era comun presentar en idioma latino hasta los tratados de legislacion y los comentarios de las resoluciones pátrias.

El mismo Fr. Luis de Granada se ocupó en enmendar y arreglar una traduccion que en su tiempo

pasaba por antigua, modificándola conforme á los progresos que el lenguage habia hecho hasta sus dias. Aumentada la cultura de éste á medida que por medio de la imprenta se difundia y pulimentaba, creyó el sábio y piadoso jesuita Juan Eusebio Nieremberg por los años de 1644 necesaria una nueva traduccion adaptada al estado que el lenguage tenía en su época, para que estuviese mas al alcance de la

inteligencia y capacidad vulgar, y la hizo: traduccion que impresa y reimpresa con frecuencia imponderable hasta nuestros dias, salió siempre á luz con inexactitudes y multiplicados errores de prensa, como lo manifiestan los editores de una impresion menos defectuosa que se publicó en 1778 por la viuda é hijos de Ibarra, los cuales dicen al principio que "esta obra habia debido »poca solicitud á nuestras

»imprentas, no por falta de »repeticion en las impresio- »nes (que éstas se han mul- »tiplicado sin cesar en la »continuacion de dos siglos); »sino porque siendo la acep- »tacion del público corres- »pondiente á la bondad del »libro, los que han cuidado »de reimprimirle han aten- »dido mas por lo comun á »abastecer al público de »ejemplares, que á la cor- »reccion y decencia de la »impresion: de donde resul-

»tó no solo haberse puesto
»obra tan digna con poca
»ó ninguna dignidad en las
»manos de los lectores, sino
»haberse afeado con multi-
»tud grande de impropieda-
»des y errores en el estilo y
»en la substancia, que adul-
»teraban indecorosamente el
»estilo y letra de su santa y
»sábia doctrina." Mas, á pe-
sar de esta prevencion y co-
nocimiento, salió dicha edi-
cion con no pocas imperfec-
ciones y faltas, sin la compe-

tente division y subdivision de artículos y párrafos que se halla en todos los originales correctos, con omision de algunos períodos importantes, y con frases anticuadas é ininteligibles.

Queriendo el digno eclesiástico don José de Camino remediar estos defectos, y considerando anticuada ya la traduccion de Nieremberg, hizo no ha muchos años otra bastante conocida en el dia, y que no carece de

mérito; si bien animado el traductor de un excesivo deseo de aclararla, dió en el extremo de amplificar casi todos sus períodos en términos que mas bien puede llamarse una paráfrasis que una traduccion fiel, literal y genuina de la obra.

Deseando evitar unos y otros extremos, y con presencia de todas las traducciones y de la mayor parte de las ediciones castellanas antiguas y modernas con sus

varias modificaciones, alteraciones y defectos, nos atrevimos en 816 á dar nuevamente á luz esta obra sin igual, ateniéndonos al texto de las ediciones latinas mas célebres y correctas. La publicamos entonces sin prevencion alguna preliminar para que el público fuese el juez de su buen ó mal desempeño. Y el aprecio general que ha merecido, habiéndonos causado la mayor satisfaccion, nos ha estimu-

lado tambien á repetir una segunda edicion de ella mas numerosa, para facilitar así su adquisicion á toda clase de personas á precio tan económico como las que carecen de tan recomendables requisitos.

Algunos echaron y echarán de menos en esta impresion dos añadiduras que bajo el título de *Avisos espirituales* y *Dictámenes de espíritu* han solido acompañar á casi todas las ediciones pos-

teriores á la traduccion de Nieremberg, tomadas de sus obras; pero deben entender que se omitieron de propósito, porque nada tienen de comun con esta obra, que siempre ha corrido sola; y que como única y clásica en su género, se afea y envilece con cualquiera agregacion extraña, la cual (tenga por otra parte el mérito que se quiera) no puede sin embargo comparársela, ni es este libro el lugar de su coloca-

cion. El tratado *de la Imitacion de Cristo* no admite paralelo con otro alguno; debe correr solo y conforme salió de la pluma de su privilegiado autor.

La estampa siguiente es, entre las varias que hay en tanta diversidad de ediciones, la que nos ha parecido mas adecuada.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la imitacion de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.

1 *Quien me sigue no anda en tinieblas*, dice el Señor. Estas palabras son de Cristo, con las cuales nos amonesta que imitemos su vida y costumbres, si queremos verdaderamente ser alumbrados, y libres de toda la ceguedad del corazon.

Sea, pues, todo nuestro estudio meditar en la vida de Jesus

2 La doctrina de Cristo excede á la de todos los santos; y el que tu-

viese espíritu hallará en ella maná escondido.

Pero acaece que muchos, aunque á menudo oigan el evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el espíritu de Cristo.

Conviéneles, pues, si quieren claramente saber y entender las palabras de Cristo, que procuren conformar con él toda su vida.

3 ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad?

Por cierto las palabras elocuentes no hacen santo ni justo; pero la virtuosa vida se hace amable á Dios.

Mas deseo sentir la contricion, que saber definirla.

Si supieses toda la Biblia á la letra, y las sentencias de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades, y todo vanidad, sino amar y servir solamente á Dios.

Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir á los reinos celestiales.

4 Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas, y esperar en ellas.

Tambien es vanidad desear honras, y querer ensalzarse.

Vanidad es seguir el apetito de la carne, y apetecer aquello por lo cual despues sea necesario sufrir castigo riguroso.

Vanidad es desear larga vida, y no cuidar que sea buena.

Vanidad es mirar solamente á esta presente vida, y no atender á lo venidero.

Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

5 Acuérdate frecuentemente de aquel proverbio: *No se hartan los ojos de ver, ni los oidos de oir.*

Procura, pues, desviar tu corazon de lo visible, é inclinarle á lo invisible; porque los que siguen,

su sensualidad manchan su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

CAPITULO II.

Del bajo aprecio de sí mismo.

1 Todos los hombres naturalmente desean saber: ¿pero qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?

Por cierto, mejor es el rústico humilde que le sirve, que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo.

El que bien se conoce, tiénese por vil, y no se deleita en alabanzas humanas.

Si yo supiese cuanto hay en el mundo, y no tuviese caridad, ¿qué me aprovecharía delante de Dios, que me júzgará segun mis obras?

2 Reprime el deseo desordenado de saber, porque es motivo de mucha distraccion y engaño.

Los letrados gustan de ser conocidos y tenidos por sabios.

Muchas cosas hay, que el saberlas, poco ó nada aprovecha al alma.

Y muy necio es el que en otras cosas entiende sino en las que tocan á la salvacion.

No se alcanza la paz del alma con saber mucho, sino con vivir bien; y lo que dá gran confianza en el Señor, es tener pura la conciencia.

3 Cuanto mas y mejor comprendes, tanto mas gravemente serás juzgado si no vivieres santamente.

Por tanto no te envanezcas por alguna de las artes ó ciencias; sino teme del conocimiento que de ellas se te ha dado.

Si te parece que sabes mucho y entiendes muy bien; ten por cierto que es mucho mas lo que ignoras.

No quieras saber cosas subli-

mes; sino confiesa tu grande ignorancia. ¿Porqué te quieres tener en mas que otro, hallándose muchos mas doctos y sabios en la ley que tú?

Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen en nada.

4 El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima leccion.

Gran sabiduría y perfeccion es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada.

Si vieres algunos pecar públicamente, ó cometer culpas graves, no te debes juzgar por mejor; porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien.

Todos somos frágiles; pero tú á nadie tengas por mas fragil que á tí.

CAPITULO III.

De la doctrina de la verdad.

1 Bienaventurado aquel á quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces pasageras, sino así como es.

Nuestra amor propio y nuestro entendimiento á menudo nos engañan, y alcanzan poco.

¿Qué aprovecha la demasiada curiosidad de saber cosas oscuras y ocultas, cuando de no saberlas no seremos en el dia del juicio reprendidos?

Gran locura es, que dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañosas. Teniendo ojos no vemos.

2 ¿Qué se nos dá de los géneros y especies de los lógicos?

Aquel á quien habla la Palabra Eterna, de muchas opiniones se desembaraza.

Todo ha sido hecho por esta única Palabra, y todo anuncia esta única Palabra, y este es el principio que nos habla.

Ninguno entiende ó juzga sin él rectamente.

Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y trajere á uno, y las viere en uno, podrá ser estable y firme de corazon, y permanecer pacífico en Dios.

¡Oh Verdad de Dios! Hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua.

Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas: en tí está todo lo que quiero y deseo.

Callen todos los doctores; no me hablen las criaturas en tu presencia: háblame tú solo.

3 Cuanto alguno estuviere en sí mas recogido, y fuere mas sencillo de corazon, tanto mas y mayores cosas entenderá sin trabajo: porque de arriba recibe la luz de la inteligencia.

El espíritu puro, sencillo y constante, no se distrae aunque entienda en muchas cosas; porque todo lo hace á honra de Dios; y se esfuerza á estar desocupado de vanas investigaciones.

¿Quién te impide y molesta mas que la aficion de tu corazon no mortificada?

El hombre bueno y devoto piensa y arregla interiormente sus obras antes de ejecutarlas.

Y ellas no le llevan á deseos de inclinacion viciosa; sino que él las encamina á lo que ordena la recta razon.

¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza á vencerse á sí mismo?

Y este deberia ser nuestro negocio: querer vencerse á sí mismo, y cada dia hacerse mas fuerte, y aprovechar en mejorarse.

4 Toda perfeccion de esta vida tiene consigo cierta imperfeccion; así como todas nuestras luces no

carecen de alguna oscuridad..

El humilde conocimiento de tí mismo es mas cierto camino para Dios, que escudriñar la profundidad de la ciencia.

No es de culpar la ciencia, ni cualquier otro sencillo conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y encaminado á Dios; pero siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa.

Porque muchos estudian mas para saber que para vivir bien, por eso yerran muchas veces, y sacan poco ó ningun fruto.

5 Si tanta diligencia pusiesen en desarraigar los vicios y sembrar las virtudes como en mover cuestiones, no habria tantos males y escándalos en el pueblo, ni tanta disolucion en los monasterios.

Ciertamente en el dia del juicio no nos preguntarán qué leimos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán honestamente hubiéremos vivido.

Díme, ¿dónde estan ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivian y florecian en los estudios?

Ya poseen otros sus rentas, y por ventura no hay quien de ellos se acuerde. En su vida parecian algo; ya no hay de ellos memoria.

6 ¡Oh, cuán presto se pasa la gloria del mundo! Ojalá concordára su vida con su ciencia; y entonces hubieran estudiado y leido bien.

¿Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que cuidan poco del servicio de Dios?

Y porque eligen ser mas grandes que humildes, se hacen vanos en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que tiene gran caridad.

Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño, y tiene en nada la cumbre de la honra.

Verdaderamente es prudente el

que todo lo terreno tiene por estiercol para ganar á Cristo.

Y verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad dè Dios, y deja la suya.

CAPITULO IV.

De la prudencia en las acciones.

1 No se debe dar crédito á cualquier palabra ni á cualquier pensamiento, sino que con prudencia y detenidamente se deben, segun Dios, examinar las cosas.

¡Oh dolor! mas veces se cree y se dice el mal del prójimo que el bien. ¡Tan débiles somos!

Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquiera cosa que les cuentan; porque saben ser la flaqueza humana propensa al mal, y muy deleznable en las palabras.

2 Gran sabiduría es no ser el hombre inconsiderado en lo que

ha de obrar, ni tampoco porfiado en su propio parecer.

A esta sabiduría tambien pertenece no creer cualesquiera palabras de hombres, ni decir luego á los otros lo que oye ó cree.

Toma consejo del hombre sabio y de buena conciencia, y apetece mas ser enseñado de otro mejor, que seguir tu dictamen.

La buena vida hace al hombre sabio segun Dios, y experimentado en muchas cosas.

Cuanto alguno fuere mas humilde en sí, y mas sujeto á Dios, tanto será mas sabio y sosegado en todo.

CAPITULO V.

De la leccion de las santas Escrituras.

1 En las santas Escrituras se debe buscar la verdad, y no la elocuencia.

Toda la Escritura santa se debe leer con el espíritu que se hizo.

Mas debemos buscar el provecho en la Escritura, que no la sutileza de palabras.

De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos como los sublimes y profundos.

No te mueva la autoridad del que escribe si es de pequeña ó grande ciencia; sino convídete á leer el amor de la pura verdad.

No mires quién lo ha dicho; sino atiende qué tal es lo que se dijo.

2 Los hombres pasan: pero la Verdad del Señor permanece para siempre.

De diversas maneras nos habla Dios, sin acepcion de personas.

Nuestra curiosidad nos impide muchas veces el provecho que se saca en leer las Escrituras, cuando queremos entender y escudriñar lo que llanamente se debia creer.

Si quieres aprovechar, lee con

humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado.

Pregunta de buena voluntad, y oye callando las palabras de los santos; y no te desagraden las sentencias de los viejos, porque no las dicen sin causa.

CAPITULO VI.

De los deseos desordenados.

1 Cuantas veces desea el hombre desordenadamente alguna cosa, luego pierde el sosiego.

Los soberbios y los avarientos nunca están quietos: el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz.

El hombre que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles.

El flaco de espíritu, y que todavía está inclinado á lo animal y sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos.

Y cuando se abstiene, recibe muchas veces tristeza, y se enoja presto si alguno le contradice.

2 Pero si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia: porque siguió á su apetito, el cual nada aprovecha para alcanzar la paz que buscaba.

En resistir, pues, á las pasiones, se halla la verdadera paz del corazon, y no en seguirlas.

Pues no hay paz en el corazon del hombre carnal, ni del que se ocupa en lo exterior, sino en el que es fervoroso y espiritual.

CAPITULO VII.

Como se ha de huir la vana esperanza y la soberbia.

1 Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en las criaturas.

No te corras de servir á otro

por amor de Jesucristo, y parecer pobre en este siglo.

No confies de tí mismo, sino pon tu esperanza en Dios.

Haz lo que esté de tu parte, y Dios favorecerá tu buena voluntad.

No confies en tu ciencia, ni en la astucia de ningun viviente, sino en la gracia de Dios, que ayuda á los humildes, y abate á los presumidos.

2 Si tienes riquezas no te glories en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos, sino en Dios que todo lo dá, y sobre todo se desea dar á sí mismo.

No te ensalces por la gallardía y hermosa disposicion del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea.

No te engrías de tu habilidad ó ingenio, porque no desagrades á Dios, de quien es todo bien natural que tuvieres.

3 No te estimes por mejor que otros, porque no seas quizá teni-

do por peor delante de Dios, que sabe lo que hay en el hombre.

No te ensoberbezcas de tus buenas obras; porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, y á él muchas veces desagrada, lo que á estos les contenta.

Si tuvieres algo bueno, piensa que son mejores los otros, porque así conserves la humildad.

No te daña si te pusieres debajo de todos; pero es muy dañoso el que te antepongas á solo uno.

Contínua paz tiene el humilde; mas en el corazon del soberbio hay emulacion y saña frecuente.

CAPITULO VIII.

Como se ha de evitar la mucha familiaridad.

1 No descubras tu corazon á cualquiera; sino comunica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios.

Con los jóvenes y estraños conversa poco.

Con los ricos no seas lisonjero; ni estés de buena gana delante de los grandes.

Acompáñate con los humildes y sencillos, y con los devotos y bien acostumbrados; y trata con ellos cosas de edificacion.

No tengas familiaridad con ninguna muger; pero en general encomienda á Dios todas las buenas.

Desea ser familiar á solo Dios y á sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres.

2 Justo es tener caridad con todos; pero no conviene la familiaridad.

Sucede á veces que una persona desconocida resplandece por su buena fama; pero vista de cerca suele parecer mucho menos.

Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestro trato; y mas los ofendemos, porque ven en nosotros costumbres menos ordenadas.

CAPITULO IX.

De la obediencia y sujecion.

1 Gran cosa es estar en obediencia, y vivir debajo de prelado, y no tener voluntad propia.

Mucho mas seguro es estar en sujecion que en mando.

Muchos estan en obediencia mas por necesidad que por caridad, los cuales tienen trabajo y facilmente murmuran; y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan por Dios de todo corazon.

Anda de una parte á otra, y no hallarás descanso sino en la humilde sujecion al superior.

La imaginacion y mudanza de lugar á muchos han engañado.

2 Verdad es que cada uno se gobierna de buena gana por su propio parecer, y se inclina mas á los que siguen su opinion.

Pero si Dios está entre nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz.

¿Quién es tan sabio que lo sepa todo enteramente?

Pues no quieras confiar demasiadamente en tu opinion; sino gusta tambien oir de buena gana el parecer de otro.

Si tu parecer es bueno, y lo dejas por Dios, y sigues el ageno, mas aprovecharás de esta manera.

3 Porque muchas veces he oido ser mas seguro oir y tomar consejo que darlo.

Bien puede tambien acaecer que sea bueno el parecer de uno; pero no querer opinar con los otros cuando la razon ó la causa lo demandan, señal es de soberbia y pertinacia.

CAPITULO X.

Como se ha de cercenar la demasía de las palabras.

1 Escusa cuanto pudieres el ruido de los hombres; pues estorba mucho el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intencion.

Porque presto somos amancillados y cautivos de la vanidad.

Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres.

¿Pero cuál es la causa porque tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

La razon es, que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos.

Y de muy buena gana nos detenemos en hablar ó pensar de las cosas que amamos ó sentimos adversas.

2 Mas ¡ay dolor! que muchas veces vanamente y sin fruto; porque esta exterior consolacion es de gran detrimento á la interior y divina.

Por eso velemos y oremos, no se pase el tiempo en valde.

Si puedes, y conviene hablar, sean cosas que edifiquen.

La mala costumbre, y el descuido en aprovechar, ayudan mucho á la poca guarda de nuestra lengua.

Pero no poco servirá para nuestro espiritual aprovechamiento la devota plática de cosas espirituales, especialmente cuando muchos animados de un mismo espíritu se juntan en Dios.

CAPITULO XI.

Como se debe adquirir la paz, y del celo de aprovechar.

1 Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos agenos que no nos pertenecen, no quisiésemos mezclarnos.

¿Cómo quiere estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados agenos, y busca ocasiones exteriores, y dentro de sí poco ó tarde se recoge?

Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz.

2 ¿Cuál fue la causa porque muchos de los santos fueron tan perfectos y contemplativos?

Porque estudiaron en mortificarse totalmente á todo deseo terreno; y por eso pudieron con lo íntimo del corazon allegarse á Dios, y ocuparse libremente en sí mismos.

Nosotros nos ocupamos mucho con nuestras pasiones, y tenemos demasiado cuidado de lo que es transitorio.

Y tambien pocas veces vencemos un vicio perfectamente, ni nos alentamos para aprovechar cada dia; y por esto nos quedamos tibios y aun frios.

3 Si fuésemos perfectamente muertos á nosotros mismos, y en lo interior desocupados, entonces podríamos gustar las cosas divinas, y experimentar algo de la contemplacion celestial.

El total y el mayor impedimento es, que no somos libres de nuestras inclinaciones y deseos, ni trabajamos por entrar en el camino perfecto de los santos.

Y tambien cuando alguna adversidad se nos ofrece, muy presto nos desalentamos, y nos volvemos á las consolaciones humanas.

4 Si nos esforzásemos mas en la batalla á pelear como fuertes va-

rones, veríamos sin duda la ayuda del Señor, que viene desde el cielo sobre nosotros.

Porque preparado está á socorrer á los que pelean y esperan en su gracia; y nos proporciona ocasiones de pelear para que alcancemos victoria.

Si solamente en las prácticas exteriores ponemos el mejoramiento de la vida religiosa, presto se nos acabará la devocion que teníamos.

Mas pongamos la segur á la raiz, porque libres de las pasiones gocemos de paz interior.

5 Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos.

Pero ahora al contrario, muchas veces experimentamos que fuimos mejores y mas puros en el principio de nuestra conversion, que despues de muchos años de haberla abrazado.

Nuestro fervor y aprovechamiento cada dia debe crecer; pero ahora se reputa por mucho el conser-

var alguna pequeña parte del fervor primero.

Si al principio hiciésemos algun esfuerzo, podríamos despues hacerlo todo con facilidad y gozo.

6 Gran cosa es dejar la costumbre; pero mejor es ir contra la propia voluntad.

Mas si no vences las cosas pequeñas y ligeras, ¿cómo vencerás las dificultosas?

Resiste en los principios á tu inclinacion, y deja la mala costumbre, porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad.

¡Oh, si mirases cuánta paz á tí mismo, y cuánta alegría darias á los otros conduciéndote bien, yo creo que serias mas solícito en el aprovechamiento espiritual!

CAPITULO XII.

Del provecho de las adversidades.

1 Bueno es que algunas veces

nos suceden cosas adversas, y vengan contrariedades, porque suelen atraer al hombre á sí mismo, para que se conozca desterrado, y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo.

Bueno es que padezcamos á veces contradicciones, y que sientan de nosotros mal é imperfectamente, aunque hagamos bien y tengamos buena intencion. Estas cosas de ordinario nos ayudan á ser humildes, y nos apartan de la vanagloria.

Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por defuera somos despreciados de los hombres, y no nos dan crédito.

2 Por eso debia uno afirmarse de tal manera en Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas.

Cuando el hombre de buena voluntad es atribulado, ó tentado ó afligido con malos pensamientos,

entonces conoce tener mayor necesidad de Dios, experimentando que sin él no puede nada bueno.

Entonces se entristece, gime y ora por las miserias que padece.

Entonces le es molesta la vida larga, y desea hallar la muerte para ser desatado de este cuerpo, y estar con Cristo.

Entonces tambien conoce que no puede haber en el mundo seguridad perfecta ni paz cumplida.

CAPITULO XIII.

Como se ha de resistir á las tentaciones.

1 Mientras vivimos en el mundo no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones.

Por lo cual está escrito en Job: *Tentacion es la vida del hombre sobre la tierra.*

Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tenta-

tacion, y velar en oracion, porque no halle lugar de engañarle el demonio, que nunca duerme, sino *busca por todos lados á quien devorar*.

Ninguno hay tan santo ni tan perfecto, que no tenga algunas veces tentaciones; y no podemos vivir sin ellas.

2 Pero son las tentaciones muchas veces utilísimas, aunque sean graves y pesadas; porque con ellas es el hombre humillado, purgado y enseñado.

Por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron todos los santos, y aprovecharon.

Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien, fueron tenidos por malos, y desfallecieron.

No hay religion tan santa ni lugar tan secreto donde no haya tentaciones y adversidades.

3 No hay hombre totalmente seguro de tentaciones mientras que vive; porque en nosotros mismos

está la causa de donde vienen, pues que nacimos con la inclinacion al pecado.

Pasada una tentacion ó tribulacion sobreviene otra, y siempre tendremos que sufrir, porque se perdió el bien de nuestra primera felicidad.

Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas mas gravemente.

No se pueden vencer solo con huirlas: con paciencia y verdadera humildad nos hacemos mas fuertes que todos los enemigos.

4 El que solamente quita lo que se ve, y no arranca la raiz, poco aprovechará; antes volverán á él mas presto las tentaciones, y se hallará peor.

Poco á poco, con paciencia y buen ánimo vencerás (con el favor divino) mejor que no con tu propio conato y fatiga.

Toma muchas veces consejo en la tentacion, y no seas desabrido

con el que está tentado, antes procura consolarlo como tú lo quisieras para tí.

5 El principio de toda tentacion es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios.

Porque como la nave sin timon la llevan á una y otra parte las olas, así el hombre descuidado y que desiste de su propósito es tentado de diversas maneras.

El fuego prueba al hierro, y la tentacion al hombre justo.

Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentacion descubre lo que somos.

Debemos pues velar principalmente al venir la tentacion; porque entonces mas facilmente es vencido el enemigo cuando no lo dejamos pasar de la puerta del alma, y se le resiste al umbral luego que toca.

Por lo cual dijo uno:

Oponte en los principios:

Llega tarde al remedio
Si ya el mal se arraigó por largo tiempo.
OVID.

Porque primeramente se ofrece al ánimo solo el pensamiento sencillo; despues la importuna imaginacion; luego la delectacion, y el torpe movimiento, y el consentimiento.

Y así se entra poco á poco el maligno enemigo, y se apodera de todo por no resistirle al principio.

Y cuanto mas tiempo fuere uno perezoso en resistir, tanto se hace cada dia mas flaco, y el enemigo contra él mas fuerte.

6 Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversion, otros al fin.

Pero otros son molestados casi por toda su vida.

Algunos son tentados blandamente, segun la sabiduría y juicio de la divina Providencia, que mide el estado y los méritos de los hom-

bres, y todo lo tiene ordenado para la salvacion de sus escogidos.

7 Por eso no debemos desconfiar cuando somos tentados; sino antes rogar á Dios con mayor fervor que sea servido de ayudarnos en toda tribulacion; el cual sin duda, segun el dicho de san Pablo, *nos dará el auxilio junto con la tentacion para que la podamos resistir*.

Humillemos pues nuestras almas bajo de la mano de Dios en toda tribulacion y tentacion, porque él salvará y engrandecerá los humildes de espíritu.

8 En las tentaciones y adversidades se vé cuánto uno ha aprovechado; y en ellas consiste el mayor merecimiento, y se conoce mejor la virtud.

No es mucho ser un hombre devoto y fervoroso cuando no siente pesadumbres; mas si el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran provecho.

Algunos no se rinden á grandes

tentaciones, y son vencidos á menudo en las menores y comunes, para que humillados nunca confien de sí en cosas grandes, siendo flacos en las pequeñas.

CAPITULO XIV.

Como se deben evitar los juicios temerarios.

1 Considérate á tí mismo, y guárdate de juzgar las obras agenas. En juzgar á otros se ocupa uno en vano, yerra muchas veces y peca facilmente; mas júzgando y examinándose á si mismo, se emplea siempre con fruto.

Frecuentemente juzgamos de las cosas segun nuestro corazon, pues facilmente perdemos el verdadero juicio de ellas por el amor propio.

Si Dios fuese siempre el fin único de nuestros deseos, no nos turbaría tan facilmente la contradic-

cion de nuestra sensualidad.

2 Pero muchas veces hay algo interiormente escondido, ó acaso de fuera se ofrece, cuya aficion nos lleva tras sí.

Muchos buscan secretamente su propia comodidad en las obras que hacen, sin conocerlo.

Tambien les parece estar en cumplida paz cuando se hacen las cosas á su voluntad y gusto; pero si de otrá manera suceden, presto se alteran y entristecen.

Por la diversidad de los pareceres y opiniones muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los piadosos y devotos.

3 La costumbre antigua con dificultad se quita, y ninguno deja de buena gana su propio parecer.

Si en tu razon y sutileza te apoyas mas que en la virtud de la sujecion de Jesucristo, tarde y pocas veces serás ilustrado, porque quiere Dios que nos sujetemos á él

perfectamente, y que prescindamos de toda razon inflamados de su amor.

CAPITULO XV.

De las obras hechas por caridad.

1 No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; aunque por el provecho del menesteroso, alguna vez se puede interrumpir la buena obra, ó tambien mudarla en otra mejor.

De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor.

La obra exterior sin caridad no aprovecha; pero lo que se hace con caridad, por poco y despreciable que sea, se hace todo fructuoso.

Porque mas atiende Dios á la intencion y amor con que se hacen las cosas, que al valor de ellas mismas.

2 Mucho hace el que mucho ama.

Mucho hace el que todo lo hace bien.

Bien hace el que sirve mas al bien comun que á su voluntad propia.

Muchas veces parece caridad lo que mas bien es amor propio; porque la inclinacion de la naturaleza, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, el gusto de la comodidad, rara vez nos abandonan.

3 El que tiene verdadera y perfecta caridad en ninguna cosa se busca á sí mismo, sino que en todas desea que sea Dios glorificado.

De nadie tiene envidia, porque no ama ningun gusto propio, ni se quiere gozar en sí; sino que desea sobre todas las cosas gozar de Dios.

A nadie atribuye ningun bien; sino todo á Dios, del cual, como de fuente manan todas las cosas, en el que finalmente todos los santos descansan con perfecto gozo.

¡Oh, quién tuviese una centella de verdadera caridad! Por cierto que conoceria que todas las cosas terrenas estan llenas de vanidad.

CAPITULO XVI.

Del sufrimiento de los defectos agenos.

1 Lo que no puede un hombre enmendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo.

Piensa que quizá te está así mejor para tu probacion y paciencia, sin la cual no son de mucha estimacion nuestros merecimientos.

Debes pues rogar á Dios por estos estorbos, porque tenga por bien de socorrerte para que buenamente los toleres.

2 Si alguno, amonestado una vez ó dos no se enmendáre, no porfies con él; sino encomiéndalo todo á Dios para que se haga su volun-

tad, y él sea honrado en todos sus siervos, que sabe sacar de los males bienes.

Estudia y aprende á sufrir con paciencia cualesquiera defectos y flaquezas agenas; pues que tú tambien tienes mucho en que te sufran los otros.

Si no puedes hacerte á tí cual deseas, ¿cómo quieres tener á otro á la medida de tu deseo?

De buena gana queremos á los otros perfectos, y no enmendamos los defectos propios.

3 Queremos que los otros sean castigados con rigor, y nosotros no queremos ser corregidos.

Parécenos mal si á los otros se les da ámplia licencia, y nosotros no queremos que ninguna cosa que pedimos se nos niegue.

Queremos que los demas esten sujetos á las ordenanzas; pero nosotros no sufrimos que nos sea prohibida cosa alguna.

Por donde se muestra cuan po-

cas veces amamos al prójimo como á nosotros mismos.

Si todos fuesen perfectos, ¿qué teníamos que sufrir por Dios de nuestros hermanos?

4 Pero así lo ordenó Dios para que aprendamos á llevar *recíprocamente nuestras cargas*; porque ninguno hay sin ella, ninguno sin defecto, ninguno es suficiente ni cumplidamente sabio para sí: importa llevarnos, consolarnos, y juntamente ayudarnos unos á otros, instruirnos y amonestarnos.

De cuánta virtud sea cada uno, mejor se descubre en la ocasion de la adversidad.

Pues las ocasiones no hacen al hombre flaco, pero le muestran tal cual es.

CAPITULO XVII.

De la vida monástica.

1 Conviene que aprendas á que-

brantarte en muchas cosas si quieres tener paz y concordia con otros.

No es poco morar en los monasterios y congregaciones, y allí conversar sin quejas, y perseverar fielmente hasta la muerte.

Bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba dichosamente.

Si quieres estar bien y aprovechar, mírate como desterrado y peregrino sobre la tierra.

Conviene hacerte simple por Jesucristo si quieres seguir la vida religiosa.

2 El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificacion de las pasiones hacen al verdadero religioso.

El que busca algo fuera de Dios y la salvacion de su alma, no hallará sino tribulacion y dolor.

No puede estar mucho tiempo en paz el que no procura ser el menor y el mas sujeto á todos.

3 Veniste á servir, no á mandar: persuádete que fuiste llamado para trabajar y padecer, no para holgar y parlar.

Pues aquí se prueban los hombres como el oro en crisol.

Aquí no puede estar ninguno si no quiere humillarse por Dios de todo corazon.

CAPITULO XVIII.

Del ejemplo de los santos padres.

1 Considera bien los heróicos ejemplos de los santos padres, en los cuales resplandece la verdadera perfeccion y religion, y verás cuán poco ó casi nada es lo que hacemos.

Ay! ¿qué es nuestra vida comparada con la suya?

Los santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frio y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigilias y ayunos,

en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y muchos oprobios.

2 ¡Oh, cuán graves y cuántas tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y todos los demas que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo! Pues en esta vida aborrecieron sus vidas para poseer sus almas en la eterna.

¡Oh, cuán estrecha y retirada vida hicieron los santos padres en el yermo! ¡cuán largas y graves tentaciones padecieron! ¡cuán de ordinario fueron atormentados del enemigo! ¡cuán continuas y fervientes oraciones ofrecieron á Dios! ¡cuán rigurosas abstinencias cumplieron! ¡cuán gran celo y fervor tuvieron en su aprovechamiento espiritual! ¡cuán fuertes peleas pasaron para vencer los vicios! ¡cuán pura y recta intencion tuvieron con Dios!

De dia trabajaban, y las noches

ocupaban en larga oracion, aunque trabajando no cesaban de la oracion mental.

3 Todo el tiempo gastaban bien; las horas les parecian cortas para darse á Dios, y por la gran dulzura de la contemplacion se olvidaban de la necesidad del mantenimiento corporal.

Renunciaban todas las riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos: ninguna cosa querian del mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y les era pesado servir á su cuerpo aun en las cosas necesarias.

De modo que eran pobres de lo temporal; pero riquísimos en gracia y virtudes.

En lo de fuera eran necesitados; pero en lo interior estaban con la gracia y divinas consolaciones recreados.

4 Agenos eran al mundo; mas muy allegados á Dios, del cual eran familiares amigos.

Teníanse por nada cuanto á sí mismos, y para con el mundo eran despreciados; mas en los ojos de Dios eran muy preciosos y amados.

Estaban en verdadera humildad; vivian en sencilla obediencia; andaban en caridad y paciencia; y por eso cada dia crecian en espíritu, y alcanzaban mucha gracia delante de Dios.

Fueron puestos por dechados á todos los religiosos; y mas nos deben mover para aprovechar en el bien, que no la muchedumbre de los tibios para aflojar y descaecer.

5 ¡Oh, cuán grande fue el fervor de todos los religiosos al principio de sus sagrados institutos!

¡Cuánta la devocion de la oracion! ¡cuánto el celo de la virtud! ¡cuánta disciplina floreció! ¡cuánta reverencia y obediencia al superior hubo en todas las cosas!

Aun hasta ahora dan testimonio de ello las señales que quedaron de que fueron verdaderamente

varones santos y perfectos, que peleando tan esforzadamente atropellaron al mundo.

Ahora ya se estima en mucho aquel que no es transgresor, y si con paciencia puede sufrir lo que aceptó por su voluntad.

6 ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro estado, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos es molesto el vivir por nuestra flogedad y tibieza!

Pluguiese á Dios que no durmiese en tí el aprovechamiento de las virtudes, pues viste muchas veces tantos ejemplos de devotos.

CAPITULO XIX.

De los ejercicios del buen religioso.

1 La vida del buen religioso debe resplandecer en toda virtud, y que sea tal en lo interior cual parece de fuera.

Y con razon debe ser mas lo interior que lo que se mira exteriormente, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos suma reverencia donde quiera que estuviéremos, y debemos andar tan puros como los ángeles en su presencia.

Cada dia debemos renovar nuestro propósito, y excitarnos á mayor fervor, como si hoy fuese el primer dia de nuestra conversion, y decir:

Señor, Dios mio, ayúdame en mi buen intento y en tu santo servicio, y dame gracia para que comience hoy perfectamente, porque no es nada cuanto hice hasta aquí.

2 Segun es nuestro propósito así es nuestro aprovechar; y quien quiere aprovecharse bien, ha menester ser muy diligente.

Si el que propone firmísimamente falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone?

Acaece de diversos modos el dejar nuestros poropósitos. Y una ligera omision en los ejercicios que se tienen de costumbre, no pasa sin algun daño.

El propósito de los justos mas pende de la gracia de Dios que del saber propio: en él y siempre confian en cualquier cosa que comienzan.

Porque el hombre propone, pe- Dios dispone; y no está en mano del hombre su camino.

3 Si por piedad ó por provecho del prójimo se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado, despues se puede reparar con facilidad.

Empero si por fastidio del corazon ó por negligencia facilmente se deja, muy culpable es, y se sentirá dañoso. Esforcémonos cuanto pudiéremos, que aun así en muchas faltas caeremos facilmente.

Pero alguna cosa determinada debemos siempre proponernos, y principalmente se han de reme-

diar las que mas nos estorban.

Debemos examinar y ordenar todas nuestras cosas exteriores è interiores, porque todo conviene para nuestro aprovechamiento.

4 Si no puedes recogerte de contínuo, hazlo de cuando en cuando; y por lo menos una vez al dia por la mañana ó por la noche.

Por la mañana propon, á la noche examina tus obras: cuál has sido este dia en palabras, obras y pensamientos, porque puede ser que hayas ofendido en esto á Dios y al prójimo muchas veces.

Armate como varon contra las malicias del demonio: refrena la gula, y facilmente refrenarás toda inclinacion de la carne.

Nunca estés del todo ocioso, sino lee, ó escribe, ó reza, ó medita, ó haz algo de provecho para la sociedad.

Pero los ejercicios corporales se deben tomar con discrecion, por-

que no son igualmente convenientes para todos.

5 Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque con mas seguridad se ejercen en secreto.

Guárdate empero no seas perezoso para lo comun, y pronto para lo particular; sino que cumplido muy bien lo que debes, y que te está encomendado, si tienes lugar éntrate dentro de tí como desea tu devocion.

No todos podemos ejercitar una misma cosa: unas convienen mas á unos, y otras á otros.

Tambien, segun el tiempo, te son mas apropósito diversos ejercicios; porque unos son mas acomodados para las fiestas, otros para los dias de trabajo.

Necesitamos de unos para el tiempo de la tentacion, y de otros para el de la paz y sosiego.

En unas cosas es bien pensar cuando estamos tristes, y en

otras cuando alegres en el Señor.
6 En las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios, é invocar con mayor fervor la intercesion de los santos.

De una fiesta para otra debemos proponer algo, como si entonces hubiésemos de salir de este mundo, y llegar á la eterna festividad.

Por eso debemos prevenirnos con cuidado en los tiempos devotos, y conversar con mayor devocion, y guardar toda observancia mas estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos.

7 Y si se dilatare, creamos que no estamos aparejados, y que aun somos indignos de tanta gloria, como se declara en nosotros acabado el tiempo de la vida; y estudiemos en aparejarnos mejor para morir.

Bienaventurado el siervo (dice el evangelista Lucas) *á quien cuan-*

do viniere el Señor le hallare velando: en verdad os digo que le constituirá sobre todos sus bienes.

CAPITULO XX.

Del amor de la soledad y silencio.

1 Busca tiempo apropósito para meditar contigo, y piensa con frecuencia en los beneficios de Dios.

Deja las cosas curiosas.

Lee tales materias que te den mas compuncion que ocupacion.

Si te apartares de conversaciones supérfluas, y de andar ocioso, y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y apropósito para entregarte á santas meditaciones.

Los mayores santos evitaban cuanto podian las compañías de los hombres, y elegían el vivir para Dios en su retiro.

2 Dijo uno (Séneca, ep. 7.): *cuantas veces estuve entre los hom-*

bres, volví menor hombre. Lo cual experimentamos cada dia cuando hablamos mucho.

Mas facil cosa es callar siempre, que hablar sin errar.

Mas facil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera de ella.

Por esto, al que quiere llegar á las cosas interiores y espirituales, le conviene apartarse con Jesucristo de la gente.

Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde voluntariamente.

Ninguno habla con acierto, sino el que calla de buena gana.

Ninguno preside dignamente, sino el que se sujeta con gusto.

Ninguno manda con razon, sino el que aprendió á obedecer sin replicar.

3 Nadie se alegra seguramente, sino quien tiene el testimonio de la buena conciencia.

Pues la seguridad de los santos

siempre estuvo llena del temor divino.

Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecian en grandes virtudes y gracias.

Pero la seguridad de los malvados nace de la soberbia y presuncion, y al fin se convierte en su mismo engaño.

Nunca te tengas por seguro en esta vida, aunque parezcas buen religioso y devoto ermitaño.

4 Los muy estimados de los hombres por buenos, muchas veces han caido en graves peligros por su demasiada confianza.

Por lo cual es utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones, y que sean muchas veces conbatidos, porque no se aseguren demasiado de sí propios, porque no se levantan con soberbia, ni tampoco se entreguen demasiadamente á los consuelos exteriores.

¡Oh, quién nunca buscase ale-

gría transitoria y nunca se ocupase en el mundo! ¡ cuán buena conciencia guardaría!

¡Oh, quién quitára de sí todo vano cuidado, y pensase solamente en las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios! ¡cuánta paz y sosiego disfrutaría!

5 Ninguno es digno de la consosolacion celestial, si no se ejercitáre con diligencia en la santa contricion.

Si quieres arrepentirte de corazon, entra en tu retiro y destierra de tí todo bullicio del mundo segun está escrito: *contristaos en vuestros aposentos.* En tu habitacion hallarás lo que pierdes muchas veces por defuera.

El retiro usado se hace dulce, y el poco usado causa hastío. Si al principio de tu conversion le frecuentares y gurdares bien, te será despues dulce amigo y agradable consuelo.

6 En el silencio y sosiego aprovecha el alma devota, y aprende los secretos de las Escrituras.

Allí halla arroyos de lágrimas con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse mas familiar á su Hacedor cuanto mas se desviáre del tumulto del siglo.

Y así, el que se aparta de sus amigos y conocidos, consigue que se le acerque Dios y sus santos ángeles.

Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros.

Loable es al hombre religioso salir fuera pocas veces, huir de que le vean, y no querer ver á los hombres.

7 ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener? El mundo pasa y sus deleites.

Los deseos sensuales nos inclinan á pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino

pesadumbre de conciencia y abatimiento de corazon?

La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde una afligida mañana.

Así, todo gozo carnal entra blandamente, mas al cabo muerde y mata.

¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de éstos fueron hechas todas las cosas.

8 ¿Qué puedes ver en algun lugar que permanezca mucho tiempo debajo del sol?

¿Piensas acaso satisfacer tu apetito? pues no lo alcanzarás.

Si vieses todas las cosas delante de tí, ¿qué sería sino una sombra vana?

Levanta tus ojos á Dios en el cielo, y ruega por tus pecados y negligencias.

Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que te manda Dios.

Cierra tu puerta sobre tí, y llama en tu favor á Jesus tu amado.

Está con él en tu aposento, que no hallarás en otro lugar tanta paz.

Si no salieras ni oyeras noticias, mejor perseveráras en santa paz.

Pues te huelgas de oir algunas veces novedades, conviénete sufrir inquietudes de corazon.

CAPITULO XXI.

De la compuncion del corazon.

1 Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser demasiado libre; sino con severidad refrena todos tus sentidos, y no te entregues á vanos contentamientos.

Dáte á la compuncion del corazon, y te hallarás devoto.

La compuncion causa muchos bienes, que la disolucion suele perder en breve.

Maravilla es que el hombre pue-

da alegrarse alguna vez perfectamente en esta vida considerando su destierro, y pensando los muchos peligros de su alma.

2 Por la liviandad del corazon y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma; y por eso muchas veces reimos sin razon, cuando con razon deberíamos llorar.

No hay verdadera libertad ni plácida alegría sino en el temor de Dios con buena conciencia.

Bienaventurado aquel que puede desviar de sí todo motivo de distraccion, y recogerse á lo interior de la santa compuncion.

Bienaventurado el que renunciáre todas las cosas que pueden mancillar ó agravar su conciencia.

Pelea como varon; una costumbre vence á otra costumbre.

Si tú sabes dejar los hombres, ellos bien te dejarán hacer tus buenas obras.

3 No te ocupes en cosas agenas,

ni te entremetas en las causas de los mayores.

Mira siempre primero por tí, y amonéstate á tí mismo mas especialmente que á todos cuantos quieres bien.

Si no eres favorecido de los hombres, no te entristezcas por eso; sino afligete de que no tienes tanto cuidado de mirar por tí como conviene al siervo de Dios y á la conservacion del devoto religioso.

Muy útil y seguro es que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, principalmente segun la carne.

Pero de no tener ó gustar rara vez las cosas divinas, nosotros tenemos la culpa; porque no buscamos la compuncion del corazon, ni desechamos del todo las vanas y exteriores.

4 Reconócete por indigno de la divina consolacion; y mas bien considérate digno de ser atribulado.

Cuando el hombre tiene perfec-

ta contricion, entonces le es molesto y amargo todo el mundo.

El que es bueno halla bastante materia para dolerse y llorar; porque ora se mire á sí, ora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive aquí sin tribulaciones.

Y cuanto mas atentamente se examina, tanto mas halla de qué dolerse.

Materia de justo dolor y entrañable contricion son nuestros pecados y vicios, en que estamos tan caidos, que pocas veces podemos contemplar las cosas celestiales.

5 Si continuamente pensases mas en tu muerte que en vivir largo tiempo, no hay duda que te enmendarías con mayor fervor.

Si pensases tambien de todo corazon en las penas futuras del infierno ó del purgatorio, creo que de buena gana sufrirías cualquier trabajo y dolor, y no temerías ninguna austeridad.

Pero como estas cosas no pasan

al corazon, y amamos siempre el regalo, permanecemos demasiadamente frios y perezosos.

6 Muchas veces por falta del espíritu se queja el cuerpo miserable.

Ruega, pues, con humildad al Señor que te dé espíritu de contricion, y dí con el profeta: *Dame, Señor, á comer el pan de lágrimas, y á beber con medida el agua de mi llanto.*

CAPITULO XXII.

Consideracion de la miseria humana.

1 Miserable serás donde quiera que fueres y donde quiera que te volvieres, si no te convirtieres á Dios.

¿Por qué te afliges de que no te suceda lo que quieres y deseas? ¿quién es el que tiene todas las cosas á medida de su voluntad? Ni yo,

ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra.

Ninguno hay en el mundo sin tribulacion ó angustia, aunque sea rey ó papa,

Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente el que puede padecer algo por Dios.

2 Dicen muchos flacos y enfermos: ¡mirad cuán buena vida tiene aquel hombre! cuán rico! cuán grande! cuán poderoso y ensalzado!

Pero atiende á los bienes del Cielo, y verás que todas estas cosas temporales nada son sino muy inciertas y gravosas; porque nunca se poseen sin cuidado y temor.

No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal; bástale una mediania.

Por cierto, miseria es vivir en la tierra.

Cuanto el hombre quisiere ser mas espiritual, tanto mas amarga se le hará la vida; porque conoce

mejor, y ve mas claro los defectos de la corrupcion humana.

Porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar, y estar sujeto á las demas necesidades naturales, en verdad es grande miseria y pesadumbre al hombre devoto, el cual desea ser desatado de este cuerpo, y libre de toda culpa.

3 Pues el hombre interior está muy agravado con las necesidades corporales en este mundo.

Por eso el profeta ruega devotamente que le libre de ellas, diciendo: *líbrame, Señor, de mis necesidades.*

Mas ¡ay de los que no conocen su miseria! Y mucho mas ¡ay de los que aman esta miserable y corruptible vida!

Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad trabajando ó mendigando tengan lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre, no cuidarían del reino de Dios.

4 ¡Oh locos y duros de corazon los que viven tan profundamente adheridos á lo terreno, que de nada gustan sino de las cosas carnales!

Pues en el fin sentirán gravemente cuán vil y nada era lo que amaron.

Los santos de Dios, y todos los devotos amigos de Cristo no tenian cuenta de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florecía en la vida temporal; sino que toda su esperanza é intencion suspiraba por los bienes eternos.

Todo su deseo se levantaba á lo duradero é invisible; porque no fuesen abatidos á las cosas bajas con el amor de lo visible.

No pierdas, hermano, la confianza de aprovechar en las cosas espirituales: aun tienes tiempo y ocasion.

5 ¿Por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate, y comienza en este momento, y dí: Ahora es

tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme.

Cuando no estás bueno y tienes alguna tribulacion, entonces es tiempo de merecer.

Conviene que pases por fuego y por agua antes que llegues al descanso.

Si no te hicieres fuerza, no vencerás el vicio.

Mientras estamos en este frágil cuerpo no podemos estar sin pecado, ni vivir sin fatiga y dolor.

De buena gana tendríamos descanso de toda miseria; pero como por el pecado perdimos la inocencia, hemos perdido tambien la verdadera felicidad.

Por eso nos importa tener paciencia, y esperar la misericordia de Dios hasta que se acabe la malicia, y la muerte destruya esta vida.

6 ¡Oh cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios!

Hoy confiesas tus pecados, y mañana vuelves á cometer lo confesado.

Ahora propones la enmienda, y de aquí á una hora obras como si nada hubieras propuesto.

Con mucha razon pues podemos humillarnos, y no estimarnos en mucho, pues somos tan flacos y tan mudables.

Presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia.

7 ¿Qué será de nosotros al fin, pues ya tan temprano estamos tibios?

¡Ay de nosotros si así queremos ir al descanso, como si ya tuviésemos paz y seguridad; cuando aun no parece señal de verdadera santidad en nuestra conversacion!

Bien sería necesario que aun fuésemos instruidos otra vez como dóciles novicios en las buenas costumbres, si por ventura hubiese esperanza de alguna futura en-

mienda, y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPITULO XXIII.

De la meditacion en la muerte.

1 Muy presto será contigo este negocio; mira como te has de componer. Hoy es el hombre, y mañana no parece.

En quitándolo de la vista, presto se va tambien de la memoria.

¡Oh torpeza y dureza del corazon humano, que solamente piensa en lo presente, sin cuidado de lo porvenir!

Así habias de conducirte en toda obra y pensamiento, como si hoy hubieses de morir.

Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho la muerte.

Mejor fuera evitar los pecados, que huir la muerte.

Si no estás dispuesto hoy ¿cómo lo estarás mañana?

Mañana es dia incierto, ¿y qué sabes si amanecerás mañana?

2 ¿Qué aprovecha vivir mucho, cuando tan poco nos enmendamos?

Ah! la larga vida no siempre nos enmienda, antes muchas veces añade pecados.

¡Ojalá hubiéramos vivido siquiera un dia bien en este mundo!

Muchos cuentan los años de su conversion, pero muchas veces es poco el fruto de la enmienda.

Si es temeroso el morir, puede ser que sea mas peligroso el vivir mucho.

Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de sus ojos, y se dispone cada dia á morir.

Si has visto alguna vez morir un hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar.

3 Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando fuere de noche, no te oses prometer la mañana.

Por eso está siempre prevenido, y vive de tal manera, que nunca te halle la muerte desapercibido.

Muchos mueren de repente; porque en la hora que no se piensa vendrá el Hijo del hombre.

Cuando viniere aquella hora postrera, de otra suerte comenzarás á sentir de toda tu vida pasada, y te dolerás mucho de haber sido tan negligente y perezoso.

4 ¡Qué bienaventurado y prudente es el que vive de tal modo cual desea le halle Dios en la hora de la muerte!

El total desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la austeridad, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de nuestro Señor Jesucristo, gran confianza darán de morir felizmente.

Muchas cosas buenas podrias

hacer *mientras estás sano;* pero cuando enfermo no sé qué podrás.

Pocos se enmiendan con la enfermedad; y los que andan en muchas pegrinaciones tarde son santificados.

5 No confies en amigos ni en vecinos, ni dilates para despues tu salvacion; porque mas presto de lo que piensas estarás olvidado de los hombres.

Mejor es ahora con tiempo prevenir algunas buenas obras que envies adelante, que esperar en el socorro de otros.

Si tú no eres solícito para tí ahora, ¿quién tendrá cuidado de tí despues?

Ahora es el tiempo muy precioso; ahora son los dias de salud; ahora es el tiempo aceptable.

Pero ¡ay dolor! que lo gastas sin aprovecharte, pudiendo en él ganar para vivir eternamente.

Vendrá cuando desearás un dia

ó una hora para enmendarte, y no sé si te será concedida.

6 ¡Oh, hermano, de cuánto peligro te podrías librar, y de cuán grave espanto salir, si siempre estuvieses temeroso y sospechoso de la muerte!

Trata ahora de vivir de modo que en la hora de la muerte puedas mas bien alegrarte que temer.

Aprende ahora á morir al mundo, para que entonces comiences á vivir con Cristo.

Aprende ahora á despreciarlo todo, para que entonces puedas libremente ir á Cristo.

Castiga ahora tu cuerpo con penitencia, porque entonces puedas tener confianza cierta.

7 Oh necio! ¿por qué piensas vivir mucho, no teniendo un dia seguro?

¿Cuántos que pensaban vivir mucho se han engañado, y han sido separados del cuerpo cuando menos lo esperaban?

¿Cuántas veces oiste contar que

uno murió á cuchillo, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin?

Uno murió con fuego, otro con hierro, otro de peste, otro pereció á manos de ladrones; y así la muerte es fenecimiento de todos, y la vida de los hombres se pasa como sombra rápidamente.

8 ¿Quién se acordará de tí, y quién rogará por tí despues de muerto? Haz ahora, hermano, lo que pudieres; que no sabes cuándo morirás, ni lo que te acaecerá despues de la muerte.

Ahora que tienes tiempo, atesora riquezas inmortales.

Nada pienses fuera de tu salvacion, y cuida solamente de las cosas de Dios.

Granjéate ahora amigos venerando á los santos de Dios, é imitando sus obras, para que cuando salieres de esta vida te reciban en las moradas eternas.

9 Vive como huésped y peregrino sobre la tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo.

Guarda tu corazon libre y levantado á Dios, porque aquí no tienes domicilio permanente.

Dirige á él tus oraciones y gemidos cada dia con lágrimas, porque merezca tu espíritu despues de la muerte pasar dichosamente al Señor. Amen.

CAPITULO XXIV.

Del juicio y penas de los pecadores.

1 Mira el fin en todas las cosas, y de qué suerte estarás delante de aquel Juez justísimo, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dádivas, ni admite escusas, sino que juzgará justísimamente.

¡Oh ignorante y miserable pecador! ¿qué responderás á Dios, que sabe todas tus maldades, tú que

temes á veces el rostro de un hombre airado?

¿Por qué no te previenes para el dia del juicio, cuando no habrá quien defienda ni ruege por otro, sino que cada uno tendrá bastante que hacer por sí?

Ahora tu trabajo es fructuoso, tu llanto aceptable, tus gemidos se oyen, tu dolor es satisfactorio y justificativo.

2 Aquí tiene grave y saludable purgatorio el hombre sufrido, que recibiendo injurias, se duele mas de la malicia del injuriador que de su propia ofensa: que ruega á Dios voluntariamente por sus contrarios; y de corazon perdona los agravios, y no se detiene en pedir perdon á cualquiera: que mas fácilmente tiene misericordia que se indigna: que se hace fuerza muchas veces, y procura sujetar del todo su carne al espíritu.

Mejor es purgar ahora los pecados y cortar los vicios, que de-

jar el purgarlos para lo venidero.

Por cierto nos engañamos á nosotros mismos por el amor desordenado que tenemos á la carne.

3 ¿En qué otra cosa se cebará aquel fuego sino en tus pecados?

Cuanto mas te perdonas ahora á tí mismo, y sigues á la carne, tanto mas gravemente serás despues atormentado, pues guardarás mayor materia para quemarte.

En lo mismo que mas peca el hombre será mas gravemente castigado.

Allí los perezosos serán punzados con aguijones ardientes, y los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed.

Allí los lujuriosos y amadores de deleites serán rociados con ardiente pez y hediondo azufre; y los envidiosos ahullarán de dolor como rabiosos perros.

4 No hay vicio que no tenga su propio tormento.

Allí los soberbios estarán llenos

de confusion, y los avarientos serán oprimidos con miserable necesidad.

Allí será mas grave pasar una hora de pena, que aquí cien años de penitencia amarga.

Allí no hay sosiego ni consolacion para los condenados; mas aquí algunas veces cesan los trabajos, y se goza del consuelo de los amigos.

Ten ahora cuidado y dolor de tus pecados, para que en el dia del juicio estés seguro con los bienaventurados.

Pues entonces estarán los justos con gran constancia contra los que los angustiaron y persiguieron.

Entonces estará para juzgar el que aquí se sujetó humildemente al juicio de los hombres.

Entonces tendrá mucha confianza el pobre y humilde; mas el soberbio por todos lados se estremecerá.

5 Entonces será tenido por sabio

el que aprendió aquí á ser ignorante y menospreciado por Cristo.

Entonces agradará toda tribulacion sufrida con paciencia, y toda maldad no despegará los labios.

Entonces se holgarán todos los devotos, y se entristecerán todos los irreligiosos.

Entonces se alegrará mas la carne mortifida, que la que siempre vivió en deleites.

Entonces replandecerá el vestido despreciado, y parecerá vil el precioso.

Entonces será mas alabada la pobre casilla, que el ostentoso palacio.

Entonces servirá mas la constante paciencia, que todo el poder del mundo.

Entonces será mas ensalzada la simple obediencia, que toda la sagacidad del siglo.

6 Entonces alegrará mas la pura y buena conciencia, que la docta filosofía.

Entonces se estimará mas el desprecio de las riquezas, que todo el tesoro de los ricos de la tierra.

Entonces te consolarás mas de haber orado con devocion, que de haber comido delicadamente.

Entonces te alegrarás mas de haber guardado silencio, que de haber conversado mucho,

Entonces te aprovecharán mas las obras santas, que las palabras floridas.

Entonces agradará mas la vida estrecha y la rigurosa penitencia, que todas las delicias terrenas.

Aprende ahora á padecer en lo poco, para que entonces seas libre de lo muy grave.

Prueba aquí primero lo que podrás despues.

Si ahora no puedes padecer levemente, ¿cómo podrás despues sufrir los tormentos eternos?

Si ahora una pequeña penalidad te hace tan impaciente, ¿qué hará entonces el infierno?

De verdad no puedes tener dos gozos, deleitarte en este mundo, y despues reinar en el cielo con Cristo.

7 Si hasta ahora hubieses vivido en honras y deleites, y te llegase la muerte, ¿qué te aprovecharía?

Todo pues es vanidad, sino amar á Dios, y servirle á él solo.

Porque los que aman à Dios de todo corazon, no temen la muerte, ni el tormento, ni el juicio, ni el infierno; pues el amor perfecto tiene segura entrada para Dios.

Mas quien se deleita en pecar, no es maravilla que tema la muerte y el juicio.

Bueno es no obstante que si el amor no nos desvía de lo malo, por lo menos el temor del infierno nos refrene.

Pero el que pospone el temor de Dios, no puede durar mucho tiempo en el bien sin caer muy presto en los lazos del demonio.

CAPITULO XXV.

De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.

1 Vela con mucha diligencia en el servicio de Dios, y piensa de ordinario á qué viniste y por qué dejaste el mundo. ¿No es por ventura con el fin de vivir para Dios, y ser hombre espiritual?

Corre pues con fervor á la perfeccion, que presto recibirás el galardon de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor ni dolor en tu fin.

Ahora trabajarás un poco, y hallarás despues gran descanso, y aun perpetua alegria.

Si permaneces fiel y fervoroso en obrar, sin duda será Dios fiel y rico en pagar.

Ten firme esperanza que alcanzarás victoria; mas no conviene

tener seguridad, porque no aflojes ni te ensoberbezcas.

2 Como uno estuviese congojado, y entre la esperanza y el temor dudase muchas veces, cargado de tristeza se arrojó delante de un altar en la iglesia para orar; y revolviendo en su corazon varias cosas, dijo: ¡Oh, si supiese que habia de perseverar! Y luego oyó en lo interior la divina respuesta: ¿Qué harias si eso supieses? Haz ahora lo que entonces quisieras hacer, y estarás seguro.

Y en aquel punto consolado y confortado se ofreció á la divina voluntad, y cesó su congojosa turbacion.

Y no quiso escudriñar curiosamente para saber lo que le habia de suceder, sino que anduvo con mucho cuidado de saber lo que fuese la voluntad de Dios, y á sus divinos ojos mas agradable y perfecto, para comenzar y perfeccionar toda buena obra.

f 2

3 El Profeta dice: *espera en el Señor, y haz bondad, y habita en la tierra, y serás apacentado en sus riquezas.*

Detiene á muchos del fervor de su aprovechamiento el espanto de la dificultad, ó el trabajo de la pelea.

Ciertamente aquellos aprovechan mas en las virtudes, que mas varonilmente ponen todas sus fuerzas para vencer las que les son mas graves y contrarias.

Porque allí aprovecha el hombre mas y alcanza mayor gracia, adonde mas se vence á sí mismo, y se mortifica el espíritu.

4 Pero no todos tienen igual ánimo para vencer y mortificarse.

No obstante el diligente y celoso de su aprovechamiento, mas fuerte será para la perfeccion, aunque tenga muchas pasiones, que el de buen natural si pone poco cuidado en las virtudes.

Dos cosas especialmente ayu-

dan mucho á enmendarse, es á saber, desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente, y trabajar con fervor por lo bueno que mas le falta.

Trabaja tambien en vencer y evitar lo que de ordinario te desagrada en tus próximos.

5 Mira que te aproveches donde quiera; y si vieres y oyeres buenos ejemplos, anímate á imitarlos.

Mas si vieres alguna cosa digna de reprension, guárdate de hacerla; y si alguna vez la hiciste, procura enmendarte luego.

Así como tú miras á los otros, así los otros te miran á tí.

¡Cuán alegre y dulce cosa es ver los devotos y fervorosos hermanos con santas costumbres y en observante disciplina!

¡Cuán triste y penoso es verlos andar desordenados, y que no hacen aquello á que son llamados por su vocacion!

¡Cuán dañoso es ser negligen-

tes en el propósito de su llamamiento, y ocuparse en lo que no les mandan!

6 Acuérdate de la profesion que tomaste, y proponte por modelo al Crucificado.

Bien puedes avergonzarte mirando la vida de Jesucristo; porque aun no estudiaste á conformarte mas con él, aunque ha muchos años que estás en el camino de Dios.

El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasion del Señor, halla allí todo lo útil y necesario cumplidamente para sí; y no hay necesidad de que busque cosa mejor fuera de Jesus.

¡Oh si viniese á nuestro corazon Jesus crucificado; cuán presto y cumplidamente seríamos enseñados!

7 El fervoroso religioso acepta todo lo que le mandan, y lo lleva muy bien.

El negligente y tibio tiene tribulacion sobre tribulacion, y de todas partes padece angustia, porque carece de la consolacion interior, y no le dejan buscar la exterior.

El religioso que vive fuera de la observancia, cerca está de caer gravemente.

El que busca vivir mas ancho y descuidado, siempre estará en angustias; porque lo uno ó lo otro le descontentará.

8 ¿Cómo hacen tantos religiosos que estan encerrados en la observancia del monasterio?

Salen pocas veces, viven abstraidos, comen pobremente, visten ropa basta, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan muy temprano, tienen continuas horas de oracion, leen á menudo y guardan toda disciplina.

Mira como los cartujos, los cistercienses, y los monges y monjas de diversas órdenes se levantan cada noche á alabar al Señor.

Y por eso seria cosa torpe que tú emperezases en obra tan santa, donde tanta multitud de religiosos comienza á alabar á Dios.

9 ¡Oh si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar al Señor nuestro Dios con todo el corazon y con la boca!

¡Oh si nunca tuvieses necesidad de comer, beber y dormir; sino que siempre pudieses alabar á Dios, y solamente ocuparte en cosas espirituales! Entonces serías mucho mas dichoso que ahora cuando sirves á la necesidad de la carne.

¡Pluguiese á Dios que no tuviésemos estas necesidades; sino solamente las refecciones espirituales, las cuales gustamos bien raras veces!

10 Cuando el hombre llega al punto de no buscar su consuelo en ninguna criatura, entonces comienza á gustar de Dios perfectamente; y está contento de todo lo que le sucede.

Entonces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas las cosas, para quien ninguna perece ni muere, sino que todas viven y le sirven sin tardanza.

11 Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamas vuelve. Nunca alcanzarás las virtudes sin cuidado y diligencia.

Si comienzas á ser tibio, comenzará à irte mal.

Mas si te excitáres al fervor, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios, y por el amor de la virtud.

El hombre fervoroso y diligente á todo está dispuesto.

Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales.

El que no evita los defectos pequeños, poco á poco cae en los grandes.

Te alegrarás siempre á la no-

che si gastáres bien el dia.

Vela sobre tí; despiértate á tí; amonéstate á tí; y sea de los otros lo que fuere, no te descuides de tí.

Tanto aprovecharás, cuanto mas fuerza te hicieres. Amen.



LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

De la conversacion interior.

1 Dice el Señor: *El reino de Dios dentro de vosotros está.* Conviértete á Dios de todo corazon, y deja ese miserable mundo, y hallará tu alma reposo.

Aprende á menospreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás que se viene á tí el reino de Dios.

Pues *el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo*, que no se da á los malos.

Si preparas digna morada interiormente á Jesucristo, vendrá á

tí, y te mostrará su consolacion.

Toda su gloria y hermosura es en lo interior, y allí se está complaciendo.

Su continua visitacion es con el hombre interior, y con él habla dulcemente, y tiene agradable conversacion, mucha paz, y familiaridad sobremanera agradable.

2 Ea pues, alma fiel, prepara tu corazón á este Esposo, para que quiera venirse á tí, y habitar contigo.

Porque él dice así: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos á él, y haremos en él nuestra morada.*

Dá pues lugar á Cristo, y á todo lo demas cierra la puerta.

Si á Cristo tuvieres, estarás rico y te bastará. El será tu fiel procurador, y te proveerá de todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres.

Porque los hombres se mudan facilmente, y desfallecen en bre-

ve; pero Jesucristo permanece para siempre, y está firme hasta el fin.

3 No hay que poner mucha confianza en el hombre fragil y mortal, aunque sea útil y bien querido; ni has de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario ó no te atiende.

Los que hoy son contigo, mañana te pueden contradecir, y al contrario; porque muchas veces se vuelven como el viento.

Pon en Dios toda tu esperanza, y sea él tu temor y tu amor. El responderá por tí; y lo hará bien, como mejor convenga.

No tienes aquí domicilio permanente: donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino, y no tendrás nunca reposo si no estuvieres íntimamente unido cón Cristo.

4 ¿Qué miras aquí, no siendo este lugar de tu descanso?

En los cielos debe de ser tu

morada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre.

Todas las cosas pasan, y tú tambien con ellas.

Guárdate de pegarte á ellas, porque no seas preso y perezcas.

En el Altísimo pon tu pensamiento; y tu oracion sin cesar sea dirigida á Cristo.

Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasion de Cristo, y habita gustosamente en sus sagradas llagas.

Porque si te acoges devotamente á las llagas y preciosas heridas de Jesus, gran consuelo sentirás en la tribulacion, y no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y facilmente sufrirás las palabras de los maldicientes.

5 Cristo fue tambien en el mundo despreciado de los hombres, y entre grandes afrentas desamparado de amigos y conocidos, y en suma necesidad.

Cristo quiso padecer y ser des-

preciado; ¿y tú osas quejarte de alguna cosa?

Cristo tuvo adversarios y murmuradores; ¿y tú quieres tener á todos por amigos y bienhechores?

¿Con qué se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece?

Si no quieres sufrir ninguna adversidad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

Sufre con Cristo y por Cristo si quieres reinar con Cristo.

6 Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesus, y gustases un poco de su encendido amor, entonces no tendrias cuidado de tu propio provecho ó daño; antes te holgarías mas de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesus hace al hombre despreciarse á sí mismo.

El amante de Jesus y de la verdad, y el hombre verdaderamente interior y libre de las aficiones des-

ordenadas, se puede volver fácilmente á Dios, y levantarse sobre sí mismo en el espíritu, y descansar gozosamente.

7 Aquel á quien gustan tódas las cosas como son, no como se dicen ó estiman, es verdaderamente sabio, y enseñado mas de Dios que de los hombres.

El que sabe andar dentro de sí, y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares ni espera tiempos para darse á ejercicios devotos.

El hombre interior presto se recoge; porque nunca se entrega todo á las cosas exteriores.

No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupacion necesaria á tiempos; sino que así como suceden las cosas, se acomoda á ellas.

El que está interiormente bien dispuesto y ordenado, no cuida de los hechos famosos y perversos de los hombres.

Tanto se estorba el hombre y se

distrae, cuanto atrae á sí las cosas de afuera.

8 Si fueses recto y puro, todo te sucedería bien y con provecho.

Por eso te descontentan y conturban muchas cosas frecuentemente, porque aun no estás muerto á tí del todo, ni apartado de todas las cosas terrenas.

Nada mancilla ni embaraza tanto el corazon del hombre, cuanto el amor desordenado de las criaturas.

Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales, y gozarte muchas veces dentro de tí.

CAPITULO II

De la humilde sumision.

1 No te importe mucho quien es por tí ó contra tí; sino busca y procura que sea Dios contigo en todo lo que haces.

Ten buena conciencia, y Dios te defenderá.

Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno.

Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios.

El sabe el tiempo y el modo de librarte; y por eso te debes ofrecer á él.

A Dios pertenece ayudar y librar de toda confusion.

Algunas veces conviene mucho, para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos y los reprendan.

2. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces facilmente aplaca á los otros; y sin dificultad satisface á los que le odian.

Dios defiende y libra al humilde: al humilde ama y consuela: al hombre humilde se inclina: al humilde concede gracia, y despues de su abatimiento le levanta á gran honra.

Al humilde descubre sus secre-

tos, y le trae dulcemente á sí, y le convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz; porque está en Dios y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el mas bajo de todos.

CAPITULO III.

Del hombre bueno y pacífico.

1 Ponte primero á tí en paz, y despues podrás apaciguar á los otros.

El hombre pacífico aprovecha mas que el muy letrado.

El hombre apasionado, aun el bien convierte en mal, y de ligero cree lo malo.

El hombre bueno y pacífico todas las cosas echa á la buena parte.

El que está en buena paz, de ninguno sospecha. El descontento y alterado, con diversas sospechas

se atormenta; ni él sosiega, ni deja descansar á los otros.

Dice muchas veces lo que no debiera, y deja de hacer lo que mas le convendría.

Piensa lo que otros deben hacer, y deja él sus obligaciones.

Ten pues primero celo contigo, y despues podrás tener buen celo con el prójimo.

2 Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oir las disculpas agenas.

Mas justo seria que te acusases á tí, y excusases á tu hermano.

Sufre á los otros si quieres que te sufran.

Mira cuán léjos estás aun de la verdadera caridad y humildad, la cual no sabe desdeñar y airarse sino contra sí.

Nó es mucho conversar con los buenos y mansos, pues esto á todos dá gusto naturalmente; y cada uno de buena gana tiene paz, y ama á los que concuerdan con él.

Pero poder vivir en paz con los duros y perversos y mal acondicionados, y con quien nos contradice, grande gracia es, y accion varonil y loable.

3 Hay algunos que tienen paz consigo, y tambien con los otros.

Otros hay que ni la tienen consigo, ni la dejan tener á los demas: molestos para los otros, lo son mas para sí mismos.

Y hay otros que tienen paz consigo, y trabajan en reducir á paz á los otros.

Pues toda nuestra paz en esta miserable vida, está puesta mas en el sufrimiento humilde, que en dejar de sentir contrariedades.

El que sabe mejor padecer tendrá mayor paz. Este es vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

CAPITULO IV.

Del puro corazon y sencilla intencion.

1 Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son sencillez y pureza.

La sencillez ha de estar en la intencion, y la pureza en la aficion.

La sencillez pone la intencion en Dios; la pureza le abraza y gusta.

Ninguna buena obra te impedirá, si interiormente estuvieres libre de todo desordenado deseo.

Si no piensas ni buscas sino el beneplácito divino y el provecho del prójimo, gozarás de interior libertad.

Si fuese tu corazon recto, entonces te sería toda criatura espejo de vida, y libro de santa doctrina.

No hay criatura tan baja ni pequeña que no represente la bondad de Dios.

2 Si tú fueses bueno y puro en lo

interior, luego verías y entenderías bien todas las cosas sin impedimento.

El corazon puro penetra al cielo y al infierno.

Cual es cada uno en lo interior, tal juzga lo de fuera.

Si hay gozo en el mundo, el hombre de puro corazon lo posee.

Y si en algun lugar hay tribulacion y congojas, es donde habita la mala conciencia.

Así como el hierro metido en el fuego pierde el orin y se pone todo resplandeciente; así el hombre que enteramente se convierte á Dios, se desentorpece y muda en nuevo hombre.

3 Cuando el hombre comienza á entibiarse, entonces teme el trabajo, aunque pequeño, y toma con gusto la consolacion exterior.

Mas cuando se comienza perfectamente á vencer y andar alentadamente en la carrera de Dios, tiene por ligeras las cosas que primero tenia por pesadas.

CAPITULO V.

De la consideracion de sí mismo.

1 No debemos confiar de nosotros grandes cosas, porque muchas veces nos falta la gracia y la discrecion.

Poca luz hay en nosotros, y presto la perdemos por nuestra negligencia.

Y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos en el alma.

Muchas veces tambien obramos mal, y lo excusamos peor.

A veces nos mueve la pasion, y pensamos que es celo.

Reprendemos en los otros las cosas pequeñas, y no reparamos en las graves si son nuestras.

Muy presto sentimos y agravamos lo que de otro sufrimos; mas no miramos cuánto enojamos á los otros.

El que bien y rectamente exa-

minàre sus obras, no tendrá que juzgar gravemente las agenas.

2 El hombre interior antepone el cuidado de sí mismo á todos los cuidados; y el que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otros.

Nunca estarás recogido en tí y devoto si no calláres las cosas agenas, y especialmente miráres á tí mismo.

Si del todo te ocupáres en Dios y en tí, poco te moverá lo que sientes de fuera.

¿Dónde estás cuando no estás contigo? Y despues de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has ganado si de tí te olvidaste?

Si has de tener paz y union verdadera, conviene que todo lo pospongas, y solo pienses en tí.

3 Mucho aprovecharás si desechas todo cuidado temporal.

Muy menguado serás, si alguna cosa temporal estimáres.

No te parezca cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable,

sino Dios puramente, ó lo que sea de Dios.

Ten por vana cualquier consolacion que te viniere de alguna criatura.

El alma que ama á Dios, desprecia todas las cosas sin él.

Solo Dios eterno é inmenso que todo lo llena, es gozo del alma, y alegría verdadera del corazon.

CAPITULO VI.

De la alegría de la buena conciencia.

1 La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia, muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está con inquietud y temor.

Suavemente descansarás, si tu corazon no te reprende.

No te alegres sino cuando obráres bien.

Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni sienten paz interior; porque dice el Señor: *No tienen paz los malos.*

Y si dijeren: en paz estamos: no vendrá mal sobre nosotros: ¿quién se atreverá á ofendernos? No los creas; porque de repente se levantará la ira de Dios, y pararán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos.

2 No es dificultoso al que ama gloriarse en la tribulacion; porque gloriarse de esta suerte, es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se dá y recibe de los hombres.

La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios y en Dios; y su gozo es la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal, ó no la desprecia de corazon, señal es que ama menos la celestial.

Gran quietud de corazon tiene el que no se le dá nada de las alabanzas ni de las afrentas.

3 Facilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia limpia.

No eres mas santo porque te alaben, ni mas vil porque te desprecien.

Lo que eres, eso eres; ni puedes tener nombre mayor de lo que Dios sabe que eres.

Si miras lo que eres dentro de tí, no tendrás cuidado de lo que de tí hablan los hombres.

El hombre ve lo de afuera, mas Dios el corazon. El hombre con-

sidera las obras, y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien, y tenerse en poco, señal es de una alma humilde.

No querer consolacion de criatura alguna, señal es de gran pureza y de cordial confianza.

4 El que no busca la aprobacion de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios.

Porque dice san Pablo: *No el que se alaba á sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba.*

Andar en lo interior con Dios y no embarazarse de fuera con alguna aficion, estado es de varon espiritual.

CAPITULO VII.

Del amor de Jesus sobre todas las cosas.

1 Bienaventurado el que conoce qué es amar á Jesus, y des-

preciarse á sí mismo por Jesus.

Conviene dejar lo amado por lo amable, porque Jesus quiere ser amado solo sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es engañoso y mudable.

El amor de Jesus es fiel y permanente.

El que se adhiere á la criatura, caerá con lo perecedero.

El que abraza á Jesus, se afirma para siempre.

A aquel ama y ten por amigo, que aunque todos te desamparen, no te desamparará, ni te dejará perecer en el fin.

De todos has de ser desamparado alguna vez, quieras ó no quieras.

2 Sigue el partido de Jesus con toda constancia, viviendo y muriendo, y entrégate á su fidelidad, que aunque todos te falten, él solo te puede ayudar.

Tu amado es de tal condicion, que no quiere consigo admitir á

otro: mas él solo quiere tener tu corazon, y como Rey sentarse en su propio trono.

Si supieses bien desocuparte de toda criatura, Jesus habitará de buena gana contigo.

Cuanto pusieres en los hombres, fuera de Jesus, lo tendrás perdido.

No confies ni te apoyes sobre la caña hueca, porque toda carne es heno, y toda su gloria caerá como la flor del heno.

3 Presto serás engañado si mirares solamente la apariencia exterior de los hombres.

Porque si buscas tu descanso y ganancia en otros, muchas veces sentirás daño.

Si en todo buscas á Jesus, hallarás siempre á Jesus.

Mas si te buscas á tí mismo, te hallarás tambien á tí mismo; pero para tu daño.

Pues mas se daña el hombre á sí mismo si no busca á Jesus, que todo el mundo y todos sus enemigos,

CAPITULO VIII.

De la familiar amistad con Jesus.

1 Cuando Jesus está presente, todo es bueno, y nada parece dificil; mas cuando Jesus está ausente todo es duro.

Cuando Jesus no nos habla interiormente, vil es nuestro consuelo; mas si Jesus habla una sola palabra, gran consolacion se siente.

¿Por ventura no se levantó luego María Magdalena del lugar donde lloró, cuando le dijo Marta: *El Maestro está aquí, y te llama?*

¡Oh, bienaventurada hora cuando Jesus llama de las lágrimas al gozo del espíritu!

¡Cuán seco y duro estás sin Jesus! ¡cuán necio y vano si codicias algo fuera de Jesus! Por ventura, ¿no es este mayor daño que si perdieses todo el mundo?

2 ¿Qué puede dar el mundo sin Jesus?

Estar sin Jesus es grave infierno; estar con Jesus dulce paraiso.

Si Jesus estuviere contigo, ningun enemigo te podrá dañar.

El que halla á Jesus, halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien.

Y el que pierde á Jesus, pierde muy mucho, y mas que todo el mundo.

Pobrísimo es el que vive sin Jesus, y riquísimo el que está bien con Jesus.

3 Arte grande es saber conversar con Jesus, y gran prudencia saber tener á Jesus.

Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesus.

Sé devoto y sosegado, y permanecerá contigo Jesus.

Presto puedes echar de tí á Jesus y perder su gracia, si te abates á las cosas exteriores.

Si lo ahuyentáres y perdieres,

¿á quién irás? ¿y qué amigo buscarás entónces?

Sin amigo nó puedes vivir bien.

Y si Jesus no fuere para tí mas amigo que todos, estarás muy triste y desconsolado.

Pues neciamente piensas si en otro alguno confias y te alegras.

Mas se debe escoger tener todo el mundo contrario, que tener ofendido á Jesus.

Sea pues solo Jesus tu especial amado entre todos tus amigos.

4 Ama á todos por Jesus; y á Jesus por sí mismo.

Solo Jesucristo se debe amar singularmente, porque él solo es bueno y fiel mas que todos los amigos.

Por él y en él debes amar los amigos y enemigos, y rogarle por todos, para que le conozcan y le amen.

Nunca desees ser alabado ni amado singularmente; porque eso á solo Dios pertenece, que no tiene igual.

Ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazon, ni tú te ocupes con el amor de alguno; mas sea Jesus en tí, y en todo hombre bueno.

5 Sé puro y libre en lo interior, sin ocupacion de criatura alguna.

Porque te conviene tener para con Dios un corazon puro y desnudo, si quieres descansar y ver cuán suave es el Señor.

Y verdaderamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y traido de su gracia, para que dejadas y echadas de ti todas las cosas, seas unido solo con él solo.

Pues cuando viene la gracia de Dios al hombre, entónces se hace poderoso para todo; pero cuando se aparta queda pobre y enfermo, y como destinado para las calamidades solamente.

En esto no debes desmayar ni desesperar, sino estar constante en la voluntad de Dios, y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere pa-

ra la gloria de Jesucristo; porque al invierno sigue el estío; despues de la noche vuelve el dia; y despues de la tempestad gran bonanza.

CAPITULO IX.

De la privacion de todo consuelo.

1 No es grave cosa despreciar el consuelo humano, cuando tenemos el divino.

Grande y muy grande cosa es poder carecer tanto de divino como de humano consuelo, y querer sufrir de buena gana sequedad de corazon por la honra de Dios, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo, ni atender á su propio mérito.

¿Qué gran cosa es, si estás alegre y devoto cuando viene sobre tí la gracia de Dios?

Esta hora todos la desean.

Muy suavemente camina aquel á quien lleva la gracia de Dios.

¿Y qué maravilla si no siente car-

ga el que es llevado del Omnipotente, y guiado por el supremo conductor?

2 De buena gana tomamos algun pasatiempo, y con dificultad se desnuda un hombre de sí mismo.

El mártir san Lorenzo con su Sacerdote venció al mundo; porque despreció todo lo que en el mundo parecia deleitable, y sufrió con paciencia por amor de Cristo que le fuese quitado el sumo sacerdote de Dios Sixto, á quien amaba sobremanera.

Pues así con el amor de Dios venció el amor del hombre, y trocó el contento humano por el beneplácito divino.

Así aprende tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo.

Y no lleves á mal si algun amigo te abandonáre, sabiendo que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

3 Mucho y de contínuo conviene

que pelee el hombre consigo mismo antes que sepa vencerse del todo, y poner en Dios cumplidamente todo su deseo.

Cuando el hombre estriba en sí mismo, fácilmente se desliza á las consolaciones humanas.

Mas el verdadero amante de Cristo, y cuidadoso imitador de sus virtudes, no se entrega á las consolaciones, ni busca estas dulzuras sensibles; antes procura ejercicios fuertes, y sufre por Cristo duros trabajos.

4 Así pues, cuando Dios te diere la consolacion espiritual, recíbela con hacimiento de gracias, entendiendo que es don de Dios, y no merecimiento tuyo.

No te levantes á mayores, ni te alegres demasiado, ni presumas vanamente; sino humíllate mas por el don recibido, y sé mas avisado y temeroso en todas tus obras; porque se pasará aquella hora y vendrá la tentacion.

Cuando te fuere quitado el consuelo, no desesperes luego; sino espera con humildad y paciencia la visitacion celestial, porque Dios es poderoso para volverte á dar mucha mayor consolacion.

Esto no es cosa nueva ni extraña para los que han experimentado el camino de Dios, porque en los grandes santos y antiguos profetas acaeció muchas veces este modo de mudanza.

5 Por eso decia uno cuando tenia presente la gracia: *Yo dije en mi abundancia: No seré movido ya para siempre.*

Y ausente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: *Apartaste de mí tu rostro, y fui conturbado.*

Mas entre estas cosas, de ningun modo desespera, sino con mayor instancia ruega á Dios, y dice: *A tí, Señor, clamaré, y á mi Dios rogaré.*

Al fin alcanzó el fruto de su oracion, y confirma ser oido, diciendo:

Oyóme el Señor, y tuvo misericordia de mí: el Señor es hecho mi ayudador.

¿Mas en qué? *Volviste* (dice) *mi llanto en gozo, y me rodeaste de alegría.*

Si así se hizo con los grandes santos, no debemos nosotros, enfermos y pobres, desesperar si algunas veces estamos fervorosos, y á veces frios; porque el espíritu se viene y se va, segun la divina voluntad.

Por eso dice el bienaventurado Job: *Lo visitas en la mañana, y súbitamente lo pruebas.*

6 ¿Pues sobre qué puedo esperar, ó en quién debo confiar sino solamente en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celestial?

Porque aunque esté cercado de hombres buenos, ó de hermanos devotos, ó de amigos fieles, ó de libros santos, ó de tratados excelentes, y cantos y dulces himnos, todo aprovecha poco y tiene poco

sabor, cuando estoy desamparado de la gracia, y dejado de mi propia pobreza.

Entonces no hay mejor remedio que la paciencia y la resignacion de mí en la voluntad de Dios.

7 Nunca hallé á ninguno tan religioso y devoto, que alguna vez no tuviese intermision del consuelo divino, y sintiese diminucion del fervor.

Ningun santo fue tan altamente arrebatado y alumbrado, que antes ó despues no haya sido probado con tentaciones

No es pues digno de la sublime contemplacion de Dios, el que no fue ejercitado por su causa en alguna tribulacion.

Porque suele ser la tentacion precedente señal que vendrá el consuelo.

Que á los probados en la tentacion es prometido el gozo celestial. *Al que venciere* (dice) *daré á comer del arbol de la vida.*

8 Dáse tambien la consolacion divina para que el hombre sea mas fuerte para sufrir las adversidades.

Y tambien le sigue la tentacion, porque no se ensoberbezca del bien.

El demonio no duerme, ni la carne está aun muerta: por esto no ceses de prevenirte para la batalla; porque á la diestra y á la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

CAPITULO X.

De como se debe corresponder á la gracia de Dios.

1 ¿Para qué buscas descanso, habiendo nacido para el trabajo?

Disponte á la paciencia mas que á la consolacion, y á llevar cruz mas que á la alegría.

¿Qué hombre mundano no tomaría de buena gana el consuelo y alegría espiritual, si siempre la pudiese tener?

Pues las consolaciones espirituales exceden á todos los placeres del mundo, y á los deleites de la carne.

Porque todos los deleites del mundo, ó son vanos ó torpes; mas los deleites espirituales solos son alegres y honestos, engendrados de las virtudes, é infundidos de Dios en los corazones limpios.

Pero no puede ninguno usar siempre de estas consolaciones divinas como quiere, porque el tiempo de la tentacion pocas veces cesa.

2 Muy contraria es á la soberana visitacion la falsa libertad del alma, y la demasiada confianza de sí mismo.

Bien hace Dios dando la gracia de la consolacion; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, dándole gracias.

Y por esto no pueden ser mayores en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al

Hacedor, y no lo atribuimos todo á la fuente original.

Porque siempre se da la gracia al que dignamente es agradecido, y se quita al soberbio lo que se suele dar al humilde.

3 No quiero consuelo que me quite la compuncion, ni contemplar lo que me ocasione soberbia.

Pues no es santo todo lo alto, ni todo lo dulce bueno, ni puro todo deseo, ni todo lo que amamos, agradable á Dios.

De buena voluntad acepto yo la gracia que me haga siempre mas humilde, temeroso y dispuesto á renunciarme á mí mismo.

El enseñado con el don de la gracia, y avisado con el escarmiento de haberla perdido, no osará atribuirse á sí bien alguno; antes se confesará pobre y desnudo.

Dá á Dios lo que es de Dios, y atribúyete á tí lo que es tuyo: esto es, dá gracias á Dios por la gracia; mas á tí no te atribuyas sino la cul-

pa, y reconoce que mereces por ella un digno castigo.

4 Ponte siempre en lo mas bajo, y se te dará lo mas alto; porque lo alto no existe sin lo ínfimo.

Los santos que son grandes para con Dios, para consigo son muy pequeños; y cuanto mas gloriosos, tanto mas humildes.

Llenos de verdad y de gloria celestial, no son codiciosos de gloria vana.

Fundados y confirmados en Dios, en ninguna manera pueden ser soberbios.

Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien recibieron, no buscan la gloria mundana, sino la que viene de Dios solamente, y desean que sea Dios glorificado sobre todo en sí mismos y en todos los santos, y siempre tienen esto por objeto.

5 Sé pues agradecido en lo poco, y serás digno de recibir cosas mayores.

Ten en mucho lo poco, y lo mas despreciado por don especial.

Si miras á la dignidad del Dador, ningun don te parecerá pequeño ó vil; pues no es poco lo que dá el soberano Dios.

Y aunque diere penas y azotes, se lo debemos agradecer, porque siempre es para nuestra salvacion todo lo que permite que nos venga.

El que desea conservar la gracia de Dios, sea agradecido cuando se la dá, y resignado cuando se la quita. Pida para que le sea vuelta, y sea cauto y humilde para no perderla.

CAPITULO XI.

Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo.

1 Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial; pero pocos que lleven su cruz.

Tiene muchos deseosos de con-

suelo, pero pocos de tribulacion.
Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la abstinencia.
Todos quieren alegrarse con él; pero pocos quieren sufrir algo por su amor.
Muchos siguen á Jesus hasta el partir del pan; pero pocos hasta beber el caliz de la pasion.
Muchos veneran sus milagros, pero pocos siguen el oprobio de la cruz.
Muchos aman á Jesus mientras que no suceden adversidades.
Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de él algunas consolaciones.
Mas si Jesus se esconde, ó los deja un poco, luego se quejan ó se abaten excesivamente.
2 Pero los que aman á Jesus por él mismo, y no por algun propio consuelo, le bendicen en toda pena y angustia del corazon, tan bien como en el mayor contento.

Y aunque nunca mas les quisiese dar consuelo, siempre le alabarían y darían gracias.

3 ¡Oh, cuánto puede el amor puro de Jesus, sin mezcla de ningun propio amor ó comodidad!

¿Por ventura no son verdaderos mercenarios todos los que siempre buscan consuelos?

¿No se muestran mas amadores de sí que de Cristo los que continuamente piensan en sus gustos y provechos?

¿Dónde se hallará alguno que quiera servir á Dios sin interés?

4 Pocas veces se halla alguno tan espiritual, que esté desnudo de todas las cosas.

¿Pues quién hallará el verdadero pobre de espíritu, y desnudo de toda criatura? De muy léjos, y de las últimas regiones es su valor.

Si el hombre diere su hacienda toda, aun no es nada.

Si hiciere gran penitencia, aun es poco.

Aunque tenga toda la ciencia, aun está léjos.

Y si tuviere gran virtud y muy fervorosa devocion, aun le falta mucho; y es una cosa sumamente necesaria.

¿Y esta cuál es? que dejadas todas las cosas, se deje á sí mismo, y salga de sí enteramente sin retener nada del amor propio.

Y cuando conociere que ha hecho todo lo que debe hacer, piense que no ha hecho nada.

5 No tenga en mucho, que le pueden tener por grande, sino llámese sinceramente siervo inútil, como dice la Verdad: *Cuando hubiéreis hecho todo lo que os está mandado, decid: Siervos somos sin provecho.*

Entónces podrá ser verdaderamente pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta: *Solo y pobre soy.*

Ninguno con todo eso hay mas rico: ninguno mas poderoso: nin-

guno mas libre que aquel que sabe dejar todas las cosas, y ponerse en el mas bajo lugar.

CAPITULO XII.

Del camino real de la santa cruz.

1 A muchos parecen duras estas palabras: *Niégate á tí mismo, toma tu cruz y sigue á Jesus.*

Pero mucho mas duro será oir aquella postrera sentencia: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.*

Mas los que ahora oyen y siguen con gusto la palabra de la cruz, no temerán entonces oir la palabra de la eterna condenacion. Esta señal de la cruz estará en el cielo cuando el Señor venga á juzgar.

Entónces todos los esclavos de la cruz, que se conformaron en la vida con el Crucificado, se llegarán á Cristo juez con gran confianza.

2 ¿Por qué pues temes tomar la cruz, por la cual se va al reino?

En la cruz está la salud: en la cruz la vida: en la cruz la proteccion contra los enemigos.

En la cruz la infusion de la suavidad soberana: en la cruz está la fortaleza del corazon: en la cruz el gozo del espíritu.

En la cruz la suma virtud: en la cruz está la perfeccion de la santidad.

No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz.

Toma pues tu cruz, sigue á Jesus, é irás á la vida eterna.

El vino primero y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú lleves tu cruz, y desees morir en ella.

Porque si murieres con él, tambien vivirás con él; y si fueres compañero en la pena, serásle tambien en la gloria.

3 Mira que todo consiste en la

cruz, y todo está en morir; y no hay otro camino para la vida y para la verdadera paz interior, sino el de la santa cruz y contínua mortificacion.

Vé donde quisieres, busca lo que quisieres, y no hallarás mas alto camino arriba, ni mas seguro abajo, que la senda de la santa cruz.

Dispon y ordena todas las cosas segun tu querer y parecer; y no hallarás sino que siempre has de padecer algo, ó de grado ó por fuerza; y de este modo siempre hallarás cruz.

Pues, ó sentirás dolor en el cuerpo, ó padecerás tribulacion en el espíritu.

4 Unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo; y lo peor es, que muchas veces te descontentarás de tí mismo.

Y no podrás librarte ni aliviarte con ningun remedio ni consuelo; porque conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere.

Pues quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulacion sin consuelo, y que te sujetes del todo á él, y te hagas mas humilde con la afliccion.

Ninguno siente tan de corazon la pasion de Cristo como aquel á quien acaece sufrir cosas semejantes.

De modo que la cruz siempre está preparada, y te espera en cualquier lugar.

No puedes huir de ella adonde quiera que fueres; porque á cualquier parte que huyas te llevas á tí mismo, y te hallarás siempre á tí mismo.

Mira arriba, mira abajo, mira fuera, mira dentro, y en todas partes hallarás cruz.

Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona.

5 Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin

deseado, adonde será el fin de padecer, aunque aquí no lo sea.

Si contra tu voluntad la llevas, la haces mas pesada, y te molestas mas; y por tanto conviene que la sufras.

Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser que mas grave.

6 ¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo eximirse? ¿quién de los santos estuvo en el mundo sin cruz y tribulacion?

Pues ni Jesucristo nuestro Señor mientras vivió estuvo una sola hora sin dolor ni pasion. *Convenia* (dice) *que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos, y así entrase en su gloria.*

¿Pues cómo buscas tú otra senda, sino este camino real, que es el de la santa cruz?

7 Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio; ¿y tú buscas para tí descanso y gozo?

Yerras, yerras, si buscas mas que sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miserias, y señalada de cruces.

Y cuanto mas altamente alguno aprovecháre en espíritu, tanto mas graves cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece mas con el amor.

8 Mas aquel así afligido de tantos modos, no está sin alivio de consolacion; porque siente acrecentársele gran fruto con llevar su cruz.

Pues cuando se sujeta á ella de su voluntad, toda la carga de la tribulacion se convierte en la confianza del divino consuelo.

Y cuanto mas se quebranta la carne por la afliccion, tanto mas se robustece el espíritu con la gracia interior.

Y algunas veces tanto es confortado del afecto á la tribulacion y adversidad por amor de la conformidad con la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulacion,

porque se tiene por mas acepto á Dios, cuanto mayores y mas graves cosas pudiere sufrir por él.

Esta no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu.

9 No es segun la inclinacion humana llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo, y sujetarle á servidumbre; huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo, y desear ser despreciado, tolerar todo lo adverso con daño, y no desear cosa de prosperidad en este mundo.

Si te consideras á tí mismo, no podrás por tí cosa alguna de estas.

Pero si confias en el Señor, él te enviará fortaleza del cielo, y hará que te estén sujetos el mundo y la carne.

Y no temerás al diablo tu enemigo, si estuvieres armado de fé,

y señalado con la cruz de Cristo.

10 Disponte pues como buen y fiel siervo de Cristo para llevar varonilmente la cruz de tu Señor crucificado por tu amor.

Prepárate á sufrir muchas adversidades y diversas incomodidades en esta miserable vida; porque así estará contigo adonde quiera que fueres; y de verdad que hallarás á Jesus en cualquier parte que te escondas.

Así conviene que sea, y no hay otro remedio para evadirse del dolor y de la tribulacion de los males, sino sufrir.

Bebe afectuosamente el caliz del Señor, si quieres ser su amigo, y tener parte con él.

Remite á Dios las consolaciones, para que haga con ellas lo que mas le agradáre.

Pero tú disponte á sufrir las tribulaciones, estimarlas por grandes consuelos; porque no son condignas las pasiones de este tiempo pa-

ra merecer la gloria venidera, aunque tú solo pudieses sufrirlas todas.

11 Cuando llegáres á tanto, que la afliccion te sea dulce y gustosa por amor de Cristo, piensa entonces que te va bien; porque hallaste el paraiso en la tierra.

Cuando te parece grave el padecer, y procuras huirlo, cree que te va mal, y donde quiera que fueres te seguirá la tribulacion.

12 Si te dispones para hacer lo que debes, es á saber, sufrir y morir, luego te irá mejor, y hallarás paz.

Y aunque fueres arrebatado hasta el tercer cielo con S. Pablo, no estarás por eso seguro de no sufrir alguna contrariedad. *Yo* (dice Jesus) *le mostraré cuantas cosas le convendrán padecer por mi nombre.*

Debes pues padecer, si quieres amar á Jesus y servirle siempre.

13 ¡Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesus!

¡cuán grande gloria te resultaria! ¡cuánta alegría á todos los santos de Dios! ¡cuánta edificacion sería para el prójimo!

Todos alaban la paciencia, pero pocos quieren padecer.

Con razon debieras sufrir algo de buena gana por Cristo; pues hay muchos que sufren graves cosas por el mundo.

14 Ten por cierto que te conviene morir viviendo; y cuanto mas muere cada uno á sí mismo, tanto mas comienza á vivir para Dios.

Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales, si no se humilla á sufrir adversidades por Cristo.

No hay cosa á Dios mas acepta, ni para tí en este mundo mas saludable, que padecer de buena voluntad por Cristo.

Y si te diesen á escoger, mas debieras desear padecer cosas adversas por Cristo, que ser recreado con muchas consolaciones; porque

así le serías mas semejante, y mas conforme á todos los santos.

No está pues nuestro merecimiento ni la perfeccion de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino mas bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

15 Porque si alguna cosa fuera mejor y mas útil para la salvacion de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo.

Pues manifiestamente exhorta á sus discípulos, y á todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice: *Si alguno quisiere venir en pos de mi, niéguese á sí mismo, tomé su cruz y sígame.*

Así que, leidas y bien consideradas todas las cosas, sea esta la postrera conclusion: *Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.*

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Del habla interior de Cristo al alma fiel.

EL ALMA.

1 *Oiré lo que hable el Señor Dios en mí.*

Bienaventurada el alma que oye al Señor que le habla, y de su boca recibe palabras de consolacion.

Bienaventurados los oidos que perciben los raudales de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas.

Bienaventurados los oidos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña dentro.

Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exterio-

res, y muy atentos á las interiores.

Bienaventurados los que penetran las cosas interiores, y estudian con ejercicios contínuos en prepararse cada dia mas y mas á recibir los secretos celestiales.

Bienaventurados los que se alegran de entregarse á Dios, y se desembarazan de todo impedimento del mundo.

Considera bien esto, alma mia, y cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oir lo que te habla el Señor tu Dios.

2 Esto dice tu amado:

JESUCRISTO.

Yo soy tu salud, tu paz y tu vida. Consérvate cerca de mí, y hallarás paz.

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas.

¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? ¿y qué te valdrán todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador?

Por esto, dejadas todas las co-

sas, hazte fiel y grata á tu Criador, para que puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPITULO II.

Como la verdad habla dentro del alma sin sonido de palabras.

EL ALMA.

1 Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Yo soy tu siervo: dame entendimiento para que sepa tus verdades.

Inclina mi corazon á las palabras de tu boca: descienda tu habla así como rocío.

Decian en otro tiempo los hijos de Israél á Moysés: *Háblanos tú, y oiremos: no nos hable el Señor, porque quizá muriremos.*

No así, Señor, no así te ruego; sino mas bien con el profeta Samuél, con humildad y deseo te suplico: *Habla, Señor, pues tu siervo oye.*

No me hable Moysés, ni alguno de los profetas; sino mas bien háblame tú, Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los profetas; pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; pero ellos sin tí ninguna cosa aprovecharán.

2 Es verdad que pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu.

Elegantemente hablan, mas callando tú no encienden el corazon.

Dicen la letra, mas tú abres el sentido: predican misterios, mas tú declaras la inteligencia de los secretos.

Pronuncian mandamientos; pero tú ayudas á cumplirlos.

Muestran el camino; pero tú das esfuerzo para andarlo.

Ellos obran por defuera solamente; pero tú instruyes y alumbras los corazones.

Ellos riegan la superficie; mas tú das la fertilidad.

Ellos dan voces; pero tú haces que el oido las perciba.

3 No me hable pues Moysés, sino tú, Señor Dios mio, eterna verdad, para que por desgracia no muera y quede sin fruto si solamente fuere enseñado de fuera, y no encendido por adentro.

No me sea para condenacion la palabra oida y no obrada, conocida y no amada, creida y no guardada.

Habla pues tú, Señor, pues tu siervo oye, ya que tienes palabras de vida eterna.

Háblame para dar algun consuelo á mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya.

CAPITULO III.

Las palabras de Dios se deben oir con humildad, y como muchos no las consideran.

JESUCRISTO.

1 Oye hijo mis palabras, palabras suavísimas, que exceden toda

la ciencia de los filósofos y sabios de este mundo.

Mis palabras son espíritu y vida; y no se pueden ponderar por la razon humana. No se deben traer para vana complacencia, sino oirse en silencio, y recibirse con toda humildad y grande afecto.

EL ALMA.

2 Yo dije: Bienaventurado aquel á quien tú, Señor, instruyéres, y á quien mostrares tu ley; porque lo guardes de los dias malos, y no sea desamparado en la tierra.

JESUCRISTO.

3 Yo, dice Dios, enseñé á *los* profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta ahora.

Pero muchos son duros y sordos á mi voz.

Oyen con mas gusto al mundo que á Dios; y mas facilmente siguen el apetito de su carne, que el beneplácito divino.

El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y con todo eso le sirven con grande ansia: Yo prometo cosas grandes y eternas, y entorpécense los corazones de los mortales.

¿Quién me sirve á mí, y obedece en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores se sirve? Avergüénzate Sidon, dice el mar. Y si preguntas la causa, oye el por qué.

Por un pequeño beneficio van los hombres largo camino; y por la vida eterna con dificultad muchos levantan una vez el pie del suelo.

Buscan los hombres viles ganancias; por una moneda pleitean á las veces torpemente; por cosas vanas y por una corta promesa no temen fatigarse de noche y de dia.

4 Mas ¡ay dolor! Que emperezan de fatigarse un poco por el bien que no se muda, por el galardon que es inestimable, por el sumo honor y por la gloria que no tiene fin.

Avergüénzate pues, siervo perezoso y descontentadizo, de que aquellos se hallen mas dispuestos para la perdicion que tú para la vida.

Alégranse ellos mas por la vanidad que tú por la verdad.

Porque algunas veces les miente su esperanza; pero mi promesa á nadie engaña, ni deja frustrado al que confia en mí.

Daré lo que he prometido: cumpliré lo que he dicho, si alguno perseverare fiel en mi amor hasta el fin.

Yo soy remunerador de todos los buenos, y rígido examinador de todos los devotos.

5 Escribe tú mis palabras en tu corazon, y considéralas con mucha diligencia; pues en el tiempo de la tentacion te serán muy necesarias.

Lo que no entiendes cuando lo lees, conocerásło en el dia de la visitacion.

De dos maneras acostumbro vi-

sitar á mis escogidos; esto es, con tentacion y consuelo.

Y dos lecciones les leo cada dia, una reprendiendo sus vicios, otra amonestándolos al adelantamiento de las virtudes.

El que tiene mis palabras y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero dia.

Oracion para implorar la gracia de la devocion.

6 Señor, Dios mio, tú eres todos mis mis bienes. ¿Y quién soy yo para que me atreva á hablarte?

Yo soy un pobrísimo siervecillo tuyo, y gusanillo desechado, mucho mas pobre y despreciable de lo que yo sé y puedo decir.

Pero acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo y nada valgo.

Tú solo eres bueno, justo y santo: tú lo puedes todo, lo das todo, lo llenas todo, dejando vacío solamente al pecador.

Acuérdate de tus misericordias, y

llena mi corazon de tu gracia, pues no quieres que sean vacías tus obras.

7 ¿Cómo podré sufrirme en esta miserable vida, si no me confortáre tu gracia y misericordia?

No me vuelvas el rostro: no dilates tu visitacion: no desvíes tu consuelo, porque no sea mi alma para tí como la tierra sin agua.

Señor, enséñame á hacer tu voluntad, enséñame á conversar delante de tí digna y humildemente; pues tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y conociste antes que el mundo se hiciese, y yo naciese en el mundo.

CAPITULO IV.

Se debe conversar delante de Dios con verdad y humildad.

JESUCRISTO.

1 Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillez de corazon.

El que anda en mi presencia en verdad, será defendido de los malos encuentros, y la Verdad le librará de los engañadores, y de las murmuraciones de los malvados.

Si la Verdad te libráre, serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las palabras vanas de los hombres.

EL ALMA.

2 Verdad es Señor; y asi te suplico que lo hagas conmigo. Enséñeme tu Verdad, y ella me guarde y me conserve hasta alcanzar mi salvacion.

Ella me libre de toda mala aficion y amor desordenado, y andaré contigo en gran libertad de corazon.

JESUCRISTO.

3 Yo te enseñaré, dice la Verdad, lo que es recto y agradable delante de mí.

Piensa tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te juzgues ser algo por tus buenas obras.

En verdad eres pecador, sujeto y enredado en muchas pasiones.

Por tí siempre vas á la nada; pronto caes, pronto eres vencido, presto te turbas, y presto desfalleces.

Nada tienes de que puedas alabarte; pero mucho de que envilecerte; porque eres mas flaco de lo que puedes pensar.

4 Por eso, no te parezca gran cosa alguna de cuantas haces.

Nada tengas por grande, nada por precioso y admirable; nada estimes por digno de reputacion, nada por alto, nada por verdaderamente de alabar y codiciar, sino lo que es eterno.

Agrádete sobre todas las cosas la Verdad eterna, y desagrádete siempre tu grandísima vileza.

Nada temas ni desprecies, ni huyas tanto como tus vicios y pecados, los cuales te deben desagradar mas que cualquiera otra cosa dañosa.

Algunos no andan sencillamen-

te en mi presencia; sino que guiados de cierta curiosidad y arrogancia, quieren saber mis secretos, y entender las cosas altas de Dios, no cuidando de sí mismos, ni de su salvacion.

Estos muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad, porque yo les soy contrario.

5 Teme los juicios de Dios; atemorízate de la ira del Omnipotente, no quieras escudriñar las obras del Altísimo; sino examina tus maldades; en cuántas cosas pecaste, y cuántas buenas obras dejaste de hacer por negligencia.

Algunos tienen su devocion solamente en los libros, otros en las imágenes; y otros en señales y figuras exteriores.

Algunos me traen en la boca; pero poco en el corazon.

Hay otros, que alumbrados en el entendimiento, y purgados en el afecto, suspiran siempre por las

cosas eternas, oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven á las necesidades de la naturaleza, y éstos sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad.

Porque los enseña á despreciar lo terrestre y amar lo celèstial; aborrecer el mundo, y desear el cielo de dia y de noche.

CAPITULO V.

Del maravilloso efecto del amor divino.

EL ALMA.

1 Bendígote, Padre celestial, Padre de mi señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de este pobre.

Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, gracias te doy porque á mí, indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con tu consolacion.

Bendígote y te glorifico siempre

con tu Unigénito Hijo, con el Espíritu Santo consolador, por los siglos de los siglos.

¡Oh Señor Dios, amador santo mio! cuando tú vinieres á mi corazon, se alegrarán todas mis entrañas.

Tú eres mi gloria, y la alegría de mi corazon.

Tú mi esperanza y refugio en el dia de mi tribulacion.

2 Mas porque soy aun flaco en el amor, é imperfecto en la virtud, por eso tengo necesidad de ser fortalecido y consolado por tí. Por eso visítame, Señor, mas veces, é instrúyeme con santas doctrinas.

Líbrame de mis malas pasiones, y sana mi corazon de todas mis aficiones desordenadas; porque sano y bien purgado en lo interior, sea apto para amarte, fuerte para sufrir, y firme para perseverar.

3 Gran cosa es el amor, bien sobremanera grande: él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual.

Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

El amor noble de Jesus nos anima á hacer grandes cosas, y mueve á desear siempre lo mas perfecto.

El amor quiere estar en lo mas alto, y no ser detenido de ninguna cosa ínfima.

El amor quiere ser libre, y ageno de toda aficion mundana; porque no se impida su interior vista, ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun daño.

No hay cosa mas dulce que el amor, nada mas fuerte, nada mas alto, nada mas ancho, nada mas alegre, nada mas lleno, ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.

4 El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y no embarazado.

Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo; porque descansa en un Sumo Bien sobre todas las cosas, del cual mána y procede todo bien.

No mira á los dones, sino que se inclina mas al dador que á todas las dádivas.

El amor muchas veces no sabe modo; mas se enardece sobre toda ponderacion.

El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea mas de lo que puede: no se queja que le manden lo imposible; porque cree que todo lo puede y le conviene.

Pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

5 El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

Fatigado no se cansa; angustiado no se angustia; espantado no se espanta, sino como viva llama y

ardiente luz sube á lo alto, y se remonta con seguridad.

Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz:

Grande clamor es en los oidos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mio, amor mio, tú todo mio, y yo todo tuyo.

6 Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar con sabor interior del corazon cuán suave es amar y derretirse, y nadar en el amor.

Sea yo cautivo del amor, enagenándome de mí mismo por el grande fervor y admiracion.

Cante yo cánticos de amor: sígate, amado mio, á lo alto, y desfallezca mi alma en tu alabanza, regocijándome por el amor.

Amete yo mas que á mí, y no me ame á mí sino por tí, y en tí á todos los que de verdad te aman como manda la ley del amor, que emana de tí.

7 El amor es diligente, sincéro, piadoso, alegre y deleitable, fuer-

te, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca á sí mismo.

Porque cuando alguno se busca á sí mismo, luego cae del amor.

El amor es muy mirado, humilde y recto; no es regalon, ni liviano, ni entiende en cosas vanas; es sóbrio, casto, constante, sosegado y recatado en todos los sentidos.

El amor es sumiso y obediente á los prelados, vil y despreciado para sí: para Dios devoto y agradecido, confiando y esperando siempre en él, aun cuando no le regala, porque no vive ninguno en amor sin dolor.

8 El que no está dispuesto á sufrirlo todo, y á hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante.

Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de él por cosa contraria que acaezca.

CAPITULO VI.

De la prueba del verdadero amador.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no eres aun fuerte y prudente amador.

EL ALMA.

2 ¿Por qué, Señor?

JESUCRISTO.

3 Porque por una contradiccion pequeña faltas en lo comenzado, y buscas la consolacion ansiosamente.

El constante amador está fuerte en las tentaciones, no cree á las persuasiones engañosas del enemigo.

Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades.

4 El discreto amador no considera tanto el don del amante, cuanto el amor del que lo dá.

Antes mira á la voluntad que á la merced; y todas las dádivas estima menos que el amado.

El amador noble no descansa en el don, sino en mí sobre todo don.

Por eso, si algunas veces no gustas de mí ó de mis santos tan bien como deseas, no está todo perdido.

Aquel tierno y dulce afecto que sientes algunas veces, obra es de la presencia de la gracia, y gusto anticipado de la patria celestial, sobre lo cual no se debe estribar mucho, porque va y viene.

Pero pelear contra las perturbaciones incidentes del ánimo, y menospreciar la sugestion del diablo, señal es de virtud y de gran merecimiento.

5 No te turben pues las imaginaciones extrañas de diversas materias que te ocurrieren.

Guarda tu firme propósito y la intencion recta para con Dios.

Ni tengas á engaño que de repente te arrebaten alguna vez á lo

alto, y luego te tornes á las pequeñeces acostumbradas del corazon.

Porque mas las sufres contra tu voluntad que las causas; y mientras te dan pena y las contradices, mérito es y no pérdida.

6 Persuádete que el enemigo antiguo de todos modos se esfuerza para impedir tu deseo en el bien, y apartarte de todo ejercicio devoto, como es honrar á los santos, la piadosa memoria de mi pasion, la útil contricion de los pecados, la guarda del propio corazon, y el firme propósito de aprovechar en la virtud.

Te trae muchos pensamientos malos para disgustarte y atemorizarte, y para desviarte de la oracion y de la leccion sagrada.

Desagrádale mucho la humilde confesion; y si pudiese, haría que dejases de comulgar.

No le creas ni hagas caso de él, aunque muchas veces te arme lazos para seducirte.

Cuando te trajere pensamientos

malos y torpes, atribúyelo á él, y dile:

Vete de aquí, espíritu inmundo: avergüénzate, desventurado: muy sucio eres, pues me traes tales cosas á la imaginacion.

Apártate de mí, malvado engañador: no tendrás parte alguna en mí; mas Jesus estará conmigo como invencible capitan, y tú estarás confuso.

Mas quiero morir y sufrir cualquier pena, que condescender contigo.

Calla y enmudece; no te oiré ya aunque mas me importunes. *El Señor es mi luz y mi salud: ¿á quién temeré?*

Aunque se ponga contra mí un ejército, no temerá mi corazon. El Señor es mi ayuda y mi Redentor.

7 Pelea como buen soldado; y si alguna vez cayeres por flaqueza de corazon, procura cobrar mayores fuerzas que las primeras, confiando de mayor favor mio, y guárda-

te mucho del vano contentamiento y de la soberbia.

Por esto muchos estan engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable.

Sírvate de aviso y de perpetua humildad la caida de los soberbios que locamente presumen de sí.

CAPITULO VII.

Como se ha de encubrir la gracia bajo el velo de la humildad.

JESUCRISTO.

1 Hijo, te es mas útil y mas seguro encubrir la gracia de la devocion, y no ensalzarte ni hablar mucho de ella, ni estimarla mucho; sino despreciarte á tí mismo, y temer, porque se te ha dado sin merecerla.

No es bien estar muy pegado á esta afeccion; porque se puede mudar presto en otra contraria.

Piensa cuando estás en gracia

cuán miserable y pobre sueles ser sin ella.

Y no está solo el aprovechamiento de la vida espiritual en tener gracia de consolacion; sino en que con humildad, abnegacion y paciencia lleves á bien que se te quite; de suerte, que entonces no aflojes en el cuidado de la oracion, ni dejes del todo las demas buenas obras que sueles hacer ordinariamente.

Mas como mejor pudieres y entendieres, haz de buena gana cuanto está en tí, sin que por la sequedad ó angustia del espíritu que sientes, te descuides del todo.

2 Porque hay muchos que cuando las cosas no les suceden bien, se hacen impacientes ó desidiosos.

Pues no está siempre en la mano del hombre su camino, sino que á Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere y cuanto quiere, y á quien quiere, segun le agradáre, y no mas.

Algunos indiscretos se destruyeron á sí mismos por la gracia de la devocion; porque quisieron hacer mas de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, y siguiendo mas el deseo de su corazon que el juicio de la razon.

Y porque se atrevieron á mayores cosas que Dios queria, por esto perdieron pronto la gracia.

Se hallaron pobres, y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que humillados y empobrecidos aprendan á no volar con sus alas, sino á esperar debajo de las mias.

Los que aun son nuevos é inexpertos en el camino del Señor, si no se gobiernan por el consejo de discretos, facilmente pueden ser engañados y perderse.

3 Si quiren mas seguir su parecer que creer á los ejercitados, les será peligroso el fin, si se niegan á ceder de su propio juicio.

Los que se tienen por sábios, ra-

ra vez sufren con humildad que otro los dirija.

Mejor es saber poco con humildad y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contento.

Mas te vale tener poco, que mucho, con que te puedas ensoberbecer.

No obra discretamente el que se entrega todo á la alegría, olvidando su primitiva miseria, y el casto temor del Señor, que recela perder la gracia concedida.

Ni tampoco sabe mucho de virtud el que en tiempo de adversidad y de cualquiera molestia se desanima demasiado, y no piensa ni siente de mí con la debida confianza.

4 El que quisiere estar muy seguro en tiempo de paz, se encontrará abatido y temeroso en tiempo de guerra.

Si supieses permanecer siempre humilde y pequeño para contigo, y

moderar y regir bien tu espíritu, no caerías tan presto en peligro ni pecado.

Buen consejo es que pienses cuando estas con fervor de espíritu lo que puede ocurrir con la ausencia de la luz.

Cuando esto acaeciere, piensa que otra vez puede volver la luz, que para tu seguridad y gloria mia te quité por algun tiempo.

5 Mas aprovecha muchas veces esta prueba, que si tuvieses de contínuo á tu voluntad las cosas que deseas.

Porque los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque sea uno entendido en la Escritura, ó por estar levantado en dignidad mas alta.

Sino que consisten en estar fundado en verdadera humildad y lleno de caridad divina, en buscar siempre pura y enteramente la honra de Dios, en reputarse á sí mis-

mo por nada, y verdaderamente despreciarse, y en desear mas ser abatido y despreciado, que honrado de otros.

CAPITULO VIII.

De la poca estimacion de sí mismo ante los ojos de Dios.

EL ALMA.

1 *Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza.* Si por mas me reputáre, tú estas contra mí, y mis maldades dan verdadero testimonio que no puedo contradecir.

Mas si me envileciere y anonadáre, y dejáre toda propia estimacion, y me volviere polvo (como lo soy) será favorable para mí tu gracia, y tu luz se acercará á mi corazon, y toda estimacion, por poca que sea, se hundirá en el valle de mi miseria, y perecerá para siempre.

Allí me haces conocer á mí mis-

mo lo que soy, lo que fuí y en lo que he parado; porque soy nada y no lo conocí

Abandonado á mis fuerzas, soy nada y todo flaqueza; pero al punto que tú me miras, luego me hago fuerte, y me lleno de gozo nuevo. Y de esta suerte me levantas maravillosamente en un instante, y tu bondad me sostiene, aunque mi propio peso me inclina siempre á lo terreno.

2 Esto hace tu amor gratuitamente, anticipándose y socorriéndome en tanta multitud de necesidades, guardándome tambien de graves peligros; y librándome de males verdaderamente innumerables.

Porque yo me perdí amándome desordenadamente; pero buscándote á tí solo, y amándote puramente, me hallé á mí no menos que á tí; y por el amor me anonadé mas profundamente

Porque tú, oh dulcísimo Señor, haces conmigo mucho mas de lo

que merezco y de lo que puedo esperar y pedir.

3 Bendito seas, Dios mio, que aunque soy indigno de todo bien, todavía tu liberalidad é infinita bondad nunca cesa de hacer bien, aun á los desagradecidos y apartados lejos de tí.

Vuélvenos á tí para que seamos agradecidos, humildes y devotos; pues tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

CAPITULO IX.

Todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.

JESUCRISTO.

1 Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin, si realmente deseas ser bienaventurado.

Con este propósito se purificará tu deseo, que vilmente se abate muchas veces á sí mismo, y á las criaturas.

Porque si en algo te buscas á

tí mismo, luego desfalleces, y te quedas árido.

Atribúyelo pues todo principalmente á mí, que soy el que todo lo he dado.

Así, considera cada cosa como venida del Soberano Bien, y por eso todos las cosas se deben reducir á mí como á su origen.

2 De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico; y los que me sirven de buena voluntad y libremente recibirán gracia por gracia.

Pero el que se quisiere ensalzar fuera de mí, ó deleitarse en algun bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, ni dilatado en su corazon, sino que estará impedido y angustiado de muchas maneras.

Por eso no te apropies á tí alguna cosa buena, ni atribuyas á algun hombre la virtud, sino atribúyelo todo á Dios, sin el cual nada tiene el hombre.

Yo lo dí todo; yo quiero que se me vuelva todo; y con gran razon exijo que se me den gracias.

3 Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria.

Y si la gracia celestial y la caridad verdadera entráre en el alma, no habrá envidia alguna ni quebranto de corazon; ni te ocupará el amor propio.

La caridad divina lo vence todo, y dilata todas las fuerzas del alma.

Si bien lo entiendes, en mí solo te has de alegrar; y en mí solo has de esperar; porque ninguno es bueno sino solo Dios, el cual es de alabar sobre todas las cosas, y en todas debe ser bendito.

CAPITULO X.

En despreciando el mundo, es dulce cosa servir á Dios.

EL ALMA.

1 Otra vez hablaré, Señor, ahora, y no callaré. Diré en los oidos

de mi Dios, mi Señor y mi Rey, que está en el Cielo:

Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! ¿Pero qué eres para los que te aman? ¿y qué para los que te sirven de todo corazon?

Verdaderamente es inefable la dulzura de tu contemplacion, la cual dispensas á los que te aman.

En esto me has mostrado singularmente tu dulce caridad, en que cuando yo no existia me criaste; y cuando erraba lejos de tí, me convertiste para que te sirviese, y me mandaste que te amase.

2 ¡Oh fuente de amor perenne! ¿qué diré de tí?

¿Cómo podré olvidarme de tí, que te dignaste de acordarte de mí, aun despues que yo me perdí y perecí?

Usaste de misericordia con tu siervo sobre toda esperanza, y sobre todo merecimiento me diste tu gracia y amistad.

¿Qué te volveré yo por esta gracia? Porque no se concede á todos, que, dejadas todas las cosas, renuncien al mundo y escojan vida retirada.

¿Por ventura, es gran cosa que yo te sirva, cuando toda criatura está obligada á servirte?

No me debe parecer mucho servirte, sino mas bien me parece grande y maravilloso que tú te dignaste de recibir por siervo á un tan pobre é indigno, y unirle con tus amados siervos.

3 Tuyas son pues todas las cosas que tengo y con que te sirvo.

Pero por el contrario, tú me sirves mas á mí que yo á tí.

Vemos que el cielo y la tierra que criaste para el servicio del hombre, estan prontos, y hacen cada dia todo lo que les has mandado.

Y esto es poco; pues aun has destinado los ángeles para servicio del hombre.

Y aun á todas estas cosas excede

el que tú mismo te dignaste de servir al hombre, y le prometiste que te darias á tí mismo.

4 ¿Qué te daré yo por tantos millares de beneficios? ¡Oh si pudiese yo servirte todos los dias de mi vida!

¡Oh si pudiese solamente, siquiera un solo dia, hacerte algun digno servicio!

Verdaderamente tú solo eres digno de todo servicio, de toda honra y de alabanza eterna.

Verdaderamente tú solo eres mi Señor, y yo pobre siervo tuyo, que estoy obligado á servirte con todas mis fuerzas, y nunca debo cansarme de alabarte.

Así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, dígnate de suplírmelo.

5 Grande honra y gran gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por tí.

Por cierto grande gracia tendrán los que de toda voluntad se sujetáren á tu santísima servidumbre.

Hallarán la suavísima consola-

cion del Espíritu Santo los que por amor tuyo despreciaren todo deleite carnal.

Alçanzarán gran libertad de corazon los que entran por senda estrecha por amor tuyo, y por él desechan todo cuidado del mundo.

6 ¡Oh agradable y alegre servidumbre de Dios, con la cual se hace el hombre verdaderamente libre y santo!

¡Oh sagrado estado de la esclavitud religiosa, que hace al hombre igual á los ángeles, agradable á Dios, terrible á los demonios, y recomendable á todos los fieles!

¡Oh esclavitud digna de ser abrazada y siempre deseada, por la cual se merece el Sumo Bien, y se adquiere el gozo que durará sin fin!

CAPITULO XI.

Los deseos del corazon se deben examinar y moderar.

JESUCRISTO.

1 Hijo, aun te conviene aprender muchas cosas que no has entendido bien.

EL ALMA

2 ¿Qué cosas son éstas, Señor?

JESUCRISTO

3 Que pongas tu deseo totalmente en sola mi voluntad, y no seas amador de tí mismo, sino afectuoso celador de lo que á mí me agrada.

Los deseos te enardecen muchas veces, y te impelen con vehemencia; pero considera si te mueves mas bien por mi honra, ó por tu provecho.

Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier modo que yo lo ordenáre; pero si, engañado

ocultamente del amor propio, te miras á tí mismo, eso es lo que mucho te impide y perjudica.

4 Guárdate pues, no confies demasiado en el deseo que tuviste sin consultarlo conmigo; porque puede ser que despues te arrepientas, y te descontente lo que primero te agradaba, y que por parecerte mejor lo deseaste.

Porque no se puede seguir luego cualquier deseo que parece bueno, ni tampoco huir á la primera vista toda aficion que parece contraria.

Conviene algunas veces usar de freno, aun en los buenos ejercicios y deseos, porque no caigas por inoportunidad en distraccion del alma, y porque no causes escándalo á otros con tu indiscrecion, ó por la contradiccion de otros te turbes luego y deslices.

5 Tambien algunas veces conviene usar de fuerza, y contradecir varonilmente al apetito sensitivo,

y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere, sino andar mas solícito; para que esté sujeta al espíritu, aunque le pese.

Y debe ser castigada y obligada á sufrir la servidumbre hasta que esté pronta para todo, aprenda á contentarse con lo poco y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra lo que le es amargo.

CAPITULO XII.

Declárase qué cosa sea paciencia, y la lucha contra el apetito.

EL ALMA

1 Señor Dios, á lo que yo echo de ver, la paciencia me es muy necesaria; porque en esta vida acaecen muchas adversidades.

Pues de cualquier suerte que ordenáre mi paz, no puede estar mi vida sin batalla y dolor.

JESUCRISTO.

2 Así es, hijo; pero no quiero que

busques tal paz, que carezca de tentaciones, y no sienta contrariedades.

Antes cuando fueres ejercitado en diversas tribulaciones, y probado en muchas contrariedades, entonces piensa que has hallado la paz.

Si dijeres que no puedes padecer mucho, ¿cómo sufrirás el fuego del Purgatorio?

De dos males siempre se ha de escoger el menor.

Por eso para que puedas escapar de los tormentos eternos, estudia sufrir con paciencia por Dios los males presentes.

¿Piensas tú que sufren poco ó nada los hombres del mundo? No lo creas, aunque sean los mas regalados.

3 Pero dirás que tienen muchos deleites y siguen sus apetitos, y por esto se les da poco de algunas tribulaciones.

4 Mas aunque fuese así, que ten-

gan cuanto quisieren, díme, ¿cuánto les durará?

Mira que los muy sobrados y ricos en el siglo desfallecerán como humo, y no habrá memoria de los gozos pasados.

Pues aun mientras viven no se huelgan en ellos sin amargura, congoja y miedo.

Porque de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí frecuentemente reciben la pena del dolor.

Justamente se procede con ellos; porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los disfruten con amargura y confusion.

¡Oh cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos!

Mas por estar embriagados y ciegos no discurren; sino á la manera de estúpidos animales, por un poco de deleite de la vida corruptible caen en la muerte del alma.

Por eso tú, hijo, no sigas tus

apetitos, y quebranta tu voluntad.

Deléitate en el Señor, y te dará lo que le pidiere tu corazon.

5 Porque si quieres tener verdadero gozo, y ser consolado por mí abundantísimamente, tu suerte y bendicion estará en el desprecio de todas las cosas del mundo, y en cortar de tí todo deleite terreno, y así se te dará copiosa consolacion.

Y cuanto mas te desviares de todo consuelo de las criaturas, tanto hallarás en mí mas suaves y poderosas consolaciones.

Mas no las alcanzarás sin alguna pena, ni sin el trabajo de la pelea.

La costumbre te será contraria, pero vencerásla con otra costumbre mejor.

La carne resistirá; pero la refrenarás con el fervor del espíritu.

La serpiente antigua te instigará y exasperará; pero se ahuyentará con la oracion, y con el trabajo provechoso le cerrarás del todo la puerta.

CAPITULO XIII.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo.

JESUCRISTO.

1 Hijo, el que procura substraerse de la obediencia, él mismo se aparta de la gracia; y el que quiere tener cosas propias, pierde las comunes.

El que no se sujeta de buena gana á su superior, señal es que su carne aun no le obedece perfectamente, sino que muchas veces se resiste y murmura.

Aprende pues á sujetarte prontamente á tu superior si deseas tener tu carne sujeta.

Porque tanto mas presto se vence el enemigo exterior, cuanto no estuviere debilitado el hombre interior.

No hay enemigo peor ni mas dañoso para el alma que tú mismo si

no estás bien avenido con el espíritu.

Necesario es que tengas verdadero desprecio de tí mismo, si quieres vencer la carne y la sangre.

Porque aun te amas muy desordenadamente, por eso temes sujetarte del todo á la voluntad de otros.

2 ¿Pero qué mucho es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por Dios, cuando yo Omnipotente y Altísimo, que crié todas las cosas de la nada, me sujeté al hombre humildemente por tí?

Me hice el mas humilde y abatido de todos, para que vencieses tu soberbia con mi humildad.

Aprende, polvo, á obedecer: aprende, tierra y lodo, á humillarte y postrarte á los pies de todos.

Aprende á quebrantar tus inclinaciones, y rendirte á toda sujecion.

3 Enójate contra tí, y no sufras que viva en tí el orgullo; sino hazte tan sumiso y pequeño, que puedan todos andar sobre tí, y pisarte como el lodo de las calles.

¿Qué tienes, hombre despreciable, de que quejarte?

¿Qué puedes contradecir, sórdido pecador, á los que te maltratan, pues tantas veces ofendiste á tu Criador, y muchas mas mereciste el infierno?

Pero te perdonaron mis ojos, porque tu alma fue preciosa delante de mí, para que conocieses mi amor, y fueses siempre agradecido á mis beneficios.

Y para que te dieses continuamente á la verdadera humildad y sujecion, y sufrieses con paciencia tu propio menosprecio.

CAPITULO XIV.

Como se han de considerar los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos.

EL ALMA.

1 Tus juicios, Señor, me aterran como un espantoso trueno, estre-

meciéndose todos mis huesos penetrados de temor y temblor, y mi alma queda despavorida.

Estoy atónito, y considero que los cielos no son limpios en tu presencia.

Si en los ángeles hallaste maldad y no los perdonaste, ¿qué será de mí?

Cayeron las estrellas del cielo; y yo que soy polvo ¿qué presumo?

Aquellos cuyas obras parecian muy dignas de alabanza, cayeron al profundo; y los que comian pan de ángeles, ví deleitarse con el manjar de animales inmundos.

2 No hay pues santidad, si tú, Señor, apartas tu mano.

No aprovechará discrecion, si dejas de gobernar.

No hay fortaleza que ayude, si dejas de conservarla.

No hay castidad segura, si no la defiendes.

Ninguna propia guarda aprovecha, si nos falta tu santa vigilancia.

Porque en dejándonos, luego nos vamos á fondo y perecemos; pero visitados de tí, nos levantamos y vivimos.

Mudables somos; pero por tí estamos firmes: nos entibiamos, mas tú nos enciendes.

3 ¡Oh cuán vil y bajamente debo sentir de mí! ¡cuánto debo reputar por nada lo poco que acaso parezca tener de bueno!

¡Oh Señor, cuán profundamente me debo anegar en el abismo de tus juicios, donde no me hallo ser otra cosa que nada y mas nada!

¡Oh peso inmenso! ¡oh piélago insondable, donde nada hallo de mí sino nada en todo!

¿Pues dónde se esconde el fundamento de la vanidad? ¿dónde la confianza de mi propia virtud?

Anégase toda vanagloria en la profundidad de tus juicios sobre mí.

4 ¿Qué es toda carne en tu presencia?

O por ventura, ¿podrá gloriarse

el lodo contra el que lo trabaja?

¿Cómo se puede engreir con vanas alabanzas el corazon que está verdaderamente sujeto á Dios?

Todo el mundo no ensoberbecerá á aquel á quien sujeta la verdad, ni se moverá por mucho que le alaben el que tiene firme toda su esperanza en Dios.

Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán; pero la Verdad del Señor permanece para siempre.

CAPITULO XV.

Como se debe uno haber y decir en todas las cosas que deseare.

JESUCRISTO.

1 Hijo, dí así en cualquier cosa: Señor, si te agradáre, hágase esto así.

Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre.

Señor, si vieres que me convie-

ne, y halláres serme provechoso, concédemelo para que use de ello á honra tuya.

Mas si conocieres que me sería dañoso, y nada provechoso á la salvacion de mi alma, desvía de mí tal deseo.

Porque no todo deseo procede del Espíritu santo, aunque parezca justo y bueno al hombre.

Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu ó malo á desear esto ó aquello, ó si te mueve tu propio espíritu.

Muchos se hallan engañados al fin, que al principio parecian inducidos por buen espíritu.

2 Por eso siempre se debe desear y pedir con temor de Dios y humildad de corazon cualquier cosa apetecible que ocurriere al pensamiento, y sobre todo con propia resignacion encomendarlo todo á mí diciendo:

Señor, tú sabes lo que es mejor: haz esto ó aquello, segun te agradáre.

Dá lo que quisieres, y cuanto quisieres, y cuando quisieres.

Haz conmigo como sabes, y como mas te agradáre, y fuere mayor honra tuya.

Ponme donde quisieres, y dispon de mí libremente en todo.

En tu mano estoy; vuélveme y revuélveme á la redonda.

Ve aquí tu siervo dispuesto á todo; porque no deseo, Señor, vivir para mí, sino para tí: ojalá que digna y perfectamente.

Oracion para conseguir la voluntad de Dios.

3 Concédeme, benignísimo Jesus, tu gracia para que esté conmigo, y obre conmigo, y persevere conmigo hasta el fin.

Dame que desée y quiera siempre lo que te es mas aceptò y agradable á tí.

Tu voluntad sea la mia, y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme en todo con ella.

Tenga yo un querer y no querer contigo; y no pueda querer ni no querer sino lo que tú quieres y no quieres.

4 Dáme, Señor, que muera á todo lo que hay en el mundo; y dame que desée por tí ser despreciado y olvidado en este siglo.

Dáme sobre todo lo que se puede desear descansar en tí y aquietar mi corazon en tí.

Tú eres la verdadera paz del corazon: tú el único descanso: fuera de tí todas las cosas son molestas é inquietas.

En esta paz permanente; esto es, en tí, sumo y eterno bien, dormiré y descansaré. Amen.

CAPITULO XVI.

En solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

EL ALMA

1 Cualquiera cosa que puedo desear ó pensar para mi consuelo

no la espero aquí, sino en la otra vida.

Pues aunque yo solo tuviese todos los gustos del mundo, y pudiese usar de todos sus deleites, cierto es que no podrian durar mucho.

Asíque no podrás, alma mia, estar cumplidamente consolada, ni perfectamente recreada sino en Dios, que es consolador de los pobres, y recibe los humildes.

Espera un poco, alma mia, espera la promesa divina, y tendrás abundancia de todos los bienes en el Cielo.

Si deseas desordenadamente estas cosas presentes, perderás las eternas y celestiales.

Sean las temporales para el uso: las eternas para el deseo.

No puedes saciarte de ningun bien temporal, porque no eres criada para gozar de lo caduco.

2 Aunque tengas todos los bienes criados, no puedes ser dichosa y bienaventurada; mas en Dios,

que crió todas las cosas, consiste toda tu bienaventuranza y tu felicidad.

No como la que admiran y alaban los necios amadores del mundo; sino como la que esperan los buenos y fieles discípulos de Cristo, y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazon, cuya conversacion está en los Cielos.

Vano es y breve todo consuelo humano.

El dichoso y verdadero consuelo es aquel que la Verdad hace percibir interiormente.

El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á su consolador Jesus, y le dice: Ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo.

Sea pues mi consolacion carecer de buena gana de todo humano consuelo.

Y si tu consolacion me faltáre, sea mi mayor consuelo tu voluntad y justa probacion.

Porque no estarás airado perpetuamente, ni enojado para siempre.

CAPITULO XVII.

Toda nuestra atencion se ha de poner en solo Dios.

JESUCRISTO.

1 Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero; pues yo sé lo que te conviene.

Tú piensas como hombre, y sientes en muchas cosas como te sugiere el afecto humano.

EL ALMA.

2 Señor, verdad es lo que dices: mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar por mí.

Muy á peligro de caer está el que no pone toda su atencion en tí.

Señor, esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradáre.

Que no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí.

Si quieres que esté en tinieblas,

bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas tambien bendito.

Si te dignares de consolarme, bendito seas; y si me quieres atribular, tambien seas bendito para siempre.

JESUCRISTO.

3 Hijo, así debes hacer, si deseas andar conmigo.

Tan pronto debes estar para padecer como para gozar.

Tan de grado debes ser pobre y menesteroso, como abundante y rico.

EL ALMA.

4 Señor, de buena gana padeceré por tí todo lo que quisieres que venga sobre mí.

Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo; lo dulce y lo amargo; lo alegre y lo triste; y te daré gracias por todo lo que me sucediere.

Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno.

Con tal que no me apartes de tí para siempre, ni me borres del libro

de la vida, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí.

CAPITULO XVIII.

Que se sufran con serenidad de ánimo las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

JESUCRISTO.

1 Hijo, yo bajé del Cielo por tu salvacion: abracé tus miserias, no por necesidad, sino por la caridad que me movía, para que aprendieses paciencia, y sufrieses sin enojo las miserias temporales.

Porque desde la hora en que nací, hasta la muerte en la cruz, no me faltaron dolores que sufrir.

Tuve mucha falta de las cosas temporales: oí muchas veces grandes quejas de mí, sufrí benignamente sinrazones y afrentas. Por beneficios recibí ingratitudes: por milagros blasfemias, y por la doctrina reprensiones.

EL ALMA.

2 Señor, si tú fuiste paciente en tu vida, principalmente cumpliendo en esto el mandato de tu Padre, justo es que yo, miserable pecador, sufra con paciencia segun tu voluntad, y mientras tú quisieres lleve por mi salvacion la carga de una vida corruptible.

Pues aunque la vida presente se siente ser pesada, ya ésta se ha hecho por tu gracia muy meritoria, y mas tolerable y esclarecida para los flacos por tu ejemplo y el de tus santos.

Y aun de mucho mas consuelo que fue en tiempo pasado en la ley antigua, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino parecía mas obscuro, cuando eran raros los que tenian cuidado de buscar el reino de los cielos.

Pero aun los que entonces eran justos, y se habian de salvar, no podian entrar en el reino celestial, hasta que llegase tu pasion, y la

satisfaccion de tu sagrada muerte.

3 ¡Oh cuántas gracias debo darte, porque te dignaste de mostrarme á mí y á todos los fieles el camino derecho y bueno de tu eterno reino!

Porque tu vida es nuestro camino, y por la santa paciencia vamos á tí, que eres nuestra corona.

Si tú no nos hubieras precedido y enseñado, ¿quién cuidaría de seguirte?

¡Ay, cuántos quedarian léjos y muy atras, si no mirasen tus heróicos ejemplos!

Si con todo eso aun estamos tibios, despues de haber oido tantas maravillas y lecciones tuyas, ¿qué haríamos si no tuviésemos tanta luz para seguirte?

CAPITULO XIX.

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente.

JESUCRISTO.

1 Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, considerando mi pasion y la de los santos.

Aun no has resistido hasta derramar sangre.

Poco es lo que padeces, en comparacion de los que padecieron tanto, tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos.

Conviénete pues traer á la memoria las cosas muy graves de otros, para que facilmente sufras tus pequeños trabajos.

Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia.

Pero sean grandes ó pequeños,

procura llevarlos todos con paciencia.

2 Cuanto mas te dispones para padecer, tanto mas cuerdamente obras, y mas mereces, y lo llevarás tambien mas ligeramente si preparas con diligencia tu ánimo, y lo acostumbras á esto.

Ni digas: no puedo sufrir esto de aquel hombre, ni debo aguantar semejantes cosas; porque me injurió gravemente, y me levanta cosas que nunca pensé; mas de otro sufriré de grado, y segun me pareciere se debe sufrir.

Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quién la ha de galardonar; antes se ocupa en hacer caso de las personas, y de las injurias que le hacen.

3 No es verdadero paciente el que no quiere padecer sino lo que le acomoda, y de quien le parece.

El verdadero paciente no mira quién le ofende; si es superior, igual, ó inferior; si es hombre bue-

no y santo, ó perverso é indigno.

Sino que cualquier adversidad que le venga de cualquier criatura indiferentemente, y en cualquier tiempo, la recibe de buena gana, como de la mano de Dios, y la estima por mucha ganancia.

Porque nada de cuanto se padece por Dios, por poco que sea, puede pasar sin mérito ante su divino acatamiento.

4 Está pues preparado para la batalla, si quieres conseguir la victoria.

Sin pelear no puedes alcanzar la corona de la paciencia.

Si no quieres padecer, reusa ser coronado; pero si deseas ser coronado, pelea varonilmente, sufre con paciencia.

Sin trabajo no se llega al descanso, ni sin pelear se consigue la victoria.

EL ALMA.

5 Hazme, Señor, posible por la gracia, lo que me parece imposible por la naturaleza.

Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y que presto desfallezco á la mas leve adversidad.

Séame por tu nombre amable y deseable cualquier ejercicio de paciencia; porque el padecer y ser atormentado por tí, es de gran salud para mi alma.

CAPITULO XX.

De la confesion de la propia flaqueza, y de las miserias de esta vida.

EL ALMA.

1 Confesaré, Señor, contra mí mismo mi iniquidad: te confesaré mi flaqueza.

Muchas veces es una cosa bien pequeña la que me abate y entristece.

Propongo pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentacion me lleno de angustia.

Algunas veces de la cosa mas

despreciable me viene una grave tentacion.

Y cuando me creo algun tanto seguro, cuando no lo advierto, me hallo á veces casi vencido y derribado de un ligero soplo.

2 Mira pues, Señor, mi bajeza y fragilidad, que te es bien conocida.

Compadécete, y sácame del lodo, porque no sea atollado, y quede desamparado del todo.

Esto es lo que continuamente me acobarda y confunde delante de tí: ver que tan deleznable y flaco soy para resistir á las pasiones.

Y aunque no me induzcan enteramente al consentimiento, sin embargo me es molesto y pesado el domarlas, y muy tedioso el vivir así siempre en combate.

En esto conozco yo mi flaqueza, en que las abominables imaginaciones mas facilmente vienen sobre mí que se van.

3 Ojalá, fortísimo Dios de Israél, celador de las almas fieles, mires el

trabajo y dolor de tu siervo, y le asistas en todo lo que emprendiere.

Fortifícame con fortaleza celestial, de modo que ni el hombre viejo, ni la carne miserable, aun no bien sujeta al espíritu, pueda señorearme; contra la cual conviéne pelear en tanto que vivimos en este miserabilísimo mundo.

Ay! ¡cuál es esta vida, donde no faltan tribulaciones y miserias; donde todas las cosas estan llenas de lazos y enemigos!

Porque en faltando una tribulacion ó tentacion viene otra; y aun antes que se acabe el combate de la primera sobrevienen otras muchas no esperadas.

¿Y cómo puede amarse una vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantas calamidades y miserias?

¿Y cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestes?

Con todo esto se ama, y muchos la quieren para deleitarse en ella.

Muchas veces nos quejamos de que el mundo es engañoso y vano; mas no por eso lo dejamos facilmente; porque los apetitos sensuales nos señorean demasiado.

Unas cosas nos incitan á amar al mundo, y otras á despreciarlo.

Nos incitan á amarlo la sensualidad, la codicia y la soberbia de la vida; pero las penas y miserias que les siguen, causan tédio y aversion al mundo.

5 Pero ¡oh dolor! que vence el deleite al alma que está entregada al mundo, y tiene por gusto estar envuelta en espinas: porque ni vió ni gustó la suavidad de Dios, ni el interior gozo de la virtud.

Mas los que perfectamente desprecian al mundo, y trabajan en vivir para Dios en santa vigilancia, saben que está prometida la divina dulzura á quien de veras se renunciáre á sí mismo, y ven mas claro cuán gravemente yerra el mundo, y de muchas maneras se engaña.

CAPITULO XXI.

Solo se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas.

EL ALMA.

1 Alma mia, descansa sobre todas y en todas las cosas siempre en Dios, que es el eterno descanso de los santos.

Concédeme tú, dulcísimo y amantísimo Jesus, que descanse en tí sobre todas las cosas criadas: sobre toda salud y hermosura: sobre toda gloria y honra: sobre todo poder y dignidad: sobre toda ciencia y sutileza: sobre todas las riquezas y artes: sobre toda alegría y gozo: sobre toda fama y alabanza: sobre toda suavidad y consolacion: sobre toda esperanza y promesa: sobre todo merecimiento y deseo.

Sobre todos los dones y regalos que puedes dar y enviar: sobre todo gozo y dulzura que el alma puede recibir y sentir.

Y en fin, sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre todo el ejército celestial: sobre todo lo visible é invisible; y sobre todo lo que no eres tú, Dios mio.

2 Porque tú, Señor Dios mio, eres bueno sobre todo: tú solo altísimo: tú solo potentísimo: tú solo suficientísimo y llenísimo: tú solo suavísimo y agradabilísimo.

Tú solo hermosísimo y amantísimo: tú solo nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas, en quien están, estuvieron y estarán todos los bienes junta y perfectamente.

Por eso es poco é insuficiente cualquier cosa que me das, ó prometes, ó me descubres de tí mismo; no viéndote ni poseyéndote cumplidamente.

Porque no puede mi corazon descansar del todo y contentarse verdaderamente, si no descansa en tí, trascendiendo todos los dones y todo lo criado.

3 ¡Oh esposo mio, amantísimo

Jesucristo, amador purísimo, Señor de todas las criaturas! ¿quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en tí?

¡Oh, cuándo me será concedido ocuparme en tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mio!

¿Cuándo me recogeré del todo en tí, que ni me sienta á mí por tu amor, sino á tí solo sobre todo sentido y modo, y de un modo no manifiesto á todos?

Pero ahora muchas veces gimo y llevo mi infelicidad con dolor.

Porque en este valle de miserias acaecen muchos males que me turban á menudo, me entristecen y anublan; muchas veces me impiden y distraen, alhagan y embarazan para que no tenga libre la entrada á tí, y no goce de tus suaves abrazos, los cuales sin impedimento gozan los espíritus bienaventurados.

Muévante mis suspiros, y la gran-

de desolacion que hay en la tierra.

4 ¡Oh Jesus, resplandor de la eterna gloria, consolacion del alma que anda peregrinando!

Delante de tí está mi boca muda, y mi silencio te habla.

¿Hasta cuándo tarda en venir mi Señor?

Venga á mí, pobrecito suyo, y lléneme de alegría. Estienda su mano, y libre á este miserable de toda angustia.

Ven, ven: pues sin tí ningun dia ni hora será alegre; porque tú eres mi gozo, y sin tí está vacía mi mesa.

Miserable soy, y como encarcelado y preso con grillos, hasta que tú me recrees con la luz de tu presencia, y me pongas en libertad, y muestres tu amigable rostro.

5 Busquen otros lo que quisieren en lugar de tí, que á mí ninguna otra cosa me agrada, ni agradará sino tú, Dios mio, esperanza mia, salud eterna.

No callaré, ni cesaré de clamar hasta que tu gracia vuelva y me hables interiormente.

JESUCRISTO.

6 Aquí estoy: á tí he venido, pues me llamaste. Tus lágrimas, y el deseo de tu alma y tu humildad, y la contricion de tu corazon, me han inclinado y traido á tí.

EL ALMA

7 Y dije: Señor, yo te llamé y deseé gozar de tí, dispuesto á menospreciarlo todo por tí.

Pero tú primero me despertaste para que te buscase.

Seas pues bendito, Señor, que hiciste con tu siervo este beneficio, segun la muchedumbre de tu misericordia.

¿Qué tiene mas que decir tu siervo delante de tí, sino humillarse mucho en tu acatamiento, acordándose siempre de su propia maldad y vileza?

Porque no hay semejante á tí

en todas las maravillas del cielo y de la tierra.

Tus obras son perfectísimas, tus juicios verdaderos, y por tu providencia se rige el universo.

Por eso alabanza y gloria á tí, ¡oh sabiduría del Padre! Alábete y bendígate mi boca, mi alma, y juntamente todo lo criado.

CAPITULO XXII.

De la memoria de los innumerables beneficios de Dios.

EL ALMA

1 Abre, Señor, mi corazon á tu ley, y enséñame á andar en tus mandamientos.

Concédeme que conozca tu voluntad, y con gran reverencia y diligente consideracion tenga en la memoria tus beneficios, así generales como especiales, para que pueda de aquí adelante darte dignamente gracias.

Mas yo sé, y confieso, que no puedo darte las debidas alabanzas y gracias por el mas pequeño de tus beneficios.

Yo soy menor que todos los bienes que me has hecho; y cuando miro tu generosidad desfallece mi espíritu á vista de su grandeza.

2 Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, natural ó sobrenaturalmente, son beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes.

Y aunque uno reciba mas y otro menos, todo es tuyo, y sin tí no se puede alcanzar la menor cosa.

El que mas recibió, no puede gloriarse de su merecimiento, ni estimarse sobre los demas, ni desdeñar al menor; porque aquel es mayor y mejor que menos se atribuye á sí, y es mas humilde, devoto y agradecido.

Y el que se tiene por mas vil que todos, y se juzga por mas indigno, está mas dispuesto para recibir mayores dones.

3 Mas el que recibió menos, no se debe entristecer, indignarse, ni envidiar al que tiene mas; antes debe reverenciarte, y engrandecer sobremanera tu bondad, que tan copiosa, gratuita y liberalmente repartes tus beneficios, sin acepcion de personas.

Todo procede de tí, y por lo mismo en todo debes ser alabado.

Tú sabes lo que conviene darse á cada uno. Y por qué tiene uno menos y otro mas, no nos toca á nosotros discernirlo, sino á tí, que sabes determinadamente los merecimientos de cada uno.

4 Por eso, Señor Dios, tengo tambien por grande beneficio no tener muchas cosas de las cuales me alaben y honren los hombres; de modo que cualquiera que consideráre la pobreza y vileza de su

persona, no solo no recibirá pesadumbre, ni tristeza, ni abatimiento, sino mas bien consuelo y grande alegría.

Porque tú, Dios, escogiste para familiares domésticos tuyos á los pobres, bajos y despreciados de este mundo.

Testigos son tus mismos apóstoles, á quienes constituiste príncipes sobre toda la tierra.

Mas conversaron en el mundo sin queja, y fueron tan humildes y sencillos viviendo tan sin malicia ni fraude, que se alegraban de padecer injurias por tu nombre, y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

5 Por eso ninguna cosa debe alegrar tanto al que te ama y reconoce tus beneficios, como tu voluntad para con él, y el beneplácito de tu eterna disposicion.

Lo cual le ha de consolar de manera que quiera tan voluntariamente ser el menor de todos co-

mo desearía otro ser el mayor.

Y así tan pacífico y contento debe estar en el último lugar como en el primero; y tan de buena gana sufrir verse despreciado y desechado, y no tener nombre y fama, como si fuese el mas honrado y mayor del mundo.

Porque tu voluntad y el amor de tu honra ha de ser sobre todas las cosas; y mas se debe consolar y contentar una persona con esto, que con todos los beneficios recibidos, ó que puede recibir.

CAPITULO XXIII.

Cuatro cosas que causan gran paz.

JESUCRISTO.

1 Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad.

EL ALMA.

2 Haz, Señor, lo que dices, que me alegro mucho de oirlo.

JESUCRISTO.

3 Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos que mas.

Busca siempre el lugar mas bajo, y está sujeto á todos.

Desea siempre, y ruega que se cumpla en tí enteramente la divina voluntad.

Este tal entrará en los términos de la paz y descanso.

EL ALMA.

4 Señor, este tu breve sermon, mucha perfeccion contiene en sí.

Corto es en las palabras, pero lleno de sentido y de copioso fruto.

Que si lo pudiese yo fielmente guardar, no habia de entrar en mí la turbacion tan facilmente.

Porque cuantas veces me siento inquieto y agravado, hallo haberme apartado de esta doctrina.

Mas tú que todo lo puedes, y buscas siempre el provecho del alma, dame gracia mas abundante

para que pueda cumplir tu doctrina, y hacer lo que importa para mi salvacion.

Oracion contra los malos pensamientos.

5 Señor, Dios mio, no te alejes de mí: Dios mio, cuida de ayudarme, pues se han levantado contra mí varios pensamientos y grandes temores que afligen mi alma.

¿Cómo saldré sin daño? ¿Cómo los desecharé?

6 Yo, dices, iré delante de tí, y humillaré los soberbios de la tierra. Abriré las puertas de la carcel, y te revelaré los secretos de las cosas escondidas.

7 Haz, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos.

Esta es mi esperanza y única consolacion, acudir á tí en toda tribulacion, confiar en tí, invocarte de veras, y esperar constantemente que me consueles.

Oracion pidiendo la luz del entendimiento.

8 Alúmbrame, buen Jesus, con la claridad de tu lumbre interior, y quita de la morada de mi corazon toda tiniebla.

Refrena mis muchas distracciones, y quebranta las tentaciones que me hacen violencia.

Pelea fuertemente por mí, y ahuyenta las malas bestias, que son los apetitos halagüeños, para que venga la paz con tu virtud, y resuene la abundancia de tu alabanza en el santo palacio; esto es, en la conciencia limpia.

Manda á los vientos y tempestades: dí al mar, Sosiégate; y al cierzo, No soples, y habrá gran bonanza.

9 Envía tu luz y tu verdad para que resplandezcan sobre la tierra; porque soy tierra vana y vacía hasta que tú me alumbres.

Derrama de lo alto tu gracia: rie-

ga mi corazon con el rocío celestial: concédeme las aguas de la devocion para sazonar la superficie de la tierra; porque produzca fruto bueno y perfecto.

Levanta el ánimo oprimido con el peso de los pecados, y emplea todo mi deseo en las cosas del cielo; porque despues de gustada la suavidad de la felicidad celestial me sea enfadoso pensar en la terrestre.

10 Apártame y líbrame de la transitoria consolacion de las criaturas; porque ninguna cosa criada basta para aquietar y consolar cumplidamente mi apetito.

Uneme á tí con el vínculo inseparable del amor; porque tú solo bastas al que te ama, y sin tí todas las cosas son despreciables.

CAPITULO XXIV.

Como se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas agenas.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no quieras ser curioso, ni tener cuidados impertinentes.

¿Qué te va á tí de esto ú de lo otro? Sígueme tú.

¿Qué te importa que aquel sea tal ó cual; ó que éste viva ó hable de este ó del otro modo?

No necesitas tú responder por otros, sino dar razon de tí mismo. ¿Pues por qué te ocupas en eso?

Mira que yo conozco á todos; veo cuanto pasa debajo del sol, y sé de qué manera está cada uno, qué piensa, qué quiere, y á qué fin dirige su intencion.

Por eso se deben encomendar á mí todas las cosas; pero tú consérvate en santa paz, y deja al bullicioso hacer cuanto quisiere.

Sobre él vendrá lo que hiciere ó dijere, porque no me puede engañar.

2 No tengas cuidado de la autoridad y gran nombre, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres.

Porque esto causa distracciones y grandes tinieblas en el corazon.

De buena gana te hablaría mi palabra, y te revelaría mis secretos, si tú esperases con diligencia mi venida, y me abrieses la puerta del corazon.

Está apercibido, y vela en oracion, y humíllate en todo.

CAPITULO XXV.

En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento.

JESUCRISTO.

1 Hijo, yo dije: *La paz os dejo, mi paz os doy; y no os la doy como la dá el mundo.*

Todos desean la paz; mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenecen á la verdadera paz.

Mi paz está con los humildes y mansos de corazon. Tu paz la hallarás en la mucha paciencia.

Si me oyeres y siguieres mi voz, podrás gozar de mucha paz.

EL ALMA.

2 ¿Pues qué haré?

JESUCRISTO.

3 Mira en todas las cosas lo que haces y lo que dices, y dirige toda tu intencion al fin de agradarme á mí solò, y no desear ni buscar nada fuera de mí.

Ni juzgues temerariamente de los hechos ó dichos agenos, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: con esto podrá ser que poco ó tarde te turbes.

Porque el no sentir alguna tribulacion, ni sufrir alguna fatiga en el corazon ó en el cuerpo, no es de este siglo, sino propio del eterno descanso.

No juzgues pues haber hallado la verdadera paz, porque no sientas alguna pesadumbre; ni que ya es todo bueno, porque no tengas ningun adversario; ni que está la perfeccion en que todo te suceda segun tú quieres.

Ni entonces te reputes por grande ó digno especialmente de amor, porque tengas gran devocion y dulzura; porque en estas cosas no se conoce el verdadero amador de la virtud, ni consiste en ellas el provecho y perfeccion del hombre.

EL ALMA.

4 ¿Pues en qué, Señor?

JESUCRISTO.

5 En ofrecerte de todo tu corazon á la divina voluntad, no buscando tu interes en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno.

De manera que con rostro igual des gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.

Si fueres tan fuerte y firme en la esperanza, que quitándote la consolacion interior, aun esté dispuesto tu corazon para padecer mayores penas, y no te justificáres, diciendo que no debieras padecer tales ni tantas cosas; sino que me tuvieres por justo, y alabares por santo en todo lo que yo ordenáre; cree entónces que andas en el recto y verdadero camino de la paz, y podrás tener esperanza cierta de ver nuevamente mi rostro con júbilo.

Y si llegáres al perfecto menosprecio de tí mismo, sábete que entonces gozarás de abundancia de paz, cuanto cabe en este destierro.

CAPITULO XXVI.

De la elevacion del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oracion humilde, que con la lectura.

EL ALMA

1 Señor, obra es de varon per-

fecto no entibiar nunca el ánimo en la consideracion de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado, no á la manera de un estúpido, sino con la prerogativa de un alma libre que no pone desordenado afecto en criatura alguna.

2 Ruégote, piadosísimo Dios mio, que me apartes de los cuidados de esta vida, para que no me embarace demasiado en ellos; para que no me deje llevar del deleite ni de las muchas necesidades del cuerpo; para que no pierda el fruto con los muchos obstáculos y molestias del alma.

No hablo de las cosas que la vanidad mundana desea con tanto afecto; sino de aquellas miserias que penosamente agravan y detienen el alma de tu siervo, con la comun maldicion de los mortales; para que no pueda alcanzar la libertad del espíritu cuantas veces quisiere.

3 ¡Oh Dios mio, dulzura inefable! Conviérteme en amargura todo consuelo carnal, que me aparta del amor de los eternos, lisonjeándome torpemente con la vista de bienes temporales que deleitan.

No me venza, Dios mio, no me venza la carne y la sangre: no me engañe el mundo y su breve gloria: no me derribe el demonio y su astucia.

Dame fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, constancia para perseverar.

Dame en lugar de todas las consolaciones del mundo la suavísima uncion de tu espíritu; y en lugar del amor carnal infúndeme el amor de tu nombre.

4 Porque muy embarazosas son para el espíritu fervoroso la comida, la bebida, el vestido, y todas las demas cosas necesarias para sustentar el cuerpo;

Concédeme usar de todo lo necesario templadamente, y que no me

ocupe en ello con sobrado afecto.

No es lícito dejarlo todo, porque se ha de sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohibe buscar lo supérfluo y lo que mas deleita; porque de otro modo la carne se revelará contra el espíritu.

Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano en estas cosas para que en nada me exceda.

CAPITULO XXVII.

El amor propio nos estorba mucho el bien eterno.

JESUCRISTO

1 Hijo, conviene que lo des todo por el todo; y no ser nada de tí mismo.

Sabe que el amor propio te daña mas que ninguna cosa del mundo.

Segun fuere el amor y aficion que tienes á las cosas, estarás mas ó menos ligado á ellas.

Si tu amor fuere puro, sencillo y

bien ordenado, no serás esclavo de ninguna.

No codicies lo que no te conviene tener.

Ni quieras tener cosa que te pueda impedir y quitar la libertad interior.

Es de admirar que no te entregues á mí de lo íntimo del corazon, con todo lo que puedes tener ó desear.

2 ¿Por qué te consumes con vana tristeza? ¿Por qué te fatigas con supérfluos cuidados?

Está á mi voluntad, y no sentirás daño alguno.

Si buscas esto ó aquello, y quisieres estar aquí ó allí por tu provecho y propia voluntad, nunca tendrás quietud, ni estarás libre de cuidados; porque en todas las cosas hay alguna falta, y en cada lugar habrá quien te ofenda.

3 Y así, no cualquier cosa alcanzada ó multiplicada esteriormente aprovecha, sino mas bien la des-

preciada y desarraigada del corazon.

No entiendas eso solamente de las posesiones y de las riquezas; sino tambien de la ambicion de la honra, y deseo de vanas alabanzas, todo lo cual pasa con el mundo.

Importa poco el lugar si falta el fervor del espíritu; ni durará mucho la paz buscada por defuera si falta el verdadero fundamento de la disposicion del corazon; quiero decir, si no estuvieres en mí, puedes mudarte, pero no mejorarte.

Porque en llegando y agradando la ocasion, hallarás lo mismo que huías, y mas.

Oracion para pedir la limpieza de corazon, y la sabiduría celestial.

EL ALMA

4 Confírmame, Señor, en la gracia del Espíritu Santo.

Dame esfuerzo para fortalecerme en mi interior, y desocupar mi corazon de toda inútil solicitud y congoja, y para que no me lleven

tras sí tan varios deseos por cualquier cosa útil ó preciosa; sino que las mire todas como pasageras, y á mí mismo como que he de pasar con ellas.

Porque nada hay permanente debajo del sol, adonde todo es vanidad y afliccion de espíritu. ¡Oh cuán sábio es el que así piensa!

5 Dame, Señor, sabiduría celestial, para que aprenda á buscarte y hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todas, y entender lo demas como es, segun el orden de tu sabiduría.

Dame prudencia para desviarme del lisonjero, y sufrir con paciencia el adversario.

Porque esta es muy gran sabiduría, no moverse á todo viento de palabras, ni tampoco dar oidos á la engañosa sirena, pues así se anda con seguridad el camino comenzado.

CAPITULO XXVIII.

Contra las lenguas maldicientes.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no te enojes si algunos tuvieren mala opinion de tí, y dijeren lo que no quisieras oir.

Tú debes sentir de tí peores cosas, y tenerte por el mas flaco de todos.

Si andas dentro de ti, no apreciarás mucho las palabras que vuelan.

No es poca prudencia callar en el tiempo adverso, y volverse á mí de corazon, sin turbarse por los juicios humanos.

2 No esté tu paz en la boca de los hombres; pues si pensaren de tí bien ó mal, no serás por eso hombre diferente.

¿Dónde está la verdadera paz y la verdadera gloria sino en mí?

Y el que no desea contentar á

los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz.

Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego del corazon, y la distraccion de los sentidos.

CAPITULO XXIX.

Como debemos llamar á Dios, y bendecirle en el tiempo de la tribulacion.

EL ALMA.

1 Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito, que quisiste que viniese sobre mí esta tentacion y tribulacion.

Yo no puedo huirla; sino que necesito acudir á tí, para que me ayudes, y me la conviertas en provecho.

Señor, ahora estoy atribulado, y no le va bien á mi corazon; sino que me atormenta mucho esta pasion.

¿Y qué diré ahora, Padre amado?

rodeado estoy de angustias. Sálvame en esta hora.

Mas he llegado á este trance, para que seas tú glorificado cuando yo estuviere muy humillado y fuere librado por tí?

Agrádete, Señor, de librarme; porque yo, pobre, ¿qué puedo hacer, y adónde iré sin tí?

Dame paciencia, Señor, tambien en este trance.

Ayúdame, Dios mio, y no temeré por mas atribulado que me halle.

2 Y entre estas congojas, ¿qué diré ahora?

Hágase, Señor, tu voluntad. Bien he merecido yo ser atribulado y angustiado.

Aun me conviene sufrir, y ojalá sea con paciencia, hasta que pase la tempestad y haya bonanza.

Pues poderosa es tu mano omnipotente para quitar de mí esta tentacion, y amansar su furor, porque del todo no caiga; así como antes lo has hecho muchas ve-

ces conmigo, Dios mio, misericordia mia.

Y cuanto para mí es mas dificil, tanto es para tí mas fácil esta mudanza de la diestra del Altísimo.

CAPITULO XXX.

Como se ha de pedir el favor divino, y de la confianza de recobrar la gracia.

JESUCRISTO.

1 Hijo, yo soy el Señor, que conforta en el dia de la tribulacion.

Ven á mí, cuando no te hallares bien.

Lo que mas impide la consolacion celestial, es que muy tarde vuelves á la oracion.

Porque antes de orar con atencion, buscas muchas consolaciones, y te recreas en lo exterior.

De aquí viene, que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas

que yo soy el que libro á los que esperan en mí, y fuera de mí no hay ausilio eficaz, consejo provechoso, ni remedio durable.

Mas recobrado el aliento despues de la tempestad, esfuérzate á la luz de mis misericordias; porque cerca estoy (dice el Señor) para reparar todo lo perdido, no solo cumplida, sino abundante y colmadamente.

2 ¿Por ventura hay cosa dificil para mí? ¿O seré yo como el que dice y no hace?

¿Dónde está tu fé? Ten firmeza y perseverancia.

Sé varon fuerte y magnánimo, y á su tiempo te llegará el consuelo.

Espérame, espera; yo vendré y te curaré.

Tentacion es la que te atormenta, y vano temor el que te espanta.

¿Qué aprovecha el cuidado de lo que está por venir, sino para tener tristeza sobre tristeza? *Bástele á cada dia su molestia.*

Vana cosa es y sin provecho en-

tristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizás nunca acaecerá.

3 Pero es propio de la humana flaqueza engañarse con tales imaginaciones; y tambien es señal de poco ánimo dejarse burlar tan ligeramente del enemigo.

Pues él no cuida que sea verdadero ó falso aquello con que nos burla ó engaña: ó si derribará con el amor de lo presente, ó con el temor de lo futuro.

No se turbe pues ni tema tu corazon.

Cree en mí, y ten confianza en mi misericordia.

Cuando piensas que estás lejos de mí, estoy mas cerca de tí regularme.

Cuando piensas que está todo casi perdido, entonces muchas veces está cerca la ganancia del merecer.

No está todo perdido cuando alguna cosa te sucede contraria.

No debes juzgar como sientes ahora, ni embarazarte ni acongo-

jarte con cualquier contrariedad que te venga, como si no hubiese esperanza de remedio.

4 No te tengas por desamparado del todo, aunque te envíe á tiempos alguna tribulacion, ó te prive del consuelo deseado; porque de este modo se llega al reino de los cielos.

Y sin duda te conviene mas á tí, y á los demas siervos mios, ser ejercitados en adversidades, que si todo os sucediese á vuestro gusto.

Yo penetro los secretos; y sé que te conviene mucho para tu bien, que algunas veces te deje desconsolado; para que no te ensoberbezcas en los sucesos prósperos, ni quieras complacerte en tí mismo por lo que no eres.

Lo que yo te dí te lo puedo quitar, y volvértelo cuando me agradare.

5 Cuando te lo diere, mio es: cuando te lo quitáre, no tomo cosa tuya, pues *mia es cualquier dádiva buena, y todo don perfecto.*

Si te enviáre pesadumbre ó alguna contrariedad, no te indignes ni desfallezca tu corazon.

Presto puedo levantarte, y mudar toda pena en gozo.

Justo soy, y digno de ser alabado, cuando así me porto contigo.

6 Si bien lo entiendes, y lo miras á la luz de la verdad, nunca te debes entristecer, ni descaecer tanto por las adversidades; sino antes holgarte mas, y darme gracias.

Y tener por único gozo el ver que afligiéndote con dolores, no te contemplo.

Así como me amó el Padre, yo os amo, dije á mis amados discípulos, los cuales no envié á gozos temporales, sino á grandes peleas; no á honras, sino á desprecios; no á ócio, sino á trabajos; no al descanso, sino á recoger grandes frutos de paciencia. Acuérdate, hijo mio, de estas palabras.

CAPITULO XXXI.

Del desprecio de todas las criaturas, para hallar al Criador.

EL ALMA.

1 Señor, necesaria me es aun mayor gracia, si tengo de llegar adonde nadie, ni criatura alguna me puedan embarazar.

Porque mientras que alguna cosa me detiene, no puedo volar á tí libremente.

Deseaba volar libremente el que decía: *¿quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?*

¿Qué cosa hay mas quieta que el ojo sencillo? ¿Y quién mas libre que el que nada desea en la tierra?

Por eso conviene levantarse sobre todo lo criado, y olvidarse totalmente de *sí* mismo, elevándose, y quedando suspenso para ver que tú, Criador de todo, no tienes semejanza con las criaturas.

Y el que no se desocupáre de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino.

Por esto pues se hallan pocos contemplativos, porque son raros los que saben desasirse del todo de las criaturas y de lo perecedero.

2 Para eso es menester gran gracia, que levante el alma y la suba sobre sí misma.

Pero si no fuere el hombre levantado en espíritu y libre de todo lo criado, y todo unido á Dios, de poca estima es cuanto sabe y cuanto tiene.

Mucho tiempo será niño y mundano el que estima alguna cosa por grande, sino solo el único, inmenso y eterno bien.

Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar.

Hay gran diferencia entre la sabiduría del varon iluminado y devoto, y la ciencia del letrado y del estudioso clérigo.

Mucho mas noble es la doctrina

que emana de la influencia divina, que la que se alcanza con trabajo por el ingenio humano.

3 Se hallan muchos que desean la contemplacion; pero no procuran ejercitar las cosas que para ella se requieren.

Es grande impedimento fijarse en las cosas exteriores y sensibles, y descuidar la verdadera mortificacion.

No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que parece somos llamados espirituales, quando tanto trabajo y solicitud ponemos en las cosas transitorias y viles, y con dificultad muy tarde nos recogemos del todo á considerar nuestro interior.

4 ¡Oh dolor! que al momento que nos hemos recogido un poco, nos distraemos, y no escudriñamos nuestras obras con riguroso exámen.

No miramos donde tenemos nuestras aficiones, ni lloramos cuán manchadas están todas nuestras cosas.

Toda carne habia corrompido su camino, y por eso se siguió el gran diluvio.

Porque como nuestro afecto interior esté corrompido, es necesario que la obra siguiente (que es señal de la privacion de la virtud interior) tambien se corrompa.

Del corazon puro procede el fruto de la buena vida.

5 Se examina cuanto hace cada uno; pero no indagamos de cuánta virtud procede.

Se averigua si alguno es valiente, rico, hermoso, hábil ó buen escritor, buen cantor, buen artista; pero poco se habla de cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido.

La naturaleza mira las cosas exteriores del hombre; mas la gracia se ocupa en las interiores: aquella muchas veces se engaña, y ésta espera en Dios para no engañarse.

CAPITULO XXXII.

De la abnegacion de sí mismo; y abdicacion de todo apetito.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no puedes poseer libertad perfecta, si no te niegas del todo á tí mismo.

En prisiones estan todos los ricos y amadores de sí mismos, los codiciosos, ociosos y vagabundos, y los que buscan siempre las cosas de gusto, y no las de Jesucristo; sino que antes componen é inventan muchas veces lo que no ha de durar.

Porque todo lo que no procede de Dios perecerá.

Imprime en tu alma esta breve y perfectísima máxima: Déjalo todo, y lo hallarás todo: deja tu apetito, y hallarás sosiego.

Reflexiona bien esto; y cuando lo cumplieres lo entenderás todo.

EL ALMA.

2 Señor, no es esta obra de un dia, ni juego de niños; antes en tan breve sentencia se encierra toda la perfeccion religiosa.

JESUCRISTO.

3 Hijo, no debes volver atras, ni decaer presto en oyendo el camino de los perfectos; antes debes esforzarte para cosas mas altas, ó á lo menos aspirar á ellas con deseo.

¡Ojalá hubieses llegado á tanto, que no fueses amador de tí mismo, y estuvieses dispuesto puramente á mi voluntad y la del superior que te he dado! Entonces me agradarías sobremanera, y toda tu vida correría gozosa y pacífica.

Aun tienes mucho que dejar, que si no lo renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides.

Para que seas rico, te aconsejo que compres de mí oro acendrado; esto es, la sabiduría celestial que desprecia todo lo terreno.

Pospon la sabiduría terrena, y

toda humana y propia complacencia.

4 Yo te dije que las cosas mas viles al parecer humano se deben comprar con las preciosas y altas.

Porque muy vil y pequeña, y casi olvidada parece la verdadera sabiduría celestial, que no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandecida en la tierra, la cual está en la boca de muchos; pero muy lejos de sus obras, siendo ella una perla preciosísima, escondida para los mas.

CAPITULO XXXIII.

De la inconstancia del corazon, y que la intencion final se ha de dirigir á Dios.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no creas á tu deseo; pues el que ahora es, presto se te mudará en otro.

Mientras vivieres estas sujeto á

mudanzas, aunque no quieras; porque ya te hallarás alegre, ya triste; ya sosegado, ya turbado; ya devoto, ya indevoto; ya diligente; ya perezoso; ahora pesado, ahora liviano.

Mas el sabio bien instruido en el espíritu, es superior á estas mudanzas; no mirando lo que experimenta dentro de sí, ni de qué parte sopla el viento de la instabilidad; sino á dirigir toda la intencion de su espíritu al debido y deseado fin.

Porque así podrá permanecer siempre el mismo, é ileso en tan varios casos, dirigiendo á mí sin cesar la mira de su sencilla intencion.

2 Y cuanto mas pura fuere, tanto estará mas constante entre las diversas tempestades.

Pero en muchas cosas se oscurecen los ojos de la pura intencion, porque se mira facilmente á lo que se presenta como deleitable.

Así es que rara vez se halla

quien esté enteramente libre del lunar de su propio interes.

De este modo los judíos en otro tiempo vinieron á casa de Marta y María en Betania, no solo por Jesus, sino tambien para ver á Lázaro.

Débense pues limpiar los ojos de la intencion, para que sea sencilla y recta, y se enderece á mí, sin detenerse en los medios.

CAPITULO XXXIV.

Que Dios es para quien lo ama mas delicioso que todo, y en todo.

EL ALMA.

1 ¡Oh mi Dios y mi todo! ¿qué mas quiero, y qué mayor dicha puedo apetecer?

¡Oh sabrosa y dulce palabra! pero para quien ama á Dios, y no al mundo ni á lo que en él está.

Mi Dios y mi todo. Al que entiende, basta lo dicho; y repetirlo muchas veces es deleitable al que ama.

Porque estando tú presente, todo es agradable; mas estando ausente, todo fastidioso.

Tú haces el corazon tranquilo, y das gran paz y alegría festiva.

Tú haces sentir bien de todo, y que te alaben todas las cosas: no puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin tí; pero sí ha de agradar y gustarse de veras, conviene que tu gracia la presencie, y tu sabiduría la sazone.

2 A quien tú eres sabroso, ¿qué no le sabrá bien?

Y quien de tí no gusta, ¿qué le podrá agradar?

Mas los sabios del mundo, y los que lo son segun la carne, no tienen idea de tu sabiduría: en aquellos se encuentra mucha vanidad, y en éstos la muerte.

Pero los que te siguen, despreciando al mundo y mortificando su carne, éstos son verdaderos sabios, porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu.

A éstos es Dios sabroso, y cuanto bien hallan en las criaturas, todo lo refieren á gloria de su Criador.

Pero diferente y muy diferente es el sabor del Criador y el de la criatura; de la eternidad y del tiempo; de la luz increada y de la luz creada.

3 ¡Oh luz perpetua, que está sobre toda luz creada! Envía desde lo alto tal resplandor, que penetre todo lo secreto de mi corazon.

Purifica, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con sus potencias, para que se una contigo con excesos de júbilo.

¡Oh cuándo vendrá esta dichosa y deseada hora, para que tú me hartes con tu presencia, y me seas todo en todas las cosas!

Entretanto que esto no se me concediere, no tendré gozo cumplido.

Mas ¡ay dolor! que vive aún el hombre viejo en mí; no está del todo crucificado, ni perfectamente muerto.

Aun codicia vivamente contra el espíritu; mueve guerras interiores; y no consiente que esté quieto el dominio del alma.

4 Mas tú, que señoréas el poderío del mar, y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame.

Destruye las gentes que buscan guerras; quebrántalas con tu virtud.

Ruégote que muestres tus maravillas, y que sea glorificada tu diestra; porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino á tí, Señor Dios mio.

CAPITULO XXXV.

En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.

JESUCRISTO.

1 Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales.

Entre enemigos andas; á diestra y á sinestra te combaten.

Si pues no te vales del escudo de la paciencia á cada instante, no estarás mucho tiempo sin herida.

Demas de esto, si no pones tu corazon fijo en mí, con pura voluntad de sufrir por mí todo cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batálla, ni alcanzar la palma de los bienaventurados. Conviénete pues romper varonilmente con todo, y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere.

Porque al vencedor se da el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.

2 Si buscas descanso en esta vida, ¿cómo hallarás entonces la eterna bienaventuranza?

No procures mucho descanso, sino mucha paciencia.

Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres ni en las demas criaturas, sino en Dios solo.

Por amor de Dios debes padecer de buena gana todas las cosas adversas; como son trabajos, dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, reprensiones, humillaciones, confusiones, correcciones y menosprecios.

Estas cosas aprovechan para la virtud: éstas prueban al nuevo soldado de Cristo: éstas fabrican la corona celestial.

Yo daré eterno galardon por breve trabajo, y gloria infinita por la confusion pasagera.

3 ¿Piensas tener siempre consolaciones espirituales al sabor de tu paladar?

Mis santos no siempre las tuvieron, sino muchas pesadumbres, diversas tentaciones y grandes desconsuelos.

Pero las sufrieron todas con paciencia, y confiaron mas en Dios que en sí; porque sabian que no son equivalentes todas las penas de

esta vida para merecer la gloria venidera.

¿Quieres hallar de pronto lo que muchos despues de copiosas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron?

Espera en el Señor, trabaja y esfuérzate varonilmente; no desconfies, no huyas; mas ofrece el cuerpo y el alma por la gloria de Dios con gran constancia.

Yo te lo pagaré muy cumplidamente. Yo estaré contigo en toda tribulacion.

CAPITULO XXXVI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

JESUCRISTO.

1 Hijo, pon tu corazon fijamente en Dios, y no temas los juicios humanos cuando la conciencia no te acusa.

Bueno es y dichoso tambien pa-

decer de esta suerte; y esto no es duro al corazon humilde que confia mas en Dios que en sí mismo.

Los mas hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito.

Y tambien satisfacer á todos no es posible.

Aunque Pablo trabajó en contentar á todos en el Señor, y fué todo para todos; sin embargo, en nada tuvo el ser juzgado del mundo.

2 Mucho hizo por la salud y edificacion de los otros trabajando cuanto pudo y estaba de su parte; pero no se pudo librar de que le juzgasen y despreciasen algunas veces.

Por eso lo encomendó todo á Dios, que lo conoce todo, y con paciencia y humildad se defendia de las malas lenguas, y de los que piensan vanidades y mentiras, y las dicen como se les antoja.

Y tambien respondió algunas ve-

ces, porque no se escandalizasen algunos débiles en verle callar.

3 ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece.

Teme á Dios, y no te espantes de los hombres.

¿Qué te puede hacer el hombre con palabras ó injurias? Mas bien se daña á sí mismo que á tí; y cualquiera que sea, no podrá huir el juicio de Dios.

Ten presente á Dios, y no contiendas con palabras de queja.

Y si ahora quedas debajo al parecer, y sufres la humillacion que no mereciste, no te indignes por eso, ni por la impaciencia disminuyas tu victoria

Sino mírame á mí en el cielo, que puedo librar de toda confusion é injuria, y dar á cada uno segun sus obras.

CAPITULO XXXVII.

De la pura y entera renuncia de sí mismo para alcanzar la libertad del corazon.

JESUCRISTO.

1 Hijo, déjate á tí, y me hallarás á mí.

Vive sin voluntad ni amor propio, y ganarás siempre.

Porque al punto que te renunciáres sin reserva, se te dará mayor gracia.

EL ALMA

2 Señor, ¿cuántas veces me renunciaré, y en qué cosas me dejaré?

JESUCRISTO.

3 Siempre, y cada hora, así en lo poco como en lo mucho. Nada exceptúo, sino que en todo te quiero hallar desnudo.

De otro modo, ¿cómo podrás ser mio y yo tuyo, si no te despojas de

toda voluntad interior y exteriormente?

Cuanto mas presto hicieres esto, tanto mejor te irá; y cuanto mas pura y cumplidamente, tanto mas me agradarás, y mucho mas ganarás.

4 Algunos se renuncian, pero con alguna excepcion; no confian en Dios del todo, y por eso trabajan en mirar por sí.

Tambien algunos al principio lo ofrecen todo; pero despues, combatidos de alguna tentacion, se vuelven á sus comodidades, y por eso no aprovechan en la virtud.

Estos nunca llegarán á la verdadera libertad del corazon puro, ni á la gracia de mi suave familiaridad, si no se renuncian antes del todo, haciendo cada dia sacrificios de sí mismos, sin lo cual no están ni estarán en la union con que se goza de mí.

5 Muchas veces te dije, y ahora te lo vuelvo á decir: *Déjate á tí;*

renúnciate, y gozarás de grande paz interior.

Dalo todo por el todo: nada busques; nada exijas: está puramente sin dudar en mí, y me poseerás.

Serás libre de corazon, y no te ofuscarán las tinieblas.

Encamina todos tus esfuerzos, deseos y oraciones al fin de despojarte de todo apego, para seguir así desnudo á Jesus desnudo, morir para tí, y vivir para mí eternamente.

Entonces se desvanecerán todas las vanas imaginaciones, las perturbaciones malas, y los cuidados supérfluos.

Entonces tambien desaparecerá el temor excesivo, y morirá el amor desordenado.

CAPITULO XXXVIII.

Del buen régimen en las cosas exteriores, y del recurso á Dios en los peligros.

JESUCRISTO.

1 Hijo, con diligencia debes mirar que en cualquier lugar, y en toda ocupacion exterior estés muy dentro de tí, libre y señor de tí mismo; y que todas las cosas estén debajo de tí, y no tú debajo de ellas.

Para que seas señor y director de tus obras, no siervo ni esclavo venal; sino mas bien libre y verdadero israelita que pasa á la suerte y libertad de los hijos de Dios.

Los cuales desprecian las cosas presentes y atienden á las eternas.

Miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial.

Y no los atraen las cosas tempo-

rales para estar asidos á ellas; antes ellos las atraen mas, para servirse bien de ellas, segun están ordenadas por Dios, é instituidas por el supremo Artífice, que no hizo cosa en lo criado sin órden.

2 Si en cualquier acontecimiento estás firme, y no juzgas de él segun la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido lo que oyes y ves; antes luego por cualquier causa entras á lo interior, como Moysés en el tabernáculo á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y volverás instruido de muchas cosas presentes y venideras.

Pues siempre recurrió Moysés al tabernáculo, para determinar las dudas y dificultades; y tomó el ausilio de la oracion para librarse de los peligros y maldades de los hombres.

A este modo debes tú entrar en el secreto de tu corazon, pidiendo con eficacia el socorro divino.

Por eso se lee, que Josué y los hijos de Israél fueron engañados de los Gabaonitas, porque no consultaron primero con el Señor; sino que creyendo facilmente las blandas palabras, fueron con falsa piedad engañados.

CAPITULO XXXIX.

Que el hombre no sea importuno en los negocios.

JESUCRISTO.

1 Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y yo los dispondré bien y oportunamente.

Espera mi voluntad, y sentirás provecho.

EL ALMA.

2 Señor, de muy buena gana te encomiendo todas las cosas, porque poco puede aprovechar mi cuidado.

¡Ojalá que no me ocupasen mucho los acontecimientos que me pueden venir, sino que me ofre-

ciese sin tardanza á tu voluntad?

JESUCRISTO.

3. Hijo, muchas veces el hombre negocia con ahinco lo que desea; mas cuando ya lo alcanza, comienza á pensar de otro modo, porque las aficiones no duran mucho cerca de una misma cosa; sino que nos llevan de uno á otro.

Por lo cual no es poco dejarse á sí mismo, aun en las cosas pequeñas.

4 El verdadero aprovechar es negarse á sí mismo; y el hombre negado á sí es muy libre y está seguro.

Mas el enemigo antiguo y adversario de todos los buenos no cesa de tentar; sino que de dia y de noche pone graves asechanzas para precipitar, si pudiere, al incauto en el lazo del engaño.

Velad y orad, dice el Señor, *para que no entreis en tentacion.*

CAPITULO XL.

Que ningun bien tiene el hombre de suyo, ni cosa alguna de que alabarse.

EL ALMA.

1 Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre para que lo visites?

¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia?

Señor, ¿de qué me puedo quejar si me desamparas? ¿ó cómo justamente podré contender contigo, si no hicieres lo que pido?

Por cierto, una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: *Nada soy, Señor, nada puedo, nada bueno tengo de mí; mas en todo me hallo vacío, y camino siempre á la nada.*

Y si no soy ayudado é instruido interiormente por tí, me vuelvo enteramente tibio y disipado.

2 Mas tú, Señor, eres siempre el

mismo, y permaneces eternamente, siempre bueno, justo y santo, haciendo todas las cosas bien, justa y santamente, y ordenándolas con sabiduría.

Pero yo, que soy mas inclinado á caer que á aprovechar, no persevero siempre en un estado, y me mudo siete veces cada dia.

Mas luego me va mejor cuando te dignas alargarme tu mano ausiliadora; porque tú solo, sin humano favor, me puedes socorrer y fortalecer, de manera que no se mude mas mi semblante; sino que á tí solo se convierta, y en ti descanse mi corazon.

3 Por lo cual, si yo supiese bien desechar toda consolacion humana, ya sea por alcanzar devocion, ó por la necesidad que tengo de buscarte, porque no hay hombre que me consuele; entónces con razon podría yo esperar en tu gracia, y alegrarme con el don de la nueva consolacion.

4 Gracias sean dadas á tí, de quien viene todo, siempre que me sucede algun bien.

Porque yo soy vanidad y nada delante de tí: hombre mudable y flaco.

¿De dónde pues me puedo gloriar, ó por qué deseo ser estimado?

¿Por ventura de la nada? Esto es vanísimo.

Verdaderamente la gloria frívola es una mala peste, y grandísima vanidad; porque nos aparta de la verdadera gloria, y nos despoja de la gracia celestial.

Porque contentándose un hombre á sí mismo, te descontenta á tí: cuando desea las alabanzas humanas, es privado de las virtudes verdaderas.

5 La verdadera gloria y alegria santa consiste en gloriarse en tí, y no en sí; gozarse en tu nombre, y no en su propia virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por tí.

Sea alabado tu nombre, y no el

mio: engrandecidas sean tus obras, y no las mias: bendito sea tu santo nombre, y no me sea á mí atribuida parte alguna de las alabanzas de los hombres.

Tú eres mi gloria: tú alegría de mi corazon.

En tí me gloriaré y ensalzaré todos los dias: mas de mi parte no hay de qué, sino de mis flaquezas.

6 Busquen los hombres la gloria que se dan recíprocamente: yo buscaré la gloria que viene solamente de Dios.

Porque toda la gloria humana, toda honra temporal, toda la alteza del mundo, comparada con tu eterna gloria, es vanidad y necedad.

¡Oh verdad mia y misericordia mia, Dios mio, Trinidad bienaventurada; á tí sola sea alabanza, honra, virtud y gloria para siempre jamás!

CAPITULO XLI.

Del desprecio de toda honra temporal.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y tú ser despreciado y abatido

Levanta tu corazon á mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano en la tierra.

EL ALMA.

2 Señor, en gran ceguedad estamos, y la vanidad presto nos engaña.

Si bien me miro, nunca se me ha hecho injuria por criatura alguna; por lo cual no tengo de qué quejarme justamente de tí.

Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razon se arman contra mí todas las criaturas.

Justamente pues se me debe la

confusion y desprecio; y á tí alabanza, honor y gloria.

Y si no me dispusiere de modo que huelgue mucho ser de cualquiera criatura despreciado, y abandonado, y ser tenido por nada, no podré estar interiormente pacificado y asegurado, ni recibir la luz espiritual, ni unirme á tí perfectamente.

CAPITULO XLII.

Que nuestra paz no debe depender de los hombres.

JESUCRISTO.

1 Hijo, si buscas la paz en el trato con alguno para tu entretenimiento y compañía, siempre te hallaras inconstante y embarazado.

Pero si vas á buscar la verdad, que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo que se fuere ó se muriere.

En mí ha de estar el amor del

amigo, y por mí se debe amar cualquiera que en esta vida te parece bueno y muy amable.

Sin mí no vale ni durará la amistad, ni es verdadero ni limpio el amor en que yo no intervengo.

Tan muerto debes estar á las aficiones de los amigos, que habias de desear (por lo que á tí toca) vivir lejos de todo trato humano.

Tanto mas se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo gusto terreno.

Y tanto mas alto sube á Dios, cuanto mas bajo desciende en sí, y se tiene por mas vil.

2 El que se atribuye á sí mismo algo bueno, impide que la gracia de Dios venga sobre él; porque la gracia del Espíritu Santo siempre busca el corazon humilde.

Si te supieses perfectamente anonadar y desviar de todo amor criado, yo entonces manaría en tí abundantes gracias.

Cuando tú miras á las criatu-

ras, apartas la vista del Criador.

Aprende á vencerte en todo por el Criador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino.

Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó mira desordenadamente, nos estorba gozar del sumo bien, y nos daña.

CAPITULO XLIII.

Contra la ciencia vana del mundo.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no te muevan los dichos agudos y limados de los hombres; porque no consiste el reino de Dios en palabras, sino en virtud.

Mira mis palabras, que encienden los corazones, y alumbran los entendimientos, provocan á compuncion, y traen muchas consolaciones.

Nunca leas cosas para mostrarte mas letrado ó sabio.

Estudia en mortificar los vicios;

porque mas te aprovechará esto, que saber muchas cuestiones dificultosas.

2 Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, te conviene venir á un solo principio.

Yo soy el que enseño al hombre la ciencia, y doy mas claro entendimiento á los pequeños que ningun hombre puede enseñar.

Al que yo hablo, luego será sábio, y aprovechará mucho en el espíritu.

¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y cuidan muy poco del camino de servirme á mí!

Tiempo vendrá cuando aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los ángeles, á oir las lecciones de todos; esto es, á examinar las conciencias de cada uno.

Y entonces escudriñará á Jerusalen con candelas, y serán descubiertos los secretos de las tinie-

blas, y callarán los argumentos de las lenguas.

3 Yo soy el que levanto en un instante al humilde entendimiento, para que entienda mas razones de la verdad eterna, que si hubiese estudiado diez años en las escuelas.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusion de pareceres, sin fausto de honra, sin altercacion de argumentos.

Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno y aborrecer lo presente, buscar y saber lo eterno; huir las honras, sufrir los estorbos, poner toda la esperanza en mí, y fuera de mí no desear nada, y amarme ardientemente sobre todas las cosas.

4 Y así uno, amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas, y hablaba maravillas.

Mas aprovechó con dejar todas las cosas, que con estudiar sutilezas.

Pero á unos hablo cosas comunes, á otros especiales.

A unos me muestro dulcemente con señales y figuras, y á otros revelo misterios con mucha luz.

Una cosa dicen los libros; mas no enseñan igualmente á todos; porque yo soy doctor interior de la verdad, escudriñador del corazon, conocedor de los pensamientos, promovedor de las acciones, repartiendo á cada uno segun juzgo ser digno.

CAPITULO XLIV.

No se deben buscar las cosas exteriores.

JESUCRISTO.

1 Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante, y estimarte como muerto sobre la tierra, á quien todo el mundo esté crucificado.

A muchas cosas te conviene tambien hacerte sordo, y pensar mas lo que conviene para tu paz.

Mas útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar á ca-

da uno en su parecer, que ocuparte en porfias.

Si estás bien con Dios y miras su juicio, facilmente te darás por vencido.

EL ALMA.

2 ¡Oh Señor, á qué hemos llegado! Lloramos los daños temporales: por una pequeña ganancia trabajamos y corremos; y el daño espiritual se pasa en olvido, y apenas tarde vuelve á la memoria.

Por lo que poco ó nada vale, se mira mucho; y por lo que es muy necesario, se pasa con descuido; porque todo hombre se va á lo exterior, y si presto no vuelve en sí, con gusto se está envuelto en ello.

CAPITULO XLV.

No se debe creer á todos; y como facilmente se resbala en las palabras.

EL ALMA

1 Señor, ayúdame en la tribula-

cion, porque es vana la seguridad del hombre.

¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la habia?

¿Cuántas veces tambien la hallé donde menos lo pensaba?

Por eso es vana la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en tí, mi Dios.

Bendito seas Señor, Dios mio, en todas las cosas que nos suceden.

Flacos somos y mudables: presto somos engañados, y nos mudamos.

2 ¿Qué hombre hay que se pueda guardar con tanta cautela y discrecion en todo, que alguna vez no caiga en algun engaño ó perplejidad?

Mas el que confia en tí, Señor, y te busca con sencillo corazon, no resbala tan facilmente.

Y si cayere en alguna tribulacion, de cualquier manera que estuviere en ella enlazado, presto será librado por tí, ó consolado;

porque no desamparas para siempre al que en tí espera.

Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo.

Tú Señor, tú solo eres fidelísimo en todo, y fuera de tí no hay otro semejante.

3 ¡Oh, cuán bien lo entendía aquella alma santa que dijo: *Mi alma está asegurada y fundada en Jesucristo*!

Si yo estuviese así no me congojaría tan presto el temor humano, ni me moverian las palabras injuriosas.

¿Quién puede preverlo todo? ¿Quién es capaz de precaver los males venideros?

Si lo que hemos previsto con tiempo, nos daña muchas veces, ¿qué hará lo no prevenido sino perjudicarnos gravemente?

¿Pues por qué, miserable de mí, no me previne mejor? ¿Por qué creí de ligero á otros?

Pero somos hombres, y hombres flacos y frágiles, aunque por muchos seamos estimados y llamados ángeles.

Señor, ¿á quién creeré, á quién sino á tí? Verdad eres, que no puedes engañar ni ser engañado.

El hombre al contrario, es falaz, flaco, mudable y resbaladizo, especialmente en palabras; de modo que con muy gran dificultad se debe creer lo que parece recto á la primera vista.

4 Cuán prudentemente nos avisaste que nos guardásemos de los hombres: que los enemigos del hombre son los de su casa, y que no diésemos crédito al que nos dijese: *Míralo aquí*, ó *míralo allí*.

He escarmentado en mí mismo: ojalá sea para mi mayor cautela, y no para continuar en mi imprudencia.

Cuidado, me dice uno, cuidado; reserva lo que te digo. Y mientras yo lo callo, y creo que está oculto,

él no pudo callar el secreto que me confió, sino que me descubrió á mí y á sí mismo, y se marchó.

Defiéndeme, Señor, de aquestas ficciones, y de hombres tan indiscretos, para que nunca caiga en sus manos, ni yo incurra en semejantes cosas.

Pon en mi boca palabras verdaderas y fieles, y desvía lejos de mí las lenguas astutas.

De lo que no quiero sufrir, me debo guardar mucho.

5 ¡Oh cuán bueno y de cuánta paz es callar de otros, y no creerlo todo facilmente, ni hablarlo despues con ligereza: descubrirse á pocos, buscarte siempre á tí, que miras al corazon, y no moverse por cualquier viento de palabras, sino desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perfeccionen segun el beneplácito de tu voluntad!

¡Cuán segura es para conservar la gracia celestial huir la vana apa-

riencia, y no codiciar las cosas visibles que causan admiracion, sino seguir con toda diligencia las cosas que dan fervor y enmienda de vida!

¡A cuántos ha dañado la virtud descubierta y alabada antes de tiempo!

¡Cuán provechosa fué siempre la gracia guardada en silencio en esta vida frágil, que toda es malicia y tentacion!

CAPITULO XLVI.

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.

JESUCRISTO.

1 Hijo, está firme, y espera en mí: ¿qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire, mas no mellan una piedra.

Si estás culpado, determina enmendarte.

Si no hallas en tí culpa, llévalo con gusto por Dios.

Muy poco es el que sufras alguna vez siquiera malas palabras, ya que aun no puedes tolerar grandes golpes.

¿Y por qué tan pequeñas cosas te llegan al corazon, sino porque aún eres carnal, y miras mucho mas á los hombres de lo que conviene?

Porque temes ser despreciado, por esto no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas la sombra de las excusas.

2 Considérate mejor, y conocerás que aún vive en tí el amor del mundo, y el deseo vano de agradar á los hombres.

Porque en huir de ser abatido y confundido por tus defectos, se muestra muy claro que no eres humilde verdadero, ni estás del todo muerto al mundo, ni el mundo está á tí crucificado.

Mas oye mis palabras, y no cui-

darás de cuantas te dijeren los hombres.

Dime: Si se dijese contra tí todo cuanto maliciosamente se pudiese fingir, ¿qué te dañaría, si lo dejases pasar y lo despreciases enteramente? ¿Podríate por ventura arrancar un cabello?

3 Mas el que no está dentro de su corazon, ni me tiene á mí delante de sus ojos, presto se mueve por una palabra de menosprecio; pero el que confia en mí, y no desea su propio parecer, vivirá sin temer á los hombres.

Porque yo soy el juez, y conozco todos los secretos: yo sé cómo pasan las cosas: yo conozco muy bien al que hace la injuria, y tambien al que la sufre.

De mí sale esta palabra; permitiéndolo yo acaece esto, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Yo juzgo al culpado é inocente; pero quise probar primero al

uno y al otro con juicio secreto.
4 El testimonio de los hombres muchas veces engaña: mi juicio es verdadero, firme, y no se revoca.
Muchas veces está escondido, y pocos lo penetran en todo; pero nunca yerra, ni puede errar, aunque á los ojos de los necios no parezca recto.
A mí pues habeis de recurrir en cualquier juicio, y no confiar en el propio saber.
Porque el justo no se turbará por cosas que Dios envíe sobre él; y si algun juicio fuere dicho contra él injustamente, no se inquietará por ello.
Ni se ensalzará vanamente si otros le defendieren con razon.
Porque sabe que yo soy quien escudriño los corazones y los pensamientos, y que no juzgo segun el exterior y apariencia humana.
Antes muchas veces se halla á mis ojos culpable el que al juicio humano parece digno de alabanza.

EL ALMA.

1 Señor Dios, justo juez, fuerte y paciente, que conoces la flaqueza y maldad de los hombres, sé tu mi fortaleza y toda mi confianza, pues no me basta mi conciencia.

Tú sabes lo que yo no sé: por eso me debo humillar en cualquier reprension, y llevarla con mansedumbre.

Perdóname tambien, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez.

Porque mejor me está tu misericordia copiosa para alcanzar perdon, que mi presumida justificacion para defender lo oculto de mi conciencia.

Y aunque ella nada me acuse, no por esto me puedo tener por justo; porque quitada tu misericordia, no será justificado en tu acatamiento ningun viviente.

CAPITULO XLVII.

Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna.

JESUCRISTO

1 Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, ni te abatan del todo las tribulaciones; mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere.

Yo basto para galardonarte sobre toda manera y medida.

No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores.

Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males.

Vendrá una hora cuando cesará todo trabajo é inquietud.

Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

2 Atiende á tu negocio, trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardon.

Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo adverso; la vida eterna digna es de ésta y de otras mayores peleas.

Vendrá la paz en un dia que el Señor sabe, el cual no se compondrá de dia y noche como en esta vida temporal, sino de luz perpétua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro.

No dirás entonces: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* Ni clamarás *¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro!* porque la muerte estará destruida, y la salud vendrá sin defecto; ninguna congoja habrá ya, sino bienaventurada alegría, compañía dulce y hermosa.

3 ¡Oh, si vieses las coronas eternas de los santos en el cielo, y de cuánta gloria gozan ahora los que eran en este mundo despreciados, y tenidos por indignos de vivir!

Por cierto luego te humillarías hasta la tierra, y desearías mas es-

tar sujeto á todos, que mandar á uno solo.

Y no codiciarías los dias placenteros de esta vida; sino antes te alegrarías de ser atribulado por Dios, y tendrias por grandísima ganancia ser tenido por nada entre los hombres.

4 Oh! si gustases aquestas cosas, y las rumiases profundamente en tu corazon, ¿cómo te atreverías á quejarte ni una sola vez?

¿No te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna?

No es cosa de poco momento ganar ó perder el reino de Dios.

Levanta pues tu rostro al cielo; mírame á mí, y conmigo á todos mis santos, los cuales tuvieron grandes combates en este siglo; ahora se regocijan, y están consolados y seguros; ahora descansan en paz, y permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPITULO XLVIII.

Del dia de la eternidad, y de las angustias de esta vida.

EL ALMA.

1 ¡Oh bienaventurada mansion de la ciudad soberana! ¡Oh dia clarísimo de la eternidad, que no le abscurece la noche, sino que siempre le alumbra la suma verdad: dia siempre alegre, siempre seguro, y siempre sin mudanza!

¡Oh si ya amaneciese este dia, y se acabasen todas estas cosas temporales!

Alumbra por cierto á los santos con una perpétua claridad, mas no así á los que están en esta peregrinacion, sino de lejos, y como en figura.

2 Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel dia: los desterrados hijos de Eva gimen de ver que éste sea tan amargo y lleno de tédio.

Los dias de este mundo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias, donde el hombre se ve manchado con muchos pecados, enredado en muchas pasiones, angustiado de muchos temores, ocupado con muchos cuidados, distraido con muchas curiosidades, complicado en muchas vanidades, envuelto en muchos errores, quebrantado con muchos trabajos: las tentaciones lo acosan, los placeres lo afeminan, la pobreza le atormenta.

3 ¡Oh, cuándo se acabarán todos estos males! ¡Cuándo me veré libre de la miserable servidumbre de los vicios!

¡Cuándo me acordaré, Señor, de tí solo! ¡Cuándo me alegraré cumplidamente en tí!

¡Cuándo estaré sin ningun impedimento en verdadera libertad, y sin ninguna molestia de alma y cuerpo!

¡Cuándo tendré firme paz, paz

imperturbable y segura; paz por dentro y por fuera; paz del todo permanente!

¡Oh buen Jesus! ¡cuándo estaré para verte! ¡cuándo contemplaré la gloria de tu reino! ¡cuándo me serás todo en todas las cosas!

¿Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual preparaste desde la eternidad para tus escogidos.

Me han dejado acá, pobre y desterrado en tierra de enemigos, donde hay contínuas peleas y grandes calamidades.

4 Consuela mi destierro, mitiga mi dolor, porque á tí suspira todo mi deseo. Todo el placer del mundo es para mí pesada carga.

Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo conseguirlo.

Deseo estar unido con las cosas celestiales; pero me abaten las temporales y las pasiones no mortificadas.

Con el espíritu quiero elevarme sobre todas las cosas; pero la

carne me violenta á estar debajo de ellas.

Así yo, hombre infeliz, peleo conmigo, y me soy enfadoso á mí mismo, viendo que el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

5 ¡Oh, cuánto padezco cuando revuelvo en mi pensamiento las cosas celestiales, y luego se me ofrece un tropel de cosas del mundo! Dios mio, no te alejes de mí, ni te desvíes con ira de tu siervo.

Resplandezca un rayo de tu claridad, y destruye estas tinieblas: envía tus saetas, y contúrbense todas las asechanzas del enemigo.

Recoge todos mis sentidos en tí: hazme olvidar todas las cosas mundanas: otórgame desechar y apartar de mí aun las sombras de los vicios.

Socórreme, verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna.

Ven, suavidad celestial, y huya de tu presencia toda torpeza.

Perdóname tambien, y mírame con misericordia todas cuantas veces pienso en la oracion alguna cosa fuera de tí.

Pues confieso ingénuamente que acostumbro estar muy distraido.

De modo que muchas veces no estoy alli donde se halla mi cuerpo en pie ó sentado, sino mas bien allá donde me lleva mi pensamiento.

Allí estoy donde está mi pensamiento: allí está mi pensamiento á menudo donde está lo que amo.

Al punto me ocurre lo que naturalmente deleita ó agrada por la costumbre.

6 Por lo cual tú, Verdad eterna, dijiste: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.*

Si amo el cielo, con gusto pienso en las cosas celestiales.

Si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades, y me entristezco con sus adversidades.

Si amo la carne, muchas veces pienso en las cosas carnales.

Si amo el espíritu, recréome en pensar cosas espirituales.

Porque de todas las cosas que amo, hablo y oigo con gusto, y llevo conmigo á mi casa las ideas de ellas.

Pero bienaventurado aquel que por tu amor dá repudio á todo lo criado, que hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, para que, serenada su conciencia, te ofrezca oracion pura, y sea digno de estar entre los coros angélicos, desechadas dentro y fuera de sí todas las cosas terrenas.

CAPITULO XLIX.

Del deseo de la vida eterna, y cuantos bienes están prometidos á los que pelean.

JESUCRISTO.

1 Hijo, cuando sientes en tí algun deseo de la eterna bienaventu-

ranza, y deseas salir de la carcel del cuerpo, para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, dilata tu corazon, y recibe con todo amor esta santa inspiracion.

Dá muchas gracias á la soberana bondad que así se digna favorecerte, visitarte con clemencia, moverte con eficacia, sostenerte con vigor, para que no te deslices por tu propio peso á las cosas terrenas.

Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó fuerzas, sino por solo el querer de la gracia soberana y del agrado divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te prepares para los combates que te han de venir, y trabajes por llegarte á mí de todo corazon, y servirme con ardiente voluntad.

2 Hijo, muchas veces arde el fuego, pero no sube la llama sin humo.

Así los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales; mas

aún no están libres del amor carnal.

Y por eso hacen tan poco por la honra de Dios puramente, aun lo que con gran deseo me piden.

Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad.

Pues no es puro ni perfecto lo que va inficionado de propio interés.

3 Pide, no lo que es para tí deleitable y provechoso, sino lo que es para mí aceptable y honroso; porque, si rectamente juzgas, debes seguir y anteponer mi voluntad á tu deseo, y á cualquiera cosa deseada.

Conozco tu deseo, y he oido tus contínuos gemidos.

Ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna, y la patria celestial llena de gozo; pero aún no es venida esa hora, aún resta otro tiempo; tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de prueba.

Deséas saciarte del sumo bien; mas no lo puedes alcanzar ahora.

Yo soy, espérame, dice el Señor, *hasta que venga el reino de Dios*.

14 Has de ser probado aún en la tierra, y ejercitado en muchas cosas.

Algunas veces serás consolado, pero no te será dada satisfaccion cumplida.

Esfuérzate, pues, y aliéntate así á hacer como á padecer cosas repugnantes á la naturaleza.

Conviene que te vistas de un hombre nuevo, y te vuelvas un varon constante.

Es preciso hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres.

Lo que agrada á otros, progresará: lo que á ti te contenta, no se hará.

Lo que dicen otros, será oido; lo que dices tú, será reputado por nada.

Pedirán otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás.

5 Otros serán grandes en boca de los hombres: de tí no se hará cuenta.

A otros se encargará éste ó aquel negocio: tú serás tenido por inútil.

Por esto se contristará alguna vez la naturaleza; y no harás poco si lo sufrieres callando.

En éstas y otras cosas semejantes es probado el siervo fiel del Señor, para ver como sabe negarse y mortificarse en todo.

Apenas se hallará cosa en que mas necesites morir á tí mismo, que en ver y sufrir cosas repugnantes á tu voluntad, principalmente cuando parece poco conforme y menos útil lo que te mandan hacer.

Y porque tú, siendo inferior, no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te parece cosa dura andar pendiente de la vo-

luntad de otro, y dejar tu propio parecer.

6 Mas considera, hijo, el fin cercano de estos trabajos, el fruto de ellos y su grandísimo premio; y no te serán pesados, sino un gran consuelo de tu paciencia.

Pues por esta poca voluntad, que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo.

Allí, pues, hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear.

Allí tendrás en tu poder todo el bien, sin miedo de perderlo.

Allí tu voluntad, unida con la mia para siempre, no apetecerá cosa alguna contraria ó propia.

Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, nadie te embarazará, nada se te opondrá; sino que todo cuanto deseares, lo disfrutarás junto, llenará y colmará tus deseos.

Allí te daré honor por la afren-

ta padecida, vestidura de gloria por la afliccion, y por el ínfimo lugar un trono en el reino eterno.

Allí se verá el fruto de la obediencia, aparecerá muy alegre el trabajo de la penitencia, y la humilde sumision será gloriosamente coronada.

7 Inclínate pues humildemente bajo la mano de todos, y no cuides de mirar quién lo dijo, ó quién lo mandó.

Sino procura con gran cuidado que, ya sea superior, ó inferior, ó igual el que algo te exigiere ó insinuáre, todo lo tengas por bueno, y cuides de cumplirlo con sincera voluntad.

Busque cada uno lo que quisiere; gloríese éste en esto, y aquel en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú no te alegres ni en esto ni en aquello, sino en el desprecio de tí mismo, y en sola mi voluntad y honra.

Una cosa debes desear, que en

vida ó en muerte sea Dios siempre glorificado en tí.

CAPITULO L.

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

EL ALMA.

1 Señor Dios, padre santo, ahora y para siempre seas bendito, que como tú quieres así se ha hecho, y lo que haces es bueno.

Alégrese tu siervo en tí, no en sí, ni en otro alguno; porque tú solo eres alegría verdadera: tú esperanza mia y corona mia: tú, Señor, eres mi gozo y mi premio.

¿Qué tiene tu siervo sino lo que recibió de tí, aun sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y hecho conmigo.

Pobre soy y lleno de trabajos desde mi juventud; y mi alma se entristece algunas veces hasta llorar; y otras veces se turba consi-

go por las pasiones que le acosan.

2 Deseo el gozo de la paz: la paz de tus hijos pido, que son recreados por tí en la luz de la consolacion.

Si me das paz, si derramas en mí tu santo gozo, estará el alma de tu siervo llena de alegría, y devota para alabarte.

Pero si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus mandamientos, sino que hincará las rodillas para herir su pecho; porque no le vá como los dias anteriores, cuando resplandecia tu luz sobre su cabeza, y era defendida de las tentaciones impetuosas debajo de la sombra de tus alas.

3 Padre justo y siempre laudable, llegó la hora en que tu siervo debe ser probado.

Padre amable, justo es que tu siervo padezca algo por tí en esta hora.

Padre para siempre adorable, ya

ha llegado la hora que habias previsto desde la eternidad, en la cual tu siervo esté abatido en lo exterior un corto tiempo; mas para que viva siempre interiormente contigo.

Despreciado sea y humillado un poco, y decaiga delante de los hombres; sea consumido de pasiones y enfermedades, para que vuelva nuevamente á verse contigo en la aurora de una nueva luz, y sea ilustrado en las cosas celestiales.

Padre santo! así lo ordenaste tú, así lo quisiste; y lo que mandaste se ha hecho.

4 Esta es pues la gracia que haces á tu amigo, que padezca, y sea atribulado por tu amor en este mundo por cualquiera, y cuantas veces lo permitieres.

Sin tu consejo y providencia y sin causa, nada se hace en la tierra.

Bueno es para mí, Señor, que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones, y des-

tierre de mi corazon toda soberbia y presuncion.

Provechoso es para mí que la confusion haya cubierto mi rostro, para que así te busque á tí, y no á los hombres para consolarme.

Tambien aprendí en esto á temblar de tu inescrutable juicio, que afliges así al justo como al impío; aunque no sin equidad y justicia.

5 Gracias te doy porque no me escaseaste los males; sino que me affligiste con amargos azotes, enviándome dolores y angustias interiores y exteriores.

No hay quien me consuele debajo del cielo, sino tú, Señor Dios mio, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, pones en graves tormentos y libras de ellos.

Sea tu correccion sobre mí, y tu mismo castigo me enseñará.

6 Padre amado, vesme aqui en tus manos, yo me inclino bajo la vara de tu correccion.

Hiere mis espaldas y mi cerviz,

para que enderece mis torcidas inclinaciones á tu voluntad.

Hazme piadoso y humilde discípulo, como sueles hacerlo, para que ande siempre pendiente de tu voluntad.

Me entrego enteramente á tí con todas mis cosas para que las corrijas. Mas vale ser corregido aquí que en la otra vida.

Tú sabes todas y cada una de las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia.

Antes que suceda sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te enseñe ó avise de las cosas que se hacen en la tierra.

Tú sabes lo que conviene para mi adelantamiento, y cuánto me aprovecha la tribulacion para limpiar el orin de los vicios.

Haz conmigo tu voluntad y gusto, y no deseches mi vida pecaminosa, á ninguno mejor ni mas claramente conocida que á tí solo.

7 Concédeme, Señor, saber lo que

se debe saber; amar lo que se debe amar; alabar lo que á tí es agradable, estimar lo que te parece precioso; aborrecer lo que á tus ojos es feo.

No permitas que juzgue segun la vista de los ojos exteriores, ni que sentencie segun el oido de los hombres ignorantes; sino dame gracia para que pueda discernir con verdadero juicio entre lo visible y lo espiritual, y sobre todo buscar siempre la voluntad de tu divino beneplácito.

8 Muchas veces se engañan los hombres en sus opiniones y juicios, y los mundanos se engañan tambien en amar solamente lo visible.

¿Qué tiene de mejor el hombre porque otro le alabe?

El falaz engaña al falaz, el vano al vano, el ciego al ciego, el enfermo al enfermo cuando lo ensalza; y verdaderamente mas le confunde cuando vanamente le alaba.

Porque cuanto es cada uno en

tus ojos, tanto es y no mas, dice el humilde san Francisco.

CAPITULO LI.

Que debemos emplearnos en ejercicios humildes cuando no podemos en los sublimes.

JESUCRISTO.

1 Hijo, no puedes permanecer siempre en el deseo fervoroso de las virtudes, ni perseverar en el mas alto grado de la contemplacion; sino que es necesario, por el vicio original, que desciendas alguna vez á cosas bajas, y tambien á llevar la carga de esta vida corruptible, aunque te pese y fastidie.

Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás tedio é inquietud de corazon.

Es preciso pues, mientras vives en carne, gemir muchas veces por el peso de la carne; porque no puedes ocuparte perfectamente en los

ejercicios espirituales y en la divina contemplacion.

2 Entonces conviene que te emplees en ejercicios humildes y exteriores, consolándote con hacer buenas obras; y espera mi venida y la visita del cielo con firme confianza: sufre con paciencia tu destierro, y la sequedad de espíritu, hasta que otra vez yo te visite, y seas libre de toda congoja.

Porque te haré olvidar las penas, y que goces de gran serenidad interior.

Yo extenderé delante de tí los prados de las escrituras, para que dilatado tu corazon, corras la carrera de mis mandamientos.

Entonces dirás: *No son comparables las penas de este tiempo con la gloria que se nos descubrirá.*

CAPITULO LII.

Que el hombre no se repute por digno de consuelo, sino de castigo.

EL ALMA.

1 Señor, no soy digno de tu consolacion, ni de ninguna visita espiritual; y por eso justamente lo haces conmigo, cuando me dejas pobre y desconsolado.

Porque aunque yo pudiese derramar un mar de lágrimas, aún no merecería tu consuelo.

Por eso yo soy digno de ser afligido y castigado; porque te ofendí gravemente y muchas veces, y pequé mucho, y de muchas maneras.

Así que, bien mirado, no soy digno de la menor consolacion.

Mas tú, Dios clemente y misericordioso, que no quieres que tus obras perezcan, para manifestar las riquezas de tu bondad en los

vasos de misericordia, aun sobre todo merecimiento, tienes por bien de consolar á tu siervo de un modo sobrenatural.

Porque tus consolaciones no son ilusorias como las humanas.

2 ¿Qué he hecho, Señor, para que tú me dieses ninguna consolacion celestial?

Yo no me acuerdo haber hecho ningun bien; sino que he sido siempre inclinado á vicios, y muy perezoso para enmendarme.

Esto es verdad, y no puedo negarlo. Si dijese otra cosa, tú estarías contra mí, y no habría quien me defendiese.

¿Qué he merecido por mis pecados, sino el infierno y el fuego eterno?

Conozco en verdad que soy digno de todo escarnio y menosprecio, ni merezco ser contado entre tus devotos.

Y aunque me incomode este lenguage, no dejaré de acusar mis pe-

cados contra mí, y en favor de la verdad, para que mas facilmente merezca alcanzar tu misericordia.

3 ¿Qué diré yo, pecador, y lleno de toda confusion?

No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: *Pequé Señor, pequé: ten misericordia de mí; perdóname.*

Déjame un poco para que llore mi dolor, antes que vaya á la tierra tenebrosa y cubierta de obscuridad de muerte.

¿Qué es lo que principalmente exiges del culpable y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados?

De la verdadera contricion y humildad de corazon nace la esperanza de ser perdonado, se reconcilia la conciencia turbada, repárase la gracia perdida, se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en santa paz Dios y el alma contrita.

4 Señor, el humilde arrepenti-

miento de los pecados es para tí sacrificio muy acepto, que huele mas suavemente en tu presencia, que el incienso.

Este es tambien el ungüento agradable que tú quisiste que se derramase sobre tus sagrados pies; porque nunca desechaste el corazon contrito y humillado.

Allí está el lugar del refugio para el que huye del enemigo: allí se enmienda y limpia lo que en otro lugar se erró y se manchó.

CAPITULO LIII.

La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas.

JESUCRISTO.

1 Hijo, mi gracia es preciosa, no admite mezcla de cosas extrañas, ni de consolaciones terrenas.

Conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas que se te infunda.

Busca lugar secreto para tí; desea estar á solas contigo; deja las conversaciones, y ora devotamente á Dios, para que te dé compuncion de corazon y pureza de conciencia.

Reputa por nada todo el mundo, y prefiere á todas las cosas exteriores el ocuparte en Dios.

Porque no podrás ocuparte en mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio.

Conviene desviarse de conocidos y de amigos, y tener el espíritu retirado de todo placer temporal.

Así desea que se abstengan todos los fieles cristianos el apóstol san Pedro, portándose como extrangeros y peregrinos en este mundo.

2 ¡Oh cuánta confianza tendrá en la muerte aquel que no tiene aficion á cosa alguna de este mundo!

Pero tener así el corazon desprendido de todas las cosas, no lo alcanza el alma todavía enferma;

ni el hombre carnal conóce la libertad del hombre espiritual.

Mas si quiere ser verdaderamente espiritual, es preciso que renuncie á los extraños y á los allegados, y que de nadie se guarde mas que de sí mismo.

Si á tí te vences perfectamente, todo lo demas lo sujetarás con mas facilidad.

La perfecta victoria es vencerse á sí mismo.

Porque el que se tiene sujeto á sí mismo, de modo que la sensualidad obedezca á la razon, y la razon me obedezca á mí en todo, este es verdaderamente vencedor de sí, y señor del mundo.

3 Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y poner la segúr á la raiz, para que arranques y destruyas la oculta desordenada inclinacion que tienes á tí mismo, y á todo bien propio y corporal.

De este amor desordenado que

se tiene el hombre á sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer radicalmente: vencido y señoreado este mal, luego hay gran paz y sosiego.

Pero porque pocos trabajan en morir perfectamente á sí mismos, y no salen enteramente de su propio amor, por eso se quedan envueltos en sus afectos, y no se pueden levantar sobre sí en espíritu.

Mas el que desea andar libre conmigo, es necesario que mortifique todas sus malas y desordenadas aficiones, y que no se pegue á criatura alguna con amor apasionado.

CAPITULO LIV.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia.

JESUCRISTO.

1 Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contra-

rios y sutiles, de modo que con dificultad son conocidos sino por varones espirituales é interiormente alumbrados.

Todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad; por eso muchos se engañan con color del bien.

2 La naturaleza es astuta, atrae á sí á muchos, los enreda y engaña, y siempre se pone á sí misma por fin:

Mas la gracia anda sin doblez, se desvía de toda apariencia de mal, no pretende engañar, sino hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

3 La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estrechada, ni vencida, ni sometida de grado:

Mas la gracia estudia en la propia mortificacion, resiste á la sensualidad, quiere estar sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, apetece vivir

bajo una estrecha observancia, no codicia señorear á nadie; sino vivir y servir, y estar debajo de la mano de Dios: por Dios está pronta á obedecer con toda humildad á cualquiera criatura humana.

4 La naturaleza trabaja por su conveniencia, y tiene la mira á la utilidad que le puede venir:

Pero la gracia no considera lo que le es útil y conveniente, sino lo que aprovecha á muchos.

5 La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia:

Mas la gracia atribuye fielmente á solo Dios toda honra y gloria.

6 La naturaleza teme la confusion y el desprecio:

Pero la gracia se alegra en padecer injurias por el nombre de Jesus.

7 La naturaleza ama el ócio y la quietud corporal:

Mas la gracia no puede estar ociosa; antes abraza de buena voluntad el trabajo.

8 La naturaleza busca tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras:

Mas la gracia se deleita con cosas llanas y bajas, no desecha las ásperas, ni reusa el vestir ropas viejas.

9 La naturaleza mira lo temporal, y se alegra de las ganancias terrenas, entristécese del daño, y enójase de cualquier palabra injuriosa:

Pero la gracia mira lo eterno, no está pegada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se exaspera con las palabras ofensivas; porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde ninguna cosa perece.

10 La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que dá; ama sus cosas propias y particulares:

Mas la gracia es piadosa y comun para todos, huye la singularidad, conténtase con poco, tiene por mayor felicidad dar, que recibir.

11 La naturaleza nos inclina á las criaturas, á la propia carne, á la vanidad, y á las distracciones:

Pero la gracia nos lleva á Dios y á las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo, aborrece los deseos de la carne, refrena los pasos vanos, avergüénzase de parecer en público.

12 La naturaleza toma de buena gana cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos:

Pero la gracia en solo Dios se quiere consolar, y deleitarse en el sumo bien sobre todo lo visible.

13 La naturaleza, cuanto hace, es por su propia utilidad y conveniencia: no puede hacer cosa de valde; sino que espera alcanzar otro tanto, ó mas; ó sinó, alabanza ó favor por el bien que ha hecho; y desea que sean sus obras y sus dádivas muy ponderadas:

Mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio, sino á solo Dios; y de lo temporal

no quiere mas que cuanto basta para conseguir lo eterno.

14 La naturaleza se complace en sus muchos amigos y parientes, se gloría de su noble nacimiento y distinguido linage, halaga á los poderosos, lisonjea á los ricos, aplaude á los iguales:

Pero la gracia ama aun á los enemigos, y no se engríe por los muchos amigos; ni hace caso de su propio nacimiento y linage, si en él no hay mayor virtud.

Favorece mas al pobre que al rico; se acomoda mas bien al inocente que al poderoso; se alegra con el veraz, no con el engañoso.

Exhorta siempre á los buenos á que aspiren á gracias mejores, y se asemejen al Hijo de Dios por sus virtudes.

15 La naturaleza luego se queja de la necesidad y del trabajo:

Pero la gracia lleva con buen rostro la pobreza.

16 La naturaleza todo lo dirige

á sí misma, y por sí peléa y porfia:

Mas la gracia todo lo refiere á Dios, de donde originalmente mana; ningun bien se arroga ni se atribuye á sí misma. No porfía, ni prefiere su modo de pensar al de los otros; sino que en todo dictámen y opinion se sujeta á la sabiduría eterna y al divino exámen.

La naturaleza apetece saber secretos y oir novedades; quiere aparecer en público, y observar mucho por los sentidos; desea ser conocida, y hacer cosas de donde le proceda alabanza y fama:

Pero la gracia no cuida de oir cosas nuevas ni curiosas; porque todo esto nace de la corrupcion antigua, y no hay cosa nueva ni durable sobre la tierra.

Enseña á recoger los sentidos, á huir la vana complacencia y ostentacion, esconder humildemente lo que tenga digno de admiracion ó alabanza, y buscar en todas las cosas y en toda ciencia fruto

de utilidad, y la alabanza y honra de Dios.

No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas; sino que Dios sea glorificado en sus dones, que los dá todos con purísimo amor.

17 Esta gracia es una luz sobrenatural, y un don especial de Dios; y propiamente la marca de los escogidos, y la prenda de la salvacion eterna: la cual levanta al hombre de lo terreno á amar lo celestial, y de carnal lo hace espiritual.

Así que, cuanto mas apremiada y vencida es la naturaleza, tanto mayor gracia se infunde, y cada dia es reformado el hombre interior segun la imágen de Dios con nuevas visitaciones.

CAPITULO LV.

De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

EL ALMA.

1 Señor, Dios mio, que me criaste á tu imágen y semejanza, concédeme aquesta gracia, que declaraste ser tan grande y necesaria para la salvacion; á fin de que yo pueda vencer mi perversa naturaleza, que me arrastra á los pecados y á la perdicion.

Pues yo siento en mi carne la ley del pecado, que contradice á la ley de mi alma, y me lleva cautivo á obedecer en muchas cosas á la sensualidad; y no puedo resistir á sus pasiones, si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente infundida en mi corazon.

2 Necesaria es tu gracia, y grande gracia, para vencer la naturale-

za, inclinada siempre á lo malo desde su juventud.

Porque abatida en el primer hombre Adan, y viciada por el pecado, pasa á todos los hombres la pena de esta mancha; de suerte que la misma naturaleza, que fue criada por tí buena y derecha, ya se toma por el vicio y enfermedad de la naturaleza corrompida; porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la induce al mal y á lo terreno.

Pues la poca fuerza que le ha quedado, es como una centellita escondida en la ceniza.

Esta es la razon natural, cercada de grandes tinieblas; pero capaz todavía de juzgar del bien y del mal, y de discernir lo verdadero de lo falso; aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le parece bueno, ni usa de la perfecta luz de la verdad, ni tiene sanas sus aficiones.

3 De aquí viene, Dios mio, que

yo, segun el hombre interior, me deleito en tu ley, sabiendo que tus mandamientos son buenos, justos y santos; juzgando tambien que todo mal y pecado se debe huir.

Mas con la carne sirvo á la ley del pecado, obedeciendo mas á la sensualidad que á la razon.

Así es que yo quiero lo bueno; mas no hallo como ejecutarlo.

Así es tambien que propongo frecuentemente hacer muchas buenas obras; pero como falta la gracía para ayudar á mi flaqueza, con poca resistencia vuelvo atras y desfallezco.

Por la misma causa sucede que conozco el camino de la perfeccion, y veo con bastante claridad como debo obrar.

Mas agravado del peso de mi propia corrupcion, no me levanto á cosas mas perfectas.

4 ¡Oh cuán necesaria me es, Señor, tu gracia para comenzar el bien, continuarlo y perfeccionarlo!

Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; pero en tí todo lo puedo confortado con la gracia.

¡Oh gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los merecimientos propios, ni se han de estimar en algo los dones naturales!

Ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio ó la elocuencia valen delante de tí, Señor, sin tu gracia.

Porque los dones naturales son comunes á buenos y á malos; mas la gracia ó la caridad es don propio de los escogidos, y con ella se hacen dignos de la vida eterna.

Tan encumbrada es esta gracia, que ni el don de la profecía, ni el hacer milagros, ó algun otro saber, por sutíl que sea, es estimado en algo sin ella.

Ni aun la fé, ni la esperanza, ni las otras virtudes son aceptas á tí, sin caridad ni gracia.

5 ¡Oh beatísima gracia, que al pobre de espíritu lo haces rico en

virtudes, y al rico de muchos bienes vuelves humilde de corazon!

Ven, desciende á mí, lléname luego de tu consolacion, para que no desmaye mi alma de cansancio y sequedad de corazon.

Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, pues me basta, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea.

Si fuere tentado y atormentado de muchas tribulaciones, no temeré los males, estando tu gracia conmigo.

Ella es mi fortaleza, ella me dá consejo y favor.

Mucho mas poderosa es que todos los enemigos, y mucho mas sábia que todos los sábios.

6 Ella enseña la verdad, dá la ciencia, alumbra el corazon, consuela en las aflicciones, destierra la tristeza, quita el temor, alimenta la devocion, produce lágrimas afectuosas.

¿Qué soy yo sin ella, sino un

madero seco, y un tronco inútil y desechado?

Asístame pues, Señor, tu gracia para estar siempre atento á emprender, continuar y perfeccionar buenas obras, por tu hijo Jesucristo. Amen.

CAPITULO LVI.

Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la Cruz.

JESUCRISTO.

1 Hijo, cuanto puede salir de tí, tanto puedes pasarte á mí.

Así como no desear nada exteriormente, produce la paz interior; así el negarse interiormente, causa la union con Dios.

Quiero que aprendas la perfecta renuncia de tí mismo en mi voluntad, sin réplica ni queja.

Sígueme: *Yo soy camino, verdad, y vida.* Sin camino no hay por

donde andar: sin verdad, no podemos conocer: sin vida, no hay quien pueda vivir. Yo soy el camino que debes seguir, la verdad á quien debes creer, la vida que debes esperar.

Yo soy camino inviolable, verdad infalible, vida interminable.

Yo soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada.

Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la vida eterna.

2 Si quieres entrar á la vida, guarda mis mandamientos.

Si quieres conocer la verdad, créeme á mí.

Si quieres ser perfecto, vende todas las cosas.

Si quieres ser mi discípulo, niégate *á tí* mismo.

Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente.

Si quieres ser ensalzado en el

cielo, humíllate en el mundo.

Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo.

Porque solos los siervos de la cruz hallan el camino de la bienaventuranza y de la luz verdadera.

EL ALMA.

3 Señor, Jesus, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el mundo, concédeme que te imite en despreciar el mundo.

Pues no es mejor el siervo que su Señor, ni el discípulo superior al maestro.

Ejercítese tu siervo en tu vida, pues en ella está mi salud, y la santidad verdadera.

Cualquier cosa que fuera de ella oigo ó leo, no me recrea ni satisface cumplidamente.

JESUCRISTO.

4 Hijo, pues sabes esto y lo has leído todo, si lo hicieres, serás bienaventurado.

El que abraza mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama,

y yo le amaré, y me manifestaré á él, y le haré sentar conmigo en el reino de mi Padre.

EL ALMA

5 Señor, Jesus, como lo dijiste y prometiste, así se haga, y pueda yo merecerlo.

Recibí de tu mano la cruz, yo la llevaré hasta la muerte, así como tú me la pusiste. Verdaderamente la vida del buen monge es cruz; pero guia al paraiso.

Ya hemos comenzado; no se debe volver atrás, ni conviene dejarla.

6 Ea hermanos, vamos juntos, Jesus será con nosotros.

Por Jesus tomamos esta cruz, por Jesus perseveremos en ella.

Será nuestro ausiliador el que es nuestro capitan, y fue nuestro ejemplo.

Mirad á nuestro rey que va delante de nosotros, y peleará por nosotros.

Sigámosle varonilmente, nadie tema los terrores: estemos prepa-

rados á morir con ánimo en la batalla, y no demos tal afrenta á nuestra gloria, que huyamos de la cruz.

CAPITULO LVII.

No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas.

JESUCRISTO.

1 Hijo, mas me agradan la humildad y la paciencia en la adversidad, que el mucho consuelo y devocion en la prosperidad.

¿Por qué te entristece una pequeña cosa dicha contra tí?

Aunque mas fuera, no debieras inquietarte.

Mas ahora déjala pasar, porque no es la primera, ni nueva, ni será la última si mucho vivieres.

Harto esforzado eres cuando ninguna cosa contraria te viene.

Aconsejas bien, y sabes alentar á otros con palabras; pero cuando

viene á tu puerta alguna repentina tribulacion, luego te falta consejo y esfuerzo.

Mira tu gran fragilidad que experimentas á cada paso en pequeñas ocasiones: mas todo este mal que te sucede, redunda en tu salud.

2 Apártalo como mejor supieres de tu corazon; y si llegó á tocarte, no permitas que te abata, ni te lleve embarazado mucho tiempo.

Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

Y si oyes algo contra tu gusto, y te sientes irritado, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que pueda escandalizar á los inocentes.

Presto se aquietará el ímpetu excitado en tu corazon; y el dolor interior se dulcificará con la vuelta de la gracia.

Aún vivo yo (dice el Señor) dispuesto para ayudarte, y para consolarte mas de lo acostumbrado, si

confias en mí y me llamas con devocion.

3 Ten buen ánimo, y apercíbete para trances mayores.

Aunque te veas muchas veces atribulado, ó gravemente tentado, no por eso está ya todo perdido.

Hombre eres, y no Dios: carne, y no ángel.

¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, cuando le faltó al ángel en el cielo, y al primer hombre en el paraíso?

Yo soy el que levanta con entera salud á los que lloran, y traigo á mi divinidad los que conocen su flaqueza.

EL ALMA.

4 Señor, bendita sea tu palabra, dulce para mi boca mas que la miel y el panal.

¿Qué haria yo en tantas tribulaciones y angustias, si tú no me animases con tus santas palabras?

Con tal que al fin llegue yo al

puerto de la salvacion, ¿qué se me dá de cuanto hubiere padecido?

Dame buen fin; dame una dulce partida de este mundo.

Acuérdate de mí, Dios mio, y guíame por camino derecho á tu reino. Amen.

CAPITULO LVIII.

No se deben escudriñar las cosas altas, y los juicios ocultos de Dios.

JESUCRISTO

1 Hijo, guárdate de disputar de materias altas, y de los secretos juicios de Dios: por qué uno es desamparado, y otro tiene tantas gracias; por qué está uno muy afligido, y otro tan altamente ensalzado.

Estas cosas exceden á toda humana capacidad; y no basta razon ni disputa alguna para investigar el juicio divino.

Por eso, cuando el enemigo te

trajere esto al pensamiento, ó algunos hombres curiosos lo preguntáren, responde aquello del profeta: *Justo eres, Señor, y justo tu juicio.*

Y tambien: *Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos.*

Mis juicios han de ser temidos, no examinados; porque no se comprenden con entendimiento humano.

2 Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea mas santo, ó mayor en el reino de los cielos.

Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho: aumentan tambien la soberbia y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias, cuando uno quiere preferir imprudentemente un santo, y otro quiere á otro.

Querer saber é inquirir tales cosas, ningun fruto trae, antes desagrada mucho á los santos; porque

yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual consiste mas en la verdadera humildad, que en la propia estimacion.

3 Algunos con celo de amor se aficionan á unos santos mas que á otros; pero mas por afecto humano que divino.

Yo soy el que hice á todos los santos: yo les dí la gracia: yo les he dado la gloria.

Yo sé los méritos de cada uno: yo les previne con bendiciones de mi dulzura.

Yo conocí mis amados antes de los siglos: yo los escogí del mundo, y no ellos á mí.

Yo los llamé por gracia, y atraje por misericordia; yo los llevé por diversas tentaciones.

Yo les envié grandes consolaciones, les dí la perseverancia, coroné su paciencia.

4 Yo conozco al primero y al último.

Yo los abrazo á todos con amor inestimable.

Yo soy digno de ser alabado en todos mis santos, y ensalzado sobre todas las cosas: yo debo ser honrado por cada uno de cuantos he engrandecido y predestinado, sin preceder algun merecimiento suyo.

Por eso, quien despreciáre á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque yo hice al grande y al pequeño.

Y el que quisiere deprimir alguno de los santos, á mí me deprime y á todos los demas del reino de los cielos.

Todos son una misma cosa por vínculo de la caridad: todos tienen un mismo parecer y un mismo querer; y todos se aman recíprocamente.

5. Y sobre todo, mas me aman á mí que á sí mismos, y á todos sus merecimientos.

Porque elevados sobre sí, y libres de su propio amor, se pasan del todo al mio; y en él descansan y se regocijan con gozo inexplicable.

No hay cosa que los pueda apar-

tar ni declinar; porque llenos de la verdad eterna, arden en el fuego inextingible de la caridad.

Callen pues los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los santos, pues no saben amar sino los gozos particulares. Quitan y ponen segun su inclinacion, no como agrada á la eterna verdad.

6 Muchos por efecto de ignorancia, especialmente los que se hallan con poca luz interior, con dificultad saben amar á alguno con perfecto amor espiritual.

Y aun los lleva mucho el afecto natural, y la amistad humana, con la cual se inclinan mas á unos que á otros; y así como sienten de las cosas terrenas, así imaginan de las celestiales.

Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos, y lo que saben los varones espirituales por la revelacion divina.

7 Guárdate pues, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden á tu alcance: de lo qué debes tratar es de que puedas ser siquiera el menor en el reino de Dios.

Y aunque uno supiese quién es mas santo que otro, ó el mayor en el reino del cielo, ¿de qué le serviria el saberlo, si no se humillase delante de mí por este conocimiento, y se levantase á alabar mas puramente mi nombre?

Mucho mas agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfeccion de los santos, que el que porfia cuál sea mayor ó menor santo.

Mejor es rogar á los santos con devotas oraciones y lágrimas, y con humilde corazon invocar su favor, que escudriñar sus secretos con inútil investigacion.

8 Ellos están cumplidamente con-

tentos, si los hombres saben contentarse y refrenar la vanidad de sus lenguas.

No se glorían de sus propios merecimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á mí; porque yo les dí todo cuanto tienen con mi infinita caridad.

Llenos están de tanto amor de la divinidad, y de tal abundancia de gozos, que ninguna parte de goria les falta, ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza.

Todos los santos, cuanto mas altos están en la gloria, tanto mas humildes son en sí mismos, y están mas cercanos á mí, y son mas amados de mí.

Por lo cual está escrito, que abatían sus coronas delante de Dios, y se postraron sobre sus rostros delante del Cordero, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

9 Muchos preguntan quién es el mayor en el reino de Dios, que no

saben si serán dignos de ser contados con los ínfimos.

Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor; donde todos son grandes, porque todos se llamarán y serán hijos de Dios.

El menor será grande entre mil; y el pecador de cien años morirá.

Pues cuando preguntaron los discípulos; quién fuese mayor en el reino de los cielos, tuvieron esta respuesta:

Si no os hiciéreis y os volviéreis como niños; no entrareis en el reino de los cielos. Por eso, cualquiera que se humilláre como niño, aquel será el mayor en el reino del cielo.

10 ¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse de voluntad con los pequeñitos; porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar!

¡Ay tambien de los ricos, que tienen aquí sus deleites; porque cuando entraren los pobres en el

reino de Dios, quedarán ellos fuera aullando y llorando á lágrima viva!

Alegraos los humildes, y regocijáos los pobres, que vuestro es el reino de Dios, si andais en el camino de la verdad.

CAPITULO LIX.

Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

EL ALMA.

1 Señor, cuál es mi confianza en esta vida? ó ¿cuál mi mayor contento de cuantos hay debajo del cielo?

¿Por ventura no eres tú mi Dios y Señor, cuyas misericordias no tienen número?

¿Donde me fue bien sin tí? ó ¿cuándo me pudo ir mal, estando tú presente?

Mas quiero ser pobre por tí, que rico sin tí.

Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin tí el cielo. Donde tu estás, allí está el cielo, y donde no, el infierno y la muerte.

A tí se dirige todo mi deseo, y por eso no cesaré de orar, gemir y clamar en pos de tí.

En fin yo no puedo confiar cumplidamente en alguno que me ayude oportunamente en mis necesidades, sino en tí solo, Dios mio.

Tú eres mi esperanza y mi confianza, tú mi consolador, y el amigo mas fiel en todo.

2 Todos buscan su interés, tú buscas solamente mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien.

Aunque algunas veces me dejas en diversas tentaciones y adversidades, todo lo ordenas para mi provecho; que sueles de mil modos probar tus escogidos.

En esta prueba debes ser tan amado y alabado, como si me col-

mases de consolaciones celestiales.

3 En tí pues, señor Dios, pongo toda mi esperanza y refugio: en tus manos dejo todas mis tribulaciones y angustias; porque fuera de tí todo es débil é inconstante.

Porque no me aprovecharán los muchos amigos, ni podrán ayudarme los defensores poderosos, ni los consejeros discretos darme respuesta conveniente, ni los libros doctos consolarme, ni cosa alguna preciosa librarme, ni algun lugar secreto y delicioso defenderme, si tú mismo no me ausilias, ayudas, esfuerzas, consuelas, enseñas y guardas.

4 Porque todo lo que parece conducente para tener paz y felicidad, es nada si tú estás ausente; ni dá sino una sombra de felicidad.

Tú eres pues fin de todos los bienes, centro de la vida, y abismo de sabiduría; y esperar en tí sobre todo, es grandísima consolacion para tus siervos.

A tí, Señor, levanto mis ojos; en tí confio, Dios mio, padre de misericordias.

Bendice y santifica mi alma con bendicion celestial, para que sea morada santa tuya, y silla de tu gloria eterna; y no haya en este templo tuyo cosa que ofenda los ojos de tu magestad soberana.

Mírame segun la grandeza de tu bondad, y segun la multitud de tus misericordias, y oye la oracion de este pobre siervo tuyo, desterrado lejos en la region de la sombra de la muerte.

Defiende y conserva el alma de este tu siervecillo entre tantos peligros de la vida corruptible; y acompañándola tu gracia, guíala por el camino de la paz á la patria de la perpetua claridad. Amen.

LIBRO CUARTO.



EXHORTACION DEVOTA

A LA SAGRADA COMUNION.

JESUCRISTO.

Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, y yo os aliviaré, dice el Señor.

El pan que yo daré, es mi carne, por la vida del mundo.

Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.

El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él.

Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.

CAPITULO I.

Con cuánta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

EL ALMA.

Estas son tus palabras, oh Jesus, Verdad eterna; aunque no fueron dichas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar.

¿Y pues son tuyas, y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud y con fé.

Tuyas son, pues tú la dijiste; y tambien son mias, pues las dijiste por mi bien.

Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean mas profundamente grabadas en mi corazon.

Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor: mas por otra parte mis propios pecados me espantan, y mi mala con-

ciencia me retrae de recibir tan altos misterios.

La dulzura de tus palabras me convida; mas la multitud de mis vicios me oprime.

2 Me mandas que me llegue á tí con gran confianza, si quiero tener parte contigo; y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria para siempre.

Dices: *Venid á mí todos los que teneis trabajos, y estais cargados, que yo os recrearé.*

¡Cuán dulces y amables son á los oidos del pecador estas palabras, por las cuales tú, Señor Dios mio, convidas al pobre y al mendigo á la comunion de tu santísimo cuerpo?

¿Mas quién soy yo, Señor, para que presuma llegarme á tí?

Veo que no cabes en los cielos de los cielos; y tú dices: ¡*Venid á mí todos*!

3 ¿Qué quiere decir esta tan piadosa dignacion, y este tan amistoso convite?

¿Cómo osaré llegarme yo, que no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar?

¿Cómo te hospedaré en mi habitacion yo que tantas veces ofendí tu benignísima presencia?

Los ángeles y arcángeles tiemblan; los santos y justos temen, ¡y tú dices: *Venid á mí todos*!

Si tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién lo creeria?

Y si tú no lo mandases, ¿quién osaria llegarse á tí?

4 Noé, varon justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo?

Moysés tu gran siervo, y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo para poner en ella las Tablas de la Ley; ¿y yo, criatura podrida, osaré recibirte tan facil-

mente á tí, hacedor de la ley, y dador de la vida?

Salomon, el mas sábio de los reyes de Israel, edificó en siete años en honor de tu nombre un magnífico templo.

Y celebró ocho dias la fiesta de su dedicacion, ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento con músicas y regocijos en el lugar que le estaba preparado.

Y yo miserable, y el mas pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, que dificilmente estoy con devocion media hora? Y ¡ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

5 ¡Oh Dios mio! ¿qué no hicieron aquellos por agradarte?

¡Mas ¡ay de mí! ¡cuán poco es *lo* que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la comunion? Rara vez estoy del todo recogido, y rarísima me veo libre de toda distraccion.

Y en verdad, que en tu saludable y divina presencia no debiera ocurrirme pensamiento alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna; porque no voy á hospedar á algun ángel, sino al Señor de los ángeles.

6 Ademas, hay grandísima diferencia entre el Arca del Testamento con cuanto contenia, y tu purísimo cuerpo con sus inefables virtudes: entre aquellos sacrificios de la ley antigua que figuraban los venideros, y el sacrificio verdadero de tu cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7 ¿Por qué pues no me inflamo mas en tu venerable presencia?

¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte en el sacramento, al ver que aquellos antiguos santos patriarcas y profetas, reyes y príncipes con todo el pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino?

8 El devotísimo rey David bailó con toda su fuerza delante del arca de Dios, acordándose de los beneficios hechos en otro tiempo á los padres: hizo diversos instrumentos músicos: compuso salmos, y ordenó que se cantasen con alegría; y aun él mismo los cantó frecuentemente al harpa, inspirado de la gracia del Espíritu-Santo: enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazon, y bendecirle y celebrarle cada dia con voces acordes.

Pues si tanta era entonces la devocion, y tanto se pensó en alabar á Dios delante del Arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devocion debo yo tener, y todo el pueblo cristiano, á presencia del sacramento al recibir el santísimo cuerpo de Cristo?

9 Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los santos, y se maravillan de oir sus hechos; miran los grandes edi-

ficios de los templos, y besan los sagrados huesos guardados en oro y seda.

Y tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mio, santo de los santos, Criador de los hombres, y Señor de los ángeles.

Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por la novedad y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda; mayormente cuando andan con liviandad de una parte á otra, sin contricion verdadera.

Mas aquí en el Sacramento del Altar estás todo presente, Jesus mio, Dios y hombre; en él se coge copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente.

Y á esto no nos trae ninguna liviandad ni curiosidad, ó sensualidad; sino la fe firme, la esperanza devota, y la pura caridad.

10 ¡Oh Dios invisible, Criador del

mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros! ¡Cuán suave y graciosamente te portas con tus escogidos, á quienes te ofreces á tí mismo en este sacramento para que te reciban!

Esto en verdad excede sobre todo entendimiento; esto especialmente cautiva los corazones de los devotos y enciende su afecto.

Porque los verdaderos fieles tuyos, que se disponen para enmendar toda su vida, de este sacramento dignísimo reciben continuamente grandísima gracia de devocion y amor de la virtud.

11 ¡Oh admirable y escondida gracia de este sacramento, la cual conocen solamente los fieles de Cristo! Pero los infieles y los que sirven al pecado, no la pueden gustar.

En este sacramento se dá gracia espiritual, se repara en el alma la virtud perdida, y reflorece la hermosura afeada por el pecado.

Tanta es algunas veces esta gracia, que de la abundante devocion que causa, no solo el alma, sino aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.

12 Pero es muy mucho de sentir y de llorar nuestra tibieza y negligencia, porque no nos movemos con mayor afecto á recibir á Cristo, en quien consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar.

Porque él es nuestra santificacion y redencion, él nuestro consuelo en esta peregrinacion, y el gozo eterno de los santos.

Y asi es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable sacramento, el cual alegra al cielo, y conserva al universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazon humano, que tan poco atiende á tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido á reparar menos en él!

14 Porque si este sacratísimo sacramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrase por un solo sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirían los hombres á aquel lugar y á aquel sacerdote de Dios para verle celebrar los divinos misterios?

Mas ahora hay muchos sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares, para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada comunion es mas liberalmente difundida por el mundo.

Gracias á tí, buen Jesus, pastor eterno, que te dignaste recrearnos á nosotros pobres y desterrados con tu precioso cuerpo y sangre; y tambien convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios, diciendo: *Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

CAPITULO II.

De la gran bondad y caridad de Dios que se manifiesta en este sacramento para con los hombres.

EL ALMA.

1 Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia, vengo yo enfermo al médico, hambriento y sediento á la fuente de la vida, pobre al rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado á mi piadoso consolador.

Mas ¿de dónde á mí tanto bien, que tú vengas á mí? ¿Quién soy yo para que te me des á ti mismo?

¿Cómo se atreve el pecador á parecer delante de tí? Y tú ¿cómo te dignas de venir al pecador?

Tú conoces á tu siervo, y sabes que ningun bien tiene por donde pueda merecer que tú le hagas este beneficio

Yo te confieso pues mi vileza,

reconozco tu bondad, alabo tu piedad, y te doy gracias por tu extremada caridad.

Pues así lo haces conmigo, no por mis merecimientos, sino por tí mismo, para darme á conocer mejor tu bondad; para que se me infunda mayor caridad, y se recomiende mas la humildad.

Pues así te agrada á tí, y así mandaste que se hiciese; tambien me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien: ojalá que no lo impida mi maldad.

2 ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesus! ¡cuánta reverencia y gracias acompañadas de perpetua alabanza te son debidas por habernos dado tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ningun hombre es capaz de explicar!

¿Mas qué pensaré en esta comunion, cuando quiero llegarme á mi Señor, á quien no puedo venerar debidamente, y sin embargo deseo recibir con devocion?

¿Qué cosa mejor y mas saludable pensaré, sino humillarme profundamente delante de tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí?

Yo te alabo, Dios mio, y deseo que seas ensalzado para siempre. Despréciome y me rindo á tu magestad en el abismo de mi bajeza.

3 Tú eres el santo de los santos, y yo la basura de los pecadores.

Tú te bajas á mí, que no soy digno de alzar los ojos para mirarte.

Tú vienes á mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas á tu mesa.

Tú me quieres dar á comer el manjar celestial, y el pan de los ángeles; que no es otra cosa por cierto sino tú mismo, pan vivo, que descendiste del cielo, y das vida al mundo.

4 ¡Cuánto es pues tu amor, cuál tu dignacion! ¡y cuántas gracias y alabanzas te son debidas por esto!

¡Oh cuán saludable y provecho-

so designio tuviste en la institucion de este sacramento! ¡cuán suave es, y cuán agradable este convite, en que te das á tí mismo por manjar!

¡Oh, cuán admirables son tus obras, Señor! ¡cuán poderosa tu virtud! ¡cuán infalible tu verdad!

Pues tú hablaste, y fue hecho el universo; y se hizo lo que tú mandaste.

5 Admirable cosa es, digno objeto de la fe, y superior al entendimiento humano que tú, Señor, Dios mio, verdadero Dios y hombre, eres contenido entero debajo de las especies de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe.

Tú, Señor de todo, que de nada necesitas, quisiste habitar entre nosotros por medio de este sacramento.

Conserva mi corazon y mi cuerpo sin mancha, para que con alegre y limpia conciencia pueda celebrar frecuentemente, y recibir

para mi eterna salvacion este digno misterio que ordenaste y estableciste principalmente para honra tuya, y memoria contínua.

6 Alégrate alma mia, y dá gracias á Dios por don tan excelente y consuelo tan singular que te fue dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio, y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redencion, y te haces participante de todos sus merecimientos.

Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua.

7 Por eso te debes preparar siempre con nueva devocion del alma, y pensar con atenta consideracion este gran misterio de salud.

Así te debe parecer tan grande, tan nuevo y agradable cuando celebras ú oyes misa, como si fuese el mismo dia en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Vir-

gen se hizo hombre; ó aquel en que puesto en la Cruz padeció y murió por la salud de los hombres.

CAPITULO III.

Que es provechoso comulgar con frecuencia.

EL ALMA.

1 A tí vengo, Señor, para disfrutar de tu don sagrado, y regocijarme en tu santo convite, que en tu dulzura preparaste, Dios mio, para el pobre.

En tí *está* cuanto puedo y debo desear: tú eres mi salud y redencion, mi esperanza y fortaleza, mi honor y mi gloria.

Alegra pues hoy el alma de tu siervo, porque á tí, Jesus mio, he levantado mi espíritu.

Deseo yo recibirte ahora con devocion y reverencia: deseo hospedarte en mi casa. de manera que merezca como Zaquéo tu bendi-

cion, y ser contado entre los hijos de Abrahan.

Mi alma anhela tu sagrado cuerpo, mi corazon desea ser unido contigo.

2 Dáte, Señor, á mí, y me basta; porque sin tí ninguna consolacion satisface.

Sin tí no puedo existir; y sin tu visitacion no puedo vivir.

Por eso me conviene llegarme muchas veces á tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino si fuere privado de este manjar celestial.

Pues tú, benignisimo Jesus, predicando á los pueblos, y curando diversas enfermedades, dijiste: *No quiero consentir que se vayan ayunos á su casa, porque no desmayen en el camino.*

Haz pues ahora conmigo de esta suerte; pues te quedaste en el sacramento para consolacion de los fieles.

Tú eres suave alimento del alma; y quien te comiere dignamente,

será participante y heredero de la gloria eterna.

Yo que tantas veces caigo y peco, tan presto me entibio y desmayo, necesito verdaderamente renovarme, purificarme y alentarme por la frecuencia de oraciones y confesiones, y de la sagrada participacion de tu cuerpo; no sea que absteniéndome de comulgar por mucho tiempo, decaiga de mi santo propósito.

3 Porque las inclinaciones del hombre son hácia lo malo desde su juventud; y si no le socorre la medicina celestial, al punto va de mal en peor.

Así es que la santa comunion retrae de lo malo, y conforta en lo bueno.

Y si ahora que comulgo ó celebro soy tan negligente y tibio, ¿qué sucederia si no tomase tal medicina, y si no buscase auxilio tan grande?

Y aunque no esté preparado ca-

da dia, ni bien dispuesto para celebrar, procuraré sin embargo recibir los divinos misterios en los tiempos convenientes, para hacerme participante de tanta gracia.

Porque el principal consuelo del alma fiel, mientras peregrina unida á este cuerpo mortal, es acordarse frecuentemente de su Dios, y recibir á su amado con devoto corazon.

4 ¡Oh admirable dignacion de tu clemencia para con nosotros, que tú Señor Dios, Criador y vivificador de todos los espíritus, te dignas de venir á una pobrecilla alma y satisfacer su hambre con toda tu divinidad y humanidad!

¡Oh feliz espíritu y dichosa alma la que merece recibir con devocion á su Dios y Señor, y rebosar asi de gozo espiritual!

¡Oh qué Señor tan grande recibe, qué huésped tan amable aposenta, qué compañero tan agradable admite, qué amigo tan fiel eli-

ge, qué esposo abraza tan noble y tan hermoso; y mas amable que todo cuanto se puede amar ni desear!

Callen en tu presencia, mi dulcísimo amado, el cielo y la tierra con todo su ornato; porque todo cuanto tienen de esplendor y de hermosura lo han recibido de tu beneficencia; y nunca pueden aproximarse á la gloria de tu nombre, cuya sabiduría es infinita.

CAPITULO IV.

De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.

EL ALMA

1 Señor, Dios mio, preven á tu siervo con las bendiciones de tu dulzura, para que merezca llegar digna y devotamente á tu sublime sacramento.

Mueve mi corazon hácia tí, y

sácame de este grave entorpecimiento: visítame con tu gracia saludable para que pueda gustar en espíritu tu suavidad, cuya abundancia se halla en este sacramento como en su fuente.

Alumbra tambien mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio; y esfuérzame para creerlo con firmísima fé.

Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institucion tuya, y no invencion de hombres.

Ninguno ciertamente es capaz por *sí mismo* de entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden.

Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

2 Señor, con sencillez de corazon, con fè firme y sincera, y por mandado tuyo me acerco á tí con reverencia y confianza; y creo verdaderamente que estás aquí presente en el sacramento

como Dios y como hombre.

Pues quieres, Señor, que yo te reciba, y que me una contigo en caridad:

Por eso suplico á tu clemencia, y pido la gracia especial de que todo me deshaga en tí, y rebose de amor, y que no cuide ya de ninguna otra consolacion.

Porque este altísimo y dignísimo sacramento es la salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen ó disminuyen, dáse mayor gracia, la virtud comenzada crece: confírmase la fé, esfuérzase la esperanza, y se enciende y dilata la caridad.

3 Porque muchos bienes has dado y das siempre en este sacramento á tus amados, que devotamente comulgan, Dios mio, huésped de mi alma, reparador de la enfermedad humana, y dador de toda consolacion interior.

Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á esperar tu proteccion, y con una nueva gracia los recreas y alumbras interiormente; y asi los que antes de la comunion estaban inquietos y sin devocion, despues recreados con este sustento celestial se hallan muy mejorados.

Y esto lo haces de gracia con tus escogidos, para que conozcan verdaderamente, y experimenten á las claras cuánta flaqueza tienen en sí mismos, y cuán grande bondad y gracia alcanzan de tu clemencia. Porque siendo por sí mismos frios, duros, é indevotos, de tí reciben el estar fervorosos, devotos y alegres.

¿Pues quién llegando humildemente á la fuente de la suavidad, no vuelve con algo de dulzura? O ¿quién está cerca de algun gran fuego, que no reciba algun calor?

Tú eres fuente llena, que siempre mana y rebosa; fuego que de contínuo arde y nunca se apaga.

4 Por esto, si no me es dado sacar agua de la abundancia de la fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la boca del caño celestial, para que á lo menos reciba de allí alguna gotilla, para templar mi sed, y no secarme enteramente.

Y si no puedo ser todo celestial, y tan abrasado como los querubines y serafines, trabajaré á lo menos por hacerme devoto, y disponer mi corazon para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio, mediante la humilde comunion de este vivífico sacramento.

Pero todo lo que me falta, buen Jesus, salvador santísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar á todos, diciendo: *Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais*

cargados, que yo os recrearé.

5 Yo pues trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor de corazon, estoy cargado de pecados, combatido de tentaciones, envuelto y oprimido de muchas pasiones; y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino tú, Señor Dios, Salvador mio, á quien me encomiendo, y todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna.

Recíbeme para honra y gloria de tu nombre; pues me dispusiste tu cuerpo y sangre en manjar y bebida.

Concédeme, Señor Dios, Salvador mio, que crezca el afecto de mi devocion con la continuacion de este misterio.

CAPITULO V.

De la dignidad del sacramento, y del estado sacerdotal.

EL AMADO.

1 Aunque tuvieses la pureza de los ángeles, y la santidad de san Juan Bautista, no serías digno de recibir ni manejar este sacramento.

Porque no cabe en merecimiento humano, que el hombre consagre y tenga en sus manos el sacramento de Cristo, y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio, y grande es la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles.

Pues solos los sacerdotes ordenados en la iglesia tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo.

El sacerdote es ministro de Dios,

cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenacion; mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, á cuya voluntad todo está sujeto, y á cuyo mandamiento todo obedece.

2 Así pues, debes creer á Dios todopoderoso en este sublime sacramento mas que á tus propios sentidos y á las señales visibles.

Y por eso debe el hombre llegar á este misterio con temor y reverencia.

Reflexiona sobre tí mismo, y mira qué tal es el ministerio que te ha sido encomendado por la imposicion de las manos del obispo.

Has sido hecho sacerdote y ordenado para celebrar: cuida pues de ofrecer á Dios este sacrificio con fé y devocion en el tiempo conveniente, y de mostrarte irreprensible.

No has aliviado tu carga; antes bien estás atado con mas estrecho vínculo, y obligado á mayor perfeccion de santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida.

Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes; sino como el de los ángeles en el cielo, ó el de los varones perfectos en la tierra.

3 El sacerdote vestido de las vestiduras sagradas, tiene el lugar de Cristo para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo.

Él tiene la señal de la cruz de Cristo delante de sí, y en las espaldas, para que continuamente tenga memoria de su sacratísima Pasion.

Delante de sí en la casulla trae la cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo, y estudie en seguirle con fervor.

En las espaldas está tambien señalado de la cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualquiera injuria que otro le hiciere.

La cruz lleva delante, para que llore sus pecados: y detrás la lleva para llorar por compasion los agenos, y para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina.

Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los ángeles, y edifica á la iglesia, ayuda á los vivos, dá descanso á los difuntos, y hácese participante de todos los bienes.

CAPITULO VI.

Ejercicio para antes de la comunion.

EL ALMA.

1 Señor, cuando pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y me hallo confuso.

Porque si no me llego á tí, huyo de la vida; y si indignamente

me atrevo, incurro en tu ofensa.

¿Pues qué haré, Dios mio, ayudador mio, consejero mio en las necesidades?

2 Enséñame tú el camino derecho: proponme algun ejercicio conveniente para la sagrada comunion.

Porque es útil saber de qué modo deba yo preparar mi corazon devotamente y con reverencia, para recibir saludablemente tu sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPITULO VII.

Del exámen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda.

EL AMADO.

1 Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, manejar y recibir este sacramento con grandísima

humildad de corazon, y con devota reverencia, con entera fé, y con piadosa intencion de la honra de Dios.

Examina diligentemente tu conciencia, y segun tus fuerzas límpiala y adórnala con verdadero dolor y humilde confesion; de manera que no tengas ó sepas cosa grave que te remuerda y te impida llegar libremente al sacramento.

Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y por las faltas diarias duélete y gime mas particularmente.

Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios todas las miserias de tus pasiones en lo secreto de tu corazon.

2 Llora y duélete de que aún eres tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencia:

Tan poco diligente en la guarda de los sentidos exteriores; tan en-

vuelto muchas veces en vanas imaginaciones:

Tan inclinado á las cosas exteriores; tan negligente en las interiores:

Tan fácil á la risa y á la disipacion; tan duro para las lágrimas y la compuncion:

Tan dispuesto á la relajacion y regalos de la carne; tan perezoso al rigor y al fervor:

Tan curioso para oir novedades y ver cosas hermosas; tan remiso en abrazar las humildes y despreciadas:

Tan codicioso de tener mucho, tan encogido en dar, tan avariento en retener.

Tan inconsiderado en hablar, tan poco detenido en callar; tan descompuesto en las costumbres, tan indiscreto en las obras:

Tan desordenado en el comer; tan sordo á las palabras de Dios:

Tan presto para holgarte; tan tardío para trabajar:

Tan despierto para oir hablillas y cuentos, y tan soñoliento para velar en oracion:

Tan impaciente por llegar al fin, y tan vago en la atencion:

Tan negligente en el rezo; tan tibio en la misa; tan indevoto en la comunion:

Tan á menudo distraido; tan raras veces enteramente recogido:

Tan prontamente conmovido á la ira; tan fácil para disgustar á los demas:

Tan propenso á juzgar; tan riguroso en reprender:

Tan alegre en la prosperidad; tan abatido en la adversidad:

Tan fecundo en buenos propósitos, y tan estéril en ponerlos por obra.

3 Despues de haber confesado y llorado estos y otros defectos con dolor y gran disgusto de tu propia fragilidad, propon firmemente de enmendar siempre tu vida, y mejorarla de alli adelante.

En seguida, abandonándote á mí con absoluta y entera voluntad, ofrécete á tí mismo para gloria de mi nombre en el altar de tu corazon, como sacrificio perpetuo, encomendándome á mí con entera fé el cuidado de tu cuerpo y de tu alma.

Para que de esta manera merezcas llegar dignamente á ofrecer el santo sacrificio, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo.

4 Pues no hay ofrenda mas digna, ni mayor satisfaccion para borrar los pecados, que ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios, con el sacrificio del cuerpo de Cristo en la misa y comunion.

Si el hombre hiciere lo que está de su parte, y se arrepintiere verdaderamente; cuantas veces acudiere á mí por perdon y gracia: *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; por*

que no me acordaré mas de sus pecados; sino que todos le serán perdonados.

CAPITULO VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion.

JESUCRISTO.

1 Así como yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados á Dios Padre con las manos extendidas en la cruz, y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios:

Asi debes tú tambien ofrecérteme cada dia en la misa en ofrenda pura y santa, cuanto mas entrañablemente puedas, con toda tu voluntad, y con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa quiero de tí mas que el que te entregues á mí sin reserva?

Cualquier cosa que me des sin tí, no gusto de ella; porque no quiero tu don, sino á tí mismo.

2 Así como no te bastarian todas las cosas sin mí; así no puede agradarme á mí cuanto me ofrecieres sin tí.

Ofrécete á mí y dáte todo por Dios, y será muy acepto tu sacrificio.

Mira como yo me ofrecí todo al Padre por tí; y tambien te dí todo mi cuerpo y sangre en manjar, para ser todo tuyo, y que tú quedases todo mio.

Mas si tú estás pegado á tí mismo, y no te ofreces de buena gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la union.

Por eso á todas tus obras debe preceder el ofrecimiento voluntario de tí mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia.

Porque por eso tan pocos se ha-

cen varones ilustrados y libres en lo interior, porque no saben del todo negarse á sí mismos.

Esta es mi firme sentencia: Que no puede ser mi discípulo el que no renunciáre todas las cosas. Por lo cual, si tú deseas serlo, ofrécete-me con todos tus deseos.

CAPITULO IX.

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos.

EL ALMA.

1 Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra.

Yo deseo ofrecérteme de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre.

Señor, con sencillez de corazon me ofrezco hoy á tí por siervo perpétuo, en obsequio y sacrificio de eterna alabanza.

Recíbeme con este santo sacrificio de tu precioso cuerpo que te

ofrezco hoy en presencia de los ángeles que están asistiendo invisiblemente, para que lo recibas por mi salud y la de todo el pueblo.

2 Señor, yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados y delitos, cuantos he cometido en tu presencia y de tus santos ángeles desde el dia que comencé á pecar hasta hoy, para que tú los abrases todos juntos, y los quemes con el fuego de tu caridad, quites todas las manchas de ellos, limpies mi conciencia de todo delito, y me vuelvas á tu gracia que perdí por el pecado, perdonándomelos todos enteramente, y admitiéndome misericordiosamente al ósculo de tu paz y amistad.

3 ¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando é implorando tu misericordia sin cesar?

Yo la imploro pues en tu divino acatamiento; óyeme propicio, Dios mio.



Aborrezco mucho todos mis pecados, y no quiero ya cometerlos jamas: antes arrepentido y pesaroso de ellos mientras viviere, estoy dispuesto para hacer penitencia, y satisfacer segun mis fuerzas.

Perdona, oh Dios, perdona mis pecados por tu santo nombre: Salva mi alma que redimiste con tu preciosa sangre.

Vesme aquí que me encomiendo á tu misericordia, me entrego en tus manos.

Haz conmigo segun tu bondad, y no segun mi malicia é iniquidad.

4 Tambien te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque muy pocos é imperfectos, para que tú los enmiendes y santifiques, para que los hagas agradables y aceptos á tí, y siempre los mejores; y á mí hombrezuelo inútil y perezoso me lleves á un santo y bienaventurado fin.

5 Tambien te ofrezco todos los santos deseos de los devotos, y las

necesidades de mis parientes, amigos, hermanos y de todos mis conocidos, y de cuantos me han hecho bien á mí y á otros por tu amor;

Y de todos los que desearon y pidieron que yo orase, ó dijese misa por ellos, y por todos los suyos vivos y difuntos.

Para que todos sientan el favor de tu gracia, el auxilio de tu consolacion, la proteccion en los peligros, y el alivio en los trabajos; para que libres de todos los males, te den muy alegres y cordialísimas gracias.

6 Tambien te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciacion, especialmente por los que en algo me han enojado ó vituperado, ó me han hecho algun daño ó agravio.

Y por todos los que yo enojé, turbé, agravié y escandalicé, por palabra, por obra, por ignorancia, ó advertidamente.

Para que tú nos perdones á to-

dos nuestros pecados y ofensas recíprocas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda mala sospecha, toda ira, indignacion y contienda, y cuanto pueda estorbar la caridad, y disminuir el amor del prójimo.

Misericordia, misericordia, Señor, dá tu misericordia á los que la piden, y tu gracia á los que la necesitan, y haz que vivamos de tal modo que seamos dignos de gozar tu gracia, y que aprovechemos para la vida eterna. Amen.

CAPITULO X.

No se debe dejar fácilmente la sagrada comunion.

JESUCRISTO.

1 Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la misericordia divina; á la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas sanar de tus pasiones y vi-

cios, y merezcas hacerte mas fuerte y mas despierto contra todas las tentaciones y engaños del demonio.

El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada comunion, trabaja cuanto puede sin perder medio ni ocasion por retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2 Así sucede con algunos, que cuando piensan en prepararse para la sagrada comunion, entonces padecen peores tentaciones de Satanás que antes.

Este espíritu maligno se mete entre los hijos de Dios, como se dice en el libro de Job, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos excesivamente tímidos y perplejos; y de este modo entibiar su devocion, ó quitarles la fé con las impugnaciones que les sugiere, por si acaso consigue así que dejen del todo la comunion, ó se lleguen á ella con tibieza.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y tentaciones, por mas torpes y espantosas que sean, sino rechazar contra él mismo los fantasmas abominables que nos representa.

Despreciarse debe este desdichado, y burlarse de él; y no dejar la sagrada comunion por todos sus acometimientos, y por las turbaciones que levantáre.

3 Muchas veces estorba tambien la demasiada ansia de tener devocion, y cierta inquietud por confesarse bien.

Haz en esto lo que te aconsejen los sábios, y deja el ansia y el escrúpulo, porque impide la gracia de Dios, y destruye la devocion del alma.

No dejes la sagrada comunion por alguna pequeña tribulacion ó pesadumbre; sino vete luego á confesar, y perdona de buena gana todas las ofensas que te han hecho.

Y si tú has ofendido á alguno,

pídele perdon con humildad, y Dios te perdonará tambien de buena voluntad.

4 ¿De qué sirve retardar mucho la confesion, ó diferir la sagrada comunion?

Límpiate cuanto antes, escupe luego el veneno, toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo.

Si hoy la dejas por alguna causa, mañana te puede acaecer otra mayor; y así te apartarás mucho tiempo de la comunion, y despues estarás menos dispuesto.

Lo mas presto que pudieres sacude tu pereza é inaccion: porque nada se gana con angustiarse é inquietarse largo tiempo, y apartarse del divino sacramento por obstáculos diarios.

Al contrario, daña mucho el dilatar demasiado la comunion; porque esto suele causar un grave entorpecimiento.

Pero ¡oh dolor! Algunos tibios y

disipados dilatan con gusto la confesion, y desean retardar la sagrada comunion, por no verse obligados á guardar su alma con mayor cuidado.

5 ¡Oh cuán poca caridad y flaca devocion tienen los que tan facilmente dejan la sagrada comunion!

¡Cuán bienaventurado es, y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y guarda su conciencia con tanta pureza, que esté dispuesto á comulgar cada dia, y muy deseoso de hacerlo así, si le conviniese y no fuese notado!

El que se abstiene algunas veces por humildad ó por alguna causa legítima, es de alabar por su respeto.

Mas si poco á poco le entráre la tibieza, debe despertarse á sí mismo, y hacer lo que esté de su parte, y el Señor ayudará su deseo, por la buena voluntad, que es á la que especialmente atiende.

6 Mas cuando estuviere legítimamente impedido, tenga siempre

buena voluntad y devota intencion de comulgar, y así no carecerá del fruto del sacramento.

Porque cualquier devoto puede cada dia y cada hora comulgar espiritualmente con fruto.

Mas en ciertos dias, y en el tiempo mandado, debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar mas bien la gloria y honra de Dios, que su propia consolacion.

Porque tantas veces comulga místicamente, y se alimenta invisiblemente su espíritu, cuantas se acuerda con devocion del misterio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, y se enciende en su amor.

7 El que no se prepara sino al acercarse la fiesta, ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado.

Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó comulga.

No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar: sino guarda el medio justo y ordinario de los demas con quienes vives.

No debes causar á los otros molestia ni enfado, sino ir por el camino ordinario de los mayores, y mirar mas al aprovechamiento de los otros, que á tu propia devocion y afecto.

CAPITULO XI.

El cuerpo de Cristo y la sagrada escritura son muy necesarias al alma fiel.

EL ALMA.

1 ¡Oh dulcísimo Señor Jesus! ¡cuánta es la dulzura del alma devota, que se regala contigo en tu banquete donde no se le presenta otro manjar que á su único amado, apetecible sobre todos los deseos de su corazon!

Sería ciertamente muy dulce para mí derramar en tu presencia co-

pia de lágrimas afectuosas, y regar con ellas tus pies como la piadosa Magdalena.

Mas ¿dónde está ahora esta devocion? ¿dónde el copioso derramamiento de devotas lágrimas?

Por cierto en tu presencia, y de tus santos ángeles, todo mi corazon debiera encenderse y llorar de gozo.

Porque en el sacramento te tengo verdaderamente presente, aunque encubierto bajo de otra especie.

2 Porque el mirarte en tu propia y divina claridad no podrian mis ojos resistirlo, ni el mundo entero subsistiría ante el resplandor de la gloria de tu magestad.

Tienes pues consideracion á mi imbecilidad cuando te ocultas bajo de este sacramento.

Yo tengo verdaderamente y adoro al mismo á quien adoran los ángeles en el cielo: mas yo solo con la fé por ahora, ellos claramente, y sin velo.

Debo yo contentarme con la luz

de una fé verdadera, y andar con ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y desaparezcan las sombras de las figuras.

Mas cuando llegue este perfecto estado, cesará el uso de los sacramentos; porque los bienaventurados en la gloria no necesitan de medicina sacramental.

Sino que están siempre absortos de gozo en la presencia de Dios, contemplando cara á cara su gloria; y trasladados de esta claridad al abismo de la claridad de Dios, gustan el Verbo encarnado, como fue en el principio, y permanecerá eternamente.

3 Acordándome de estas maravillas, cualquier contento, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tedio, porque mientras no veo claramente á mi Señor en su gloria, en nada estimo cuanto en el mundo veo y oigo.

Tú, Dios mio, me eres testigo de que ninguna cosa me puede conso-

lar, ni criatura alguna dar descanso sino tú, Dios mio, á quien deseo contemplar eternamente.

Pero esto no es posible mientras vivo en carne mortal.

Por eso debo tener mucha paciencia, y sujetarme á tí en todos mis deseos.

Porque tambien, Señor, tus santos, que ahora se regocijan contigo en el reino de los cielos, cuando vivian en este mundo esperaban con gran fe y paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron, creo yo: lo que esperaron, espero: adonde llegaron ellos finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar.

Entretanto caminaré con la fe, confortado con los ejemplos de los santos.

Tambien tendré los libros santos, para consolacion y espejo de la vida; y sobre todo esto, el cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio.

4 Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podria suportar esta vida miserable.

Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son, mantenimiento y luz.

Dísteme pues como á enfermo tu sagrado cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y ademas me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos.

Sin estas dos cosas yo no podriá vivir bien; porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu sacramento el pan que le da vida.

Estas se pueden llamar dos mesas colocadas á uno y otro lado en el tesoro de la santa iglesia.

Una es la mesa del sagrado altar, donde está el pan santificado, esto es, el precioso cuerpo de Cristo.

Otra es de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fé, y nos conduce con seguridad hasta lo mas interior

del velo donde está el Santo de los santos.

Gracias te doy, Jesus mio, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles, y los otros doctores.

5 Gracias te doy, Criador y Redentor de los hombres, de que para manifestar á todo el mundo tu caridad, dispusiste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu santísimo cuerpo y sangre, alegrando á todos los fieles, y embriagándolos con el caliz saludable en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del paraiso, y donde los santos ángeles comen con nosotros, aunque gustan una suavidad mas feliz.

6 ¡Oh cuán grande y honorífico es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es concedido consagrar al Señor de la magestad con las palabras sagradas, bendecirlo con sus

labios, tenerlo en sus manos, recibirlo en su propia boca, y servirlo á los demas!

¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazon del sacerdote, donde tantas veces entra el Autor de la pureza!

De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil, pues tan continuamente recibe el santísimo Sacramento.

7 Deben ser simples y castos los ojos acostumbrados á mirar el cuerpo de Cristo: puras y levantadas al cielo las manos que tocan al Criador del cielo y de la tierra.

A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, porque yo vuestro Dios y Señor soy santo.*

8 ¡Oh Dios todopoderoso! ayúdenos tu gracia á los que hemos recibido el oficio sacerdotal, para que

podamos servirte digna y devotamente con toda pureza y buena conciencia.

Y si no podemos proceder con tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los pecados que hemos cometido, y de aquí adelante servirte con mayor fervor, con espíritu de humildad, y con buena y constante voluntad.

CAPITULO XII.

Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.

JESUCRISTO.

1 Yo soy amante de la pureza, y dador de toda santidad.

Yo busco un corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso.

Prepárame una sala grande y adornada, y celebraré contigo la pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga á tí, y me quede contigo, arroja de tí la leva-

dura vieja, y limpia la morada de tu corazon.

Desecha de tí todo el mundo, y todo el ruido de los vicios: siéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus excesos con amargura de tu alma.

Pues cualquier persona que ama, dispone á su amado el mejor y mas aliñado lugar; porque en esto se conoce el amor del que hospeda al amado.

2 Pero sábete, que no puedes alcanzar esta preparacion con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero y no pensases en otra cosa.

Mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi mesa: como si un rico convidase é hiciese comer con él á un pobre mendigo que no tuviese otra cosa para pagar este beneficio sino humildad y agradecimiento.

Haz lo que esté de tu parte, y hazlo con mucha diligencia, no por

costumbre, ni por necesidad; sino con temor, reverencia y amor recibe el cuerpo de Jesucristo tu amado Dios y Señor, que se digna venir á tí.

Yo soy el que te llamé, y mandé que vinieses, yo supliré lo que te falta; vén y recíbeme.

3 Cuando yo te concedo afectos de devocion, dá gracias á tu Dios, no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de tí.

Si no sientes devocion, y te hallas muy seco, persevera en la oracion, gime, llama, y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, ó una gota de gracia saludable.

Tú me necesitas á mí; yo no necesito de tí.

Ni tú vienes á santificarme á mí; sino que yo vengo á santificarte y mejorarte.

Tú vienes para que seas por mí santificado y unido conmigo, para que recibas nueva gracia, y te

enfervorices de nuevo para la enmienda.

No desprecies esta gracia; mas bien prepara con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí á tu amado.

4 Pero conviene que no solo procures la devocion antes de comulgar, sino que tambien la conserves con cuidado despues de recibido el sacramento. Ni es menos necesario despues el recogimiento y vigilancia, que lo es antes la devota preparacion; porque el cuidado que despues se tiene, es la mejor disposicion para recibir nuevamente mayor gracia.

Y al contrario, se indispone para ella el que luego se entrega con exceso á las complacencias exteriores.

Guárdate de hablar mucho, recógete á algun lugar secreto, y goza de tu Dios; pues tienes al que no te puede quitar todo el mundo.

Yo soy á quien te debes entre-

gar sin reserva; de manera, que ya no vivas en tí, sino en mí sin cuidado alguno.

CAPITULO XIII.

Como el alma devota debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el sacramento.

EL ALMA.

1 ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo, para abrirte todo mi corazon, y gozarte como mi alma desea; y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva ó ocupe mi atencion; sino que tú solo me hables, y yo á tí, como se hablan dos que mútuamente se aman, ó como se regocijan dos amigos entre sí?

Lo que pido, lo que deseo, es unirme á tí enteramente, desviar mi corazon de todas las cosas criadas, y aprender á gustar las celestiales y eternas por medio de la sa-

grada comunion y frecuente celebracion.

¡Ay Dios mio! ¿cuándo estaré absorto y enteramente unido á tí, y del todo olvidado de mí?

¿Cuándo me concederás estar tú en mí, y yo en tí; y permanecer asi unidos eternamente?

2 En verdad tú eres mi amado escogido entre millares, con quien mi alma desea estar todos los dias de su vida.

Tú eres verdaderamente el autor de mi paz: en tí está la suma tranquilidad y el verdadero descanso: fuera de tí todo es trabajo, dolor, y miseria infinita.

Verdaderamente eres tú el Dios escondido, que no te comunicas á los malos, sino que tu conversacion es con los humildes y sencillos.

¡Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, pues para manifestar tu dulzura para con tus hijos, te dignaste mantenerlos con el pan suavísimo bajado del cielo!

Verdaderamente no hay otra nacion tan grande, que tenga dioses que tanto se le acerquen, como tú, Dios nuestro, te acercas á todos tus fieles, á quienes te das para que te coman y disfruten, y asi perciban un continuo consuelo, y levanten su corazon á los cielos.

3 Porque ¿dónde hay gente alguna tan ilustre como el pueblo cristiano?

O ¿qué criatura hay debajo del cielo tan amada, como el alma devota, á quien se comunica Dios para apacentarla con su gloriosa carne?

¡Oh inefable gracia! ¡oh maravillosa dignacion!

¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre!

¿Pues qué daré yo al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande?

No hay cosa mas agradable que yo le pueda dar, que mi corazon todo entero, para que esté unido con él íntimamente.

Entonces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi alma estuviere perfectamente unida á Dios.

Entonces me dirá: *Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo.* Y yo le responderé: *dígnate Señor quedarte conmigo, pues yo quiero de buena gana estar contigo.*

Este es todo mi deseo, que mi corazon esté contigo unido.

CAPITULO XIV.

Del ansia con que algunos devotos desean el cuerpo de Cristo.

EL ALMA.

1 Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que reservaste para los que te temen! Cuando me acuerdo, Señor, de algunos devotos que se llegan á tu sacramento con dignísima devocion y afecto, me confundo muchas veces, y me avergüenzo de mí mis-

mo al ver que llego tan tibio y tan frio á tu altar, y á la mesa de la sagrada comunion:

Que me quedo tan seco, y sin dulzura de corazon: que no estoy todo encendido delante de tí, Dios mio; ni tan vehementemente atraido y poseido de amor, como otros muchos devotos, que por el gran deseo de comulgar, y por el amor sensible de su corazon, no pudieron detener las lágrimas.

Sino que con la boca del corazon y del cuerpo anhelaban afectuosamente á tí, Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo, sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo y ansia espiritual.

2 ¡Oh verdadera y ardiente fe la suya: prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este sacramento!

Estos son verdaderamente los que conocen á su Señor en el partir del pan; pues su corazon ar-

de en ellos tan vivamente, porque Jesus anda en su compañía.

Lejos está de mí muchas veces semejante afecto y devocion, tan grande amor y fervor.

Buen Jesus, séme propicio, dulce y benigno, y concede á este tu pobre mendigo siquiera alguna vez sentir en la santa comunion un poco de afecto entrañable de tu amor, para que mi fe se fortalezca, crezca la esperanza en tu bondad, y la caridad una vez perfectamente encendida y experimentada del maná celestial, nunca desfallezca.

Poderosa es pues tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y visitarme clementísimamente con este espíritu de fervor el dia que tuvieres por bien.

Y aunque no me hallo inflamado del gran deseo de tus especiales devotos, quiero á lo menos con tu gracia tener tan fervoroso deseo; y pido y deseo ser participante de los

que tan fervorosamente te aman, y ser contado en su número.

CAPITULO XV.

Que la devocion se alcanza con la humildad y abnegacion de sí mismo.

JESUCRISTO.

1 Debes buscar con diligencia la gracia de la devocion, pedirla con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar solícitamente con ella, y dejar á Dios el tiempo y el modo en que se digne visitarte.

Te debes humillar en especial cuando sientes interiormente poca ó ninguna devocion; mas no te abatas demasiado, ni te entristezcas desordenadamente.

Dios da muchas veces en un instante lo que negó largo tiempo.

Tambien da algunas veces al fin

de la oracion lo que dilató desde el principio.

2 Si siempre se nos diese la gracia sin dilacion, y á medida de nuestro deseo, no podria abrazarla bien el hombre flaco.

Por eso la debes esperar con segura confianza y humilde paciencia; y cuando no te es concedida, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á tí mismo y á tus pecados.

Algunas veces es bien pequeña cosa la que impide y esconde la gracia, si es que se debe llamar poco y no mucho lo que tanto bien estorba.

Mas si aquello poco ó mucho apartares, y perfectamente vencieres, tendrás lo que suplicaste.

3 Porque luego que te entregares á Dios de todo tu corazon, y no buscares cosa alguna por tu propio gusto, sino que del todo te pusieres en sus manos, te hallarás recogido y sosegado; porque nada te agradará, ni te sabrá tan bien como el beneplácito de la divina voluntad.

Cualquiera pues que levantáre su intencion á Dios con sencillo corazon, y se despojáre de todo amor ú ódio desordenado de cualquier cosa criada, estará muy bien dispuesto para recibir la divina gracia, y se hará digno del don de la devocion.

Porque el Señor echa su bendicion donde halla los vasos vacíos.

Y cuanto mas perfectamente renunciáre alguno las cosas bajas, y estuviere muerto á sí mismo por su propio desprecio; tanto mas presto viene la gracia, mas copiosamente entra, y mas alto levanta el corazon ya libre.

4 Entonces verá y abundará, y se maravillará, y dilatará su corazon; porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente en sus manos para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca á Dios con todo su corazon, y no ha recibido su alma en vano.

Este, cuando recibe la santa comunion, merece la singular gracia de la union divina; porque no mira á su propia devocion y consuelo, sino sobre todo á la gloria y honra de Dios.

CAPITULO XVI.

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.

EL ALMA.

1 ¡Oh dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo recibir ahora devotamente! tú conoces mi flaqueza, y la necesidad que padezco, en cuántos malos y vicios estoy abismado, cuántas veces me veo agoviado, tentado, turbado, y amancillado.

Á tí vengo por remedio, á tí acudo por consuelo y alivio.

Hablo á quien todo lo sabe, á quien son manifiestos todos los se-

cretos de mi corazon, y á quien solo me puede consolar y ayudar perfectamente.

Tú sabes los bienes que mas falta me hacen, y cuán pobre soy en virtudes.

2 Vésme aquí delante de tí pobre y desnudo, pidiendo gracia, é implorando misericordia.

Da de comer á este tu hambriento mendígo; enciende mi frialdad con el fuego de tu amor: alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario en paciencia, todo lo ínfimo y criado en menosprecio y olvido.

Levanta mi corazon á tí en el cielo, y no me dejes andar vagando por la tierra.

Tú solo me seas dulce desde ahora para siempre; pues tú solo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3 ¡Oh si me encendieses todo con

tu presencia, y me abrasases y transformases en tí, para ser un espíritu contigo por la gracia de la union interior, y por la efusion de un amor abrasado!

No consientas que me separe de tí ayuno y seco; sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus santos de un modo admirable.

¡Qué extraño sería que yo me abrasase todo en tu amor, sin acordarme de mí, siendo tú fuego que siempre arde y nunca cesa; amor que limpia los corazones y alumbra el entendimiento!

CAPITULO XVII.

Del amor fervoroso, y vehemente deseo de recibir á Cristo.

EL ALMA.

1 Con suma devocion y abrasado amor, con todo el afecto y fervor del corazon deseo, Señor,

recibirte en la comunion, como lo desearon muchos santos y personas devotas que te agradaron mucho con la santidad de su vida, y tuvieron devocion ardentísima.

¡Oh Dios mio, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! deseo recibirte con el deseo mas vehemente, y con la reverencia mas digna, cual jamas tuvo ni pudo sentir ninguno de los santos.

2 Y aunque yo sea indigno de tener aquellos sentimientos devotos, te ofrezco todo el afecto de mi corazon, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos.

Y cuanto puede el alma piadosa concebir y desear, todo te lo presento y ofrezco con humildísima reverencia, y con entrañable fervor.

Nada deseo reservar para mí, sino ofrecerme en sacrificio con todas mis cosas voluntariamente y con el mayor afecto.

Señor, Dios mio, Criador y Redentor mio; con tal afecto, reve-

rencia, honor y alabanza; con tal agradecimiento, dignidad y amor; con tal fé, esperanza y pureza deseo recibirte hoy, como te recibió y deseó tu santísima madre la gloriosa vírgen María, cuando al ángel que le anunció el misterio de la Encarnacion, respondió humilde y devotamente: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

3 Y como el bienaventurado san Juan Bautista, tu precursor, y el mayor de los santos, cuando aun estaba encerrado en el vientre de su madre, dió saltos de alegría en tu presencia con gozo del Espíritu-Santo; y despues viéndote, Jesus mio, conversar entre los hombres, con devoto y humildísimo afecto decía: *El amigo del esposo, que está en su presencia y le oye, se regocija mucho al oir la voz del esposo:* así deseo yo estar inflamado de grandes y santos deseos, y presentarme á tí con todo el afecto de mi corazon.

Por eso te ofrezco y dedico los júbilos de todos los corazones devotos, los vivísimos afectos, los embelesos espirituales, las soberanas iluminaciones, las visiones celestiales, y todas las virtudes y alabanzas con que te han celebrado y pueden celebrar todas las criaturas en el cielo y en la tierra: recíbelo todo por mí, y por todos los encomendados á mis oraciones, para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4 Recibe, Señor Dios mio, mis deseos y ansias de darte infinita alabanza y bendicion inmensa, los cuales te son justísimamente debidos, segun la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco ahora, y deseo ofrecerte cada dia y cada momento: y convido y ruego con instancia y afecto á todos los espíritus celestiales, y á todos tus fieles á que te alaben y te den gracias juntamente conmigo.

5 Alábente todos los pueblos, todas las tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con sumo regocijo é inflamada devocion.

Merezcan hallar tu gracia y misericordia todos los que con reverencia y devocion celebran tu altísimo sacramento, y con entera fe lo reciben; y rueguen á Dios humildemente por mí, pecador.

Y cuando hubieren gozado de la devocion y union deseada, y se partieren de la mesa celestial muy consolados y maravillosamente recreados, tengan por bien acordarse de este pobre.

CAPITULO XVIII.

Que el hombre no debe ser curioso en examinar este sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada fe.

JESUCRISTO.

1 Guárdate de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo sacramento, si no te quieres ver anegado en un abismo de dudas. *El que es escudriñador de la magestad, será abrumado de su gloria.* Mas puede obrar Dios, que lo que el hombre puede entender.

Pero no se prohibe el devoto y humilde deseo de alcanzar la verdad á aquellos que siempre están prontos á ser enseñados, y caminar segun las sanas doctrinas de los santos padres.

2 Bienaventurada la sencillez que dejando los ásperos caminos de las

cuestiones, va por la senda llana y segura de los mandamientos de Dios.

Muchos perdieron la devocion, queriendo escudriñar las cosas sublímes.

Fe se te pide y vida sencilla; no elevacion de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios.

Si no entiendes ni comprendes las cosas mas triviales ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance?

Sujétate á Dios, y humilla tu juicio á la fe, y se te dará la luz de la ciencia, segun te fuere útil y necesaria.

3 Algunos son gravemente tentados contra la fe en este sacrámento; mas esto no se ha de imputar á ellos, sino al enemigo.

No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que el diablo te sugiere; sino cree en las palabras de

Dios, cree á sus santos y á sus profetas, y huirá de tí el malvado enemigo.

Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios el padecer estas tentaciones.

Pues no tienta el demonio á los infieles y pecadores á quienes ya tiene seguros; sino que tienta y atormenta de diversas maneras á los fieles y devotos.

4 Acércate pues con una fe firme y sencilla, y llégate al sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo con seguridad á Dios todopoderoso.

Dios no te engaña: el que se engaña es el que cree á sí mismo demasiadamente.

Dios anda con los sencillos, se descubre á los humildes, y da entendimiento á los pequeños: alumbra á las almas puras, y escende su gracia á los curiosos y soberbios.

La razon humana es flaca, y puede engañarse; mas la fe ver-

dadera no puede ser engañada.

5 Toda razon y discurso natural debe seguir á la fe, y no ir delante de ella, ni quebrantarla.

Porque la fe y el amor muestran aquí mucho su excelencia, y obran secretamente en este santísimo y sobreexcelentísimo Sacramento.

El Dios eterno, inmenso y de poder infinito hace cosas grandes é inescrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras admirables se ocultan á toda investigacion.

Si tales fuesen las obras de Dios, que fácilmente se pudiesen comprender por la razon humana, no se dirian inefables ni maravillosas.

FIN.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

Libro IV. Del santísimo Sacramento.





